

III

LA SERPIENTE DEL PARAISO

Historia de la Búsqueda en la India



El rostro del Desposado

*Cuando un árbol alcanza con su copa
el cielo, sus raíces bajan al infierno.*

NIETZSCHE.

*A los que algún día volverán a buscar
las secretas huellas que desde los Andes
conducen a los Himalayas.*

Este libro es la historia de un pueblo y la Serpiente, de un pueblo lejano, enorme como el mar, herido por el veneno de lo eterno, sumergido desde hace siglos en la aventura tenebrosa y divina de desposarse con la Serpiente.

¿Cómo es el rostro del Desposado? Es el rostro del que duerme en las aguas en donde nada el pez de Dios. Hay una expresión de gozo indestructible en sus ojos cerrados, en sus labios vaga la sombra de la risa, pues le ha sido dado descender a las raíces oscuras del Arbol y remontarse hasta la unión de las bodas eternas. Y en el Palacio que hay en la copa del árbol del Paraíso, él ha encontrado a alguien de quien se separó hace mucho tiempo. Y la alegría del reencuentro hace caer de sus ojos lágrimas, como frutos de hielo.

El Rostro del Desposado hace estremecer. Porque también se halla dentro de la roca viva de los Andes.

Yo lo he visto.

Es por eso que este libro sobre un pueblo y la Serpiente, es también la historia de mi singular relación con Ella, desde que yo era niño.

Vieja Delhi, 1960.

LA SERPIENTE Y YO

Fue con anterioridad a mi adolescencia. Algo aconteció adentro de mi cerebro. Subió primero por mi columna vertebral, desde la base, y reptó hacia arriba; algunas veces como frío de hielo. Y el cerebro emitió extrañas imágenes y reacciones. Al ir a dormir en las noches me parecía como que un conmutador funcionase repentinamente y el control sobre mí mismo desaparecía. El sentido del equilibrio y de la simetría se borraba. Percibía mis propios actos como siendo ejecutados a gran velocidad y, adentro, palabras y palabras eran pronunciadas sin descanso, también aceleradamente. La única forma de escapar a este estado era cayendo en el sueño reparador.

Por aquellos años padecí una grave enfermedad. En el delirio de la alta fiebre, me pareció que me levantaba de la cama y marchaba hacia el balcón que daba a la calle. Me volvía para mirar el lecho y descubría sobre él a mi cuerpo.

Pasaron los años, hasta que una noche, al ir a dormirme, o no sé bien si ya dormido, vi frente a mí el rostro moreno y barbudo de un hombre cubierto de pieles que me sonreía. Desperté violentamente, atemorizado.

Desde aquella fecha, la sensación de frío en mi espalda se hizo persistente. No podía conversar sobre esto con nadie, porque los fenómenos eran inexplicables en el lenguaje corriente. ¿Cómo podría decir que seres invisibles me subían por la columna vertebral, o que el cerebro se me dividía por la mitad y todo el cuerpo se me ponía redondo, perdiendo la sen-

sación de simetría, de lados y aristas, al mismo tiempo que alguien volcaba en mi interior la caja que contenía todas las palabras, mezclándolas y pronunciándolas a gran velocidad?

Un día, al amanecer, la puerta de mi cuarto se abrió y una sombra vino a sentarse a los pies de mi lecho. Sentí su peso. Un manto parecía caerle de la cabeza y la animaban vibraciones constantes. Una corriente de hielo pasaba desde esa sombra hasta mi pecho. Mis cabellos se erizaban. Cerré los ojos para no verla. Cuando los abrí de nuevo, la sombra aún estaba allí, tornando la cabeza para ocultar su rostro.

Desde aquel día, la sensación de inmovilidad se repitió, aunque no vi nunca más a nadie. Al venir la mañana, una vibración helada y al mismo tiempo ardiente subía desde mis pies por la columna vertebral y algo así como varios centros interiores repetían el movimiento vibratorio, tal cual una música tenue de campanas de otro mundo. Quedaba paralizado sobre el lecho, sin dormir ya, pero sin poder despertar tampoco. En ese estado, veía a veces a la criada que entraba en el cuarto con el desayuno y lo dejaba sobre el velador. En vano intentaba despertar, moverme; algo me empujaba hacia dentro, hacia regiones de sombra, hacia una nada aterrorizante.

La atemporalidad de estos fenómenos es absoluta. Aún hoy, después de años, los siento más presentes que los hechos acaecidos ayer. Hay algo como historias ocurridas en dos mundos. La vida diaria, "real", cotidiana, y esta otra, de un mundo distinto, de otro ser y de otros seres. Por cierto que estos hechos no nos visitan muy a menudo, sino de tarde en tarde. Entonces se superponen, pero jamás se mezclan ni se tocan. El tiempo del mundo sin tiempo se mide por estos recuerdos, por estas imágenes, los cuales no son muchos, pero bastan para llenar una vida, aportándole señales, hitos demarcadores, que indican las distancias del destino, de la fatalidad.

Alguna vez, una de estas realidades deberá imponerse, una de las dos vidas tendrá que elegirse. O puede que se descubra un equilibrio entre ambas.

Me parece intuir que allá lejos, adentro, todo permanece igual, sin modificaciones, sin edad. Aunque yo envejezca, si voy ahí, reencontraré siempre a los compañeros invisibles, a los fantasmas más reales que toda realidad.

CUANDO EL DISCIPULO ESTA PREPARADO, EL MAESTRO APARECE

Sería largo entrar a explicar cómo llegué a la presencia del Maestro. La vieja sentencia lo dice bien: "Cuando el discípulo está preparado, el Maestro aparece..."

Sus ojos son azules y él conserva las maneras del pasado. Cuando habla de la vida, es de una vida de antaño. Sólo cuando se sumerge en sus sueños, trasciende el tiempo.

Primero le observé con mente clara y sentido crítico; pero yo no tenía mucho que elegir. Empecé por preguntar. La respuesta fue desusada: yo había entrado en relación con la Serpiente.

Y entonces el Maestro me habló de la Serpiente:

"Estuvo enrollada en el Arbol del Paraíso, también en el Arbol de la Columna Vertebral. Hay quienes la llaman *Kundalini*, hay quienes la llaman Fuego Astral..."

En verdad el Maestro no habló, lo que hizo fue cantar.

Un año pasé a la espera de ser aceptado. Mientras tanto, conviví con el grupo que rodeaba al Maestro. La Orden era secreta y se decía provenir de la lejana India; más bien, del Tíbet. Interpretaba una leyenda expresada en signos. No poseía otra filosofía ni método que la aplicación de estos signos, los cuales concentraban vibraciones cósmicas. La antiquísima Orden himaláica guardaba aún esta sabiduría. La Orden era de guerreros, no de santos; magos activos, que disciplinaban a sus huestes para tomar por asalto la eternidad.

En cierto modo, esto me agradó.

Llegó un día, de hace ya muchos años, en que el Maestro desenfundó su espada y tocó con ella mi hombro, mientras a mi alrededor permanecían los guerreros, también con las espadas desenvainadas. Y esa tarde se me dio el primer signo con el cual podría abrir las puertas del otro plano, cortando las corrientes que en él aprisionan y dominan al cuerpo sutil.

Esa misma noche tracé el signo sobre mi corazón, encerrándolo en un círculo. Es realmente extraño, pero siempre que he trazado por primera vez sobre mi pecho un signo nuevo, entregado por el Maestro, una co-

riente vibratoria me recorre interiormente, como si el signo fuese confirmado por seres invisibles y lejanos.

El Maestro me había dicho: "Lánzate dentro, al hondo pozo, a la grieta, no te resistas, anda a visitar la guarida de la Serpiente".

A la hora de costumbre, al amanecer, se repitió aquel desmayo; pero ahora, en lugar de resistirme, me dejé ir. El cuerpo se me hizo de plomo y, tras un breve instante de nada, de total negrura y olvido, parece que caí, girando a velocidades increíbles, en un pozo sin fondo. Al fin encontré algo, pero ese algo era el fuego, y ahí giré sin ecos, sin esperanza. En ningún momento me acordé de hacer nuevamente el signo. No sé cómo empecé a subir, hasta sentirme en regiones tenues, donde al parecer flotaba. La sensación era de libertad total, de alegría y de paz, de modo que cuando de nuevo me descubrí sobre el lecho, enmarcado por miembros, como dentro de un ataúd, me pareció estar realmente enterrado vivo.

He debido preguntarme después si acaso no fue un error. Traté de provocar fenómenos que hasta entonces se habían producido espontáneamente. Por otra parte, el Maestro y la Orden los interpretaban y yo intentaba ceñirme a aquellas interpretaciones, como si en estas cosas y en estos mundos pudiera esto ser así. Quise o creí ver determinados hechos. Fui prisionero inconsciente de prejuicios y fórmulas, y me ha costado años llegar a deshacerme de esas elaboraciones mentales.

Al pretender dirigir conscientemente los sucesos, se produjo algo que trataré de expresar así: el aspecto racional de la mente se fortaleció. Y la ilusión tomó quizás el lugar de otra realidad.

Cuando el leve desmayo se presentaba de amanecida, la conciencia racional se rebelaba, afanándose por dirigir el proceso. Y era como si yo me dijese: "Ahora tiene que venir eso, tengo que empezar a ver esto otro". Fue más que un error, fue una catástrofe, en la cual me he visto envuelto por años y de la que aún hoy no me he salvado totalmente. Se produjo una interrupción de lo espontáneo, en extremo peligrosa, pues, teniendo a la mente, o alguna otra cosa tan sutil, por escenario, los hábitos se transforman en imposibilidades. Es sumamente difícil poder explicar esto, las palabras no están hechas para el caso. Cuando el desmayo venía repentino, pero esperado, el yo consciente daba un salto, despertándose a medias dentro del sueño. Algo quedaba entonces a mitad de ca-

mino, a medio suceder, como en una región neutral. Las vibraciones, que habían comenzado a elevarse desde los pies, también desde el recinto de la Serpiente, iban subiendo para encontrar respuestas en distintos centros. Se repartían por el cuerpo, pero la música terrible no alcanzaba a llegar al cerebro, porque ahí se habían abierto los ojos conocidos de la conciencia que se aferraba a su trozo de realidad diurna, a la luz de la vigilia, tratando de sobrevivir. El desmayo total no venía. Yo quedaba desdoblado, soportando esas vibraciones tremendas. Sólo disponía de una alternativa para encontrar la solución: sujetarme allí hasta que la vibración pasara sola, o intentar un camino ilusorio y que era el que el Maestro y los textos definían como "el abandono del cuerpo".

Empezaba entonces por "sacar" un brazo, luego me sentaba en la cama y, con gran dificultad, movía las piernas hasta quedar "afuera". Trataba de avanzar. Llegaba a la puerta y la abría. Después, muchas veces, atravesaba los muros, como si fueran de viento.

El Maestro me había dado un signo nuevo, más poderoso, haciéndome ascender un escalón en la jerarquía de la Orden. Lo tracé sobre mi pecho. Como de costumbre, al amanecer me tomaron las vibraciones, pero ahora tan intensas, que me pareció imposible resistirlas. Como se abrieran en mi cerebro puntos de sangre, creí llegado el final. Mas, en ese momento, apareció frente a mí, en la penumbra borrosa, una jofaina. Instintivamente sumergí en ella mis manos y esparcí por mi cuerpo el agua de su interior. Su frescura calmó instantáneamente el fuego de las vibraciones.

¿Quién puso esta agua a mi alcance? ¿Quién vino en mi ayuda en ese momento? ¿Era esto también un proceso subjetivo, arquetípico? No lo sé. El enigma aún permanece.

Preguntaba al Maestro sobre las "vibraciones". El nunca me las explicó.

Todo ello ha quedado atrás en el tiempo; mas, entonces, ya se comenzó a tejer algo que aún perdura. Esa túnica, o esa larva de la muerte, no ha muerto; está en mí, semicreada, sobrenatural o monstruosa, atendida por manos invisibles, en espera de ser continuada o reconstruida alguna vez. El cuerpo ha seguido su vida destructora, las energías se van, no sé a dónde; pero allá espera un barco, una forma, un remo ilusorio, para marchar por las aguas de la mayor Ilusión.

El Maestro ha vivido una gran fantasía en este mundo. Si nada fuera cierto, poco importa. El ha soñado cosas extrahumanas, increíbles, prisionero de mitos gigantescos. Me lo hace más querido el que jamás tuviese esa mística complacencia de los blandos. Para él la aventura en el más allá ha sido una guerra real y sin cuartel. Ha vivido y morirá envuelto en las sombras de hechos extrahumanos.

El Maestro me llamó un día a su retiro. Estaba sentado con un libro sobre sus rodillas. Con el dedo me indicó allí un punto. Era un monte. Junto a este monte había dos más pequeños.

—Este es el Monte Kailás —me dijo—. Ahí está nuestra Orden; en el interior de ese Monte, en una caverna, viven nuestros Guías. El Monte se encuentra en la zona transhimaláica, en las fronteras del Tíbet con la India. Junto al Monte se extiende el sagrado lago Manasarovar. Al otro lado se encuentra la aldea tibetana de Dirapukh. El Kailás es sagrado para hinduístas y budistas. Los primeros hacen residir a Shiva y a su esposa Parvati sobre su cima.

Era desde ahí, entonces, de donde el Maestro recibía sus señales y sus signos.

El Maestro comenzó a pintar cuadros y más cuadros del Kailás, de modo que ellos cubrieron los muros de su cuarto. Creyó haber descubierto el sitio definitivo de nuestra Orden —“la más antigua, la que rige para Asia y Occidente y que guarda la sabiduría y la lengua olvidadas de los atlantes”.

Yo pensé que en aquel lugar, tal vez, me podrían explicar mejor todas estas cosas. “Si la verdad se guarda en alguna parte tendrá que ser allá”, me dije.

Y fue de este modo como la búsqueda en la India llegó a imponérseme como una necesidad.

LA SERPIENTE ES ANDROGINA

Llegué a India un verano de hace ya muchos años, e inicié pronto mi peregrinación a través de hombres y paisajes.

Frente al puerto de Bombay se encuentra la isla de Elefanta. Brahmanes del siglo VI han tallado en ella una cueva, en la roca viva. No parece obra de humanos.

A través de verduras y árboles se llega a la cima. La caverna tiene cuatro entradas. La principal, conduce directamente a la presencia de una sublime visión: la "Trimurti", o tres cabezas de Shiva, esculpida en el muro de roca. Los rostros miran en opuestas direcciones y tienen una expresión semejante y extática. Los ojos parecieran no ver. Están como cerrados. El dios sueña, medita, contempla lo que adentro acontece, en profundo éxtasis.

Con sus ojos vueltos al interior, la "Trimurti" observa la esencia de lo externo. Y hay una expresión de placer y dolor inviolables en aquella divina contemplación.

Shiva tiene a su cargo la actividad destructora dentro de la trilogía del hinduismo. Brahma es el creador, Visnú el preservador y Shiva el destructor. Mas, en el fondo, todos son Uno y cada uno es el Todo.

Shiva, como "Nataraja", danza en medio del círculo de fuego del Firmamento. Sólo destruye para dejar paso a una nueva creación.

Al lado de la "Trimurti" se ha esculpido otra figura de Shiva, de cuerpo entero.

En esta imagen de roca, Shiva es "Ardhanarisvara". La figura al lado de la "Trimurti", en la Caverna de Elefanta, es la del Andrógino. Una mitad del cuerpo es de hombre; la otra, es de mujer. Un pecho femenino indica la línea divisoria de la luz y la sombra en el dios.

Shiva, como "Ardhanarisvara", es el Andrógino.

Adentro, ahí donde los ojos de piedra parecen estar mirando, hay un Palacio en el que alguien se une a alguien, se reencuentra con alguien, después de una separación de edades. Y la dicha del reencuentro se expresa en ese inefable gozo de la roca, de los ojos de roca, de la boca de roca. Es el espasmo del dios que se une a sí mismo, se reencuentra, se fusiona.

Mas, para alcanzar hasta la Copa del Arbol, hasta la Sala del Palacio y al Trono, hay que descender primero a las raíces, donde se enrolla y duerme la Serpiente.

¿Cómo llegar tan lejos? El camino es largo, escabroso. Shiva, el Maestro de Maestros, el Señor de la Yoga, lo señala.

Sólo cuando la Serpiente es liberada en las profundidades del Arbol de la Columna Vertebral y crecen sus alas y sus plumas de fuego, permitiéndole ascender hasta la Copa, se rompe el secreto que guarda la Caverna de Elefanta: el hombre-dios es un andrógino que puede dar a luz la eternidad.

LA VIEJA DELHI

Viví primero en la Vieja Delhi. Mi casa la formaban tres piezas y un pequeño jardín. La sala principal estaba rodeada de vidrios; a través de ellos veía flotar, moverse, la vegetación tropical, los bananos y las higueras de India. Pero la mayor alegría la traían los monos. Saltaban, lo destrozaban todo. Era imposible lograr que los cuidadores espantaran a los monos. Son sagrados, la imagen viva de Hanuman, el Mono que ayudó a Rama en el rescate de su esposa Sita de las garras del demonio Ravana.

Vecino a mi refugio viven los intocables —hoy los llaman *harijan*, "hijos de Dios"—; son los swipers y los dohhis, los barredores de las

casas, limpiadores de letrinas y lavaderos. Oigo los cantos de estos últimos acompañando el golpe sordo de la ropa mojada sobre la piedra.

Atravesando la calle y un parque con mezquitas en ruinas, se llega al río. Es el Jumna, sagrado como el Ganges; también se desborda con las lluvias del monzón, poniendo en peligro aldeas y ciudades. Pueden verse entonces caravanas de aldeanos con sus carros atestados de enseres, llenando las plazas y las calles de la Vieja Delhi, viviendo a la intemperie o en refugios improvisados. Mientras tanto, sobre el río correntoso flotan las boas muertas.

En los "ghats" del Jumna se ofrendan sacrificios florales y se queman los muertos. Pequeños templos congregan a los fieles y las trompas y campanas pregonan el poder creador del Lingam, o falo de Shiva.

Un poco apartado, se encuentra un "ashram", o convento, dedicado a Krishna, el dulce dios del amor y la música. Los domingos por la tarde se reúne ahí gente de diversas condiciones, comerciantes, peregrinos, mendigos y santones, para cantar al dios. Cuentan su leyenda y sus milagros. La música se inicia lentamente; poco a poco va acrecentando su ritmo, hasta alcanzar el paroxismo. Es una música hipnótica. Los cantantes llegan al trance. Salvo unos pocos adeptos, el público lo forma una masa trashumante, vagabunda. Los cantores se improvisan. Un día vi llegar allí una mujer. Se prosternó ante la imagen del dios, tocando el suelo con la frente. Luego, comenzó a reír y a llorar al mismo tiempo. Dentro de la música, se salió del tiempo, pues ya no expresaba polarización en sus expresiones. Reía y lloraba a la vez. Y su rostro, transfigurado, era el de una muerta viva.

Otra vez, un anciano tenue y pálido, pidió el pequeño piano de viento y comenzó a cantar. Pronto dejó de ser el hombre viejísimo para transformarse en un verdadero dios o demonio que encantó al auditorio. Narraba la infancia de Krishna, sus juegos con las gopis, sus danzas y el poder de su flauta. Cantaba y hablaba. Luego todos entraron en frenesí, empujados al éxtasis. Las barbas del anciano levitaban. Y Krishna estaba realmente bailando, prendido de esas barbas.

El jefe de ese "ashram" es un hombre de una edad indefinida. Los participantes en esas ceremonias dicen que tiene más de cien años, lo que sin duda es una fantasía. Es un viejo que permanece cubierto sólo por un taparrabos durante cualquier época del año, aun durante el in-

vierno frío de Delhi. No asiste a las veladas musicales, permaneciendo siempre en su retiro, sentado en la posición del loto y en meditación. En raras ocasiones le he visto llegar, y sólo cuando la música alcanza el paroxismo. Entonces se queda allí, quieto, con el pelo trenzado primorosamente y una expresión de gran paz en su bello rostro masculino. Pétalos de rosas vuelan en el aire al compás de la música. Los cantantes se los arrojan a este dios encarnado.

Varias veces he ido a sentarme junto a él en su refugio y he permanecido en silencio, tratando de "escuchar su meditación", y meditando yo mismo.

Todas estas cosas secretas tiene la Vieja Delhi. Además tiene una calle fantasmagórica: Chandni Chowk.

Chandni Chowk es una arteria comercial vibrante. A todas horas la cruzan multitudes. En la tarde se ilumina con una luz sobrenatural. Por el centro pasan automóviles, coches de caballo, carretas, tranvías, bicicletas, tongas, rishwas, peatones, soldados, bandas de músicos, procesiones, matrimonios, elefantes, camellos, vacas, perros, pordioseros y moribundos. Todo un universo abigarrado y monstruoso. En sus aceras se alinean las ventas de flores, de dulces, de alimentos, las tiendas de toda clase de objetos, los anticuarios, los Bancos, los cinemas, los templos. Los vendedores, cubiertos de paños blancos, se sientan en el suelo y extienden sus mercancías. Saris rojos, azules, verdes, bordados con oro y plata, atraen a las mujeres de andar cadencioso, de manos finas y ojos abismales.

Junto a la arteria principal y partiendo de ella se extienden cientos de callejas laterales, estrechas y fabulosas. Los balcones colgantes se juntan arriba. Los árboles crecen en medio de estas calles y meten raíces y ramas dentro de las casas. Las vacas entran y salen. Los zaguanes llevan orinas, estiércol y agua turbia. De pronto, aparecen portales de plata tallada, en viejos palacios abandonados.

Las ventas de flores están siempre llenas de público. Allí se trenzan collares de rosas y jazmines para el cuello de sacerdotes y dioses y para el pelo de las mujeres. Son amarillos, naranjas, rojos, blancos, azules. Su perfume llena la calle. También se venden las pastas de colores para trazar los círculos mágicos en los lugares sagrados, los mandalas, en los um-

brales de los templos y las casas; las pastas de sándalo rojo para pintar los ojos y cuernos de las vacas y ese puntito en la frente de las mujeres.

Por ahí hay una calle en la que se venden las especias de la India. Miles de compradores la visitan. Y el olor del clavo, de la pimienta, de la canela, del aliche, del betel, embriaga, mezclándose con el del sudor de las multitudes.

En las tiendas de perfumes se encuentran las varillas de sándalo, de ratkirani y de incienso. Se queman lentamente en los recintos sagrados y profanos. Se venden las cajas y los pomos de perfumes indios, que no agradan a los occidentales por su penetrante dulzor, un poco grueso y salvaje. Y ese perfume con el que se toca el cuello, los pezones y el sexo de las novias: el hinna, oscuro, café, de olor pesado, hondo, que envuelve los sentidos, atraviesa la piel y embriaga el alma. Se lo recomienda para el tiempo del monzón. Quien lo usa sobrepasa el tiempo, se dice, puede dar dos pasos en este mundo y uno en el otro.

Por aquí también transitan unos seres extraños. Van en grupos de dos o de tres. Visten ropas femeninas, faldas llamativas, blusas ajustadas, o saris. Sus cabellos largos están sueltos y caminan con pasos sutiles. Son músicos. La creencia popular es que no tienen sexo. Mas, la verdad es que son hombres. Llevan colgando sobre el pecho tambores tubulares y portan panderetas y flautas. A veces, bajo la blusa de seda, se insinúan pechos pequeños. Nadie se preocupa de ellos y pasan libres, observados a veces con cierta curiosidad, o reverencia. Los ojos de estos seres tienen un no sé qué de inquietante. Sus brazos suaves, sin musculatura, se cimbran al compás de la marcha felina.

Por esa fantasmagórica calle de Chandni Chowk también van las procesiones de Rama, en las festividades que celebran su victoria sobre el demonio Ravana, a fines de octubre. Casi todo el mes se representan las escenas del Ramayana en las distintas ciudades de la India. Se acompañan con música y danzas. Los movimientos de los actores son lentos, litúrgicos, como si reprodujeran un sueño. La historia es narrada con la cadencia de las lenguas muertas. Al final de las festividades se queman enormes efigies de Ravana y sus secuaces, en las plazas atestadas de un público jubiloso.

Por la Vieja Delhi pasa la procesión de Rama. La forman carros alegóricos en los que van Rama y Sita, Hanuman y su corte de monos, Ravana y su ejército. Combaten de carro a carro con flechas y lanzas. Por la angosta calle vienen elefantes enjaezados con oros viejos y mantos de plata. Vienen los portadores de lámparas, los danzantes de las espadas, los faquires, los vendedores, los médicos, los curanderos, los mendigos y los músicos alucinantes. Juglares entonan sus versos. Los actores que interpretan los dioses son hieráticos; sus rasgos imitan las expresiones divinas. Coronas frutales, pámpanos, hojas de higuera, collares rojos, flores de la jungla. Los ojos profundos, las cejas arqueadas, los rostros azules. Los bailarines hermafroditas inician la danza del fuego. Son adolescentes de pequeños pechos artificiales. Comienzan la danza lentamente, cimbrando el busto y las caderas; luego, al compás hipnótico de los grandes tambores, llegan al frenesí. Los ojos les brillan, los pies desnudos baten el polvo y asfalto, haciendo sonar sus argollas cantarinas. En las manos llevan antorchas encendidas. Cuando el trance se apodera de ellos, introducen el fuego en la boca, saltan sobre él, lo pisan, lo abrazan, se lo comen, ante los ojos serenos de los espectadores. Los hermafroditas están haciendo esto desde la cuna, su relación con el fuego y con la danza es ya vieja; han sido educados para ello por la tribu; es este su prestigio y su ganancia. Pero el espectáculo es también lastimoso, pues esos pobres mancebos no tienen paz. El fuego externo no puede fundir los opuestos. Hay una gran diferencia entre el dios andrógino de Elefanta y los mancebos hermafroditas de Chandni Chowk. Uno ha superado al hombre, los otros lo han negado.

Algunas veces me he encontrado en medio de las procesiones que avanzan por la noche de fábula, chorreando estrellas, sudor y olores. Y he marchado con ellas sin saber quién soy ya, dónde me dirijo, ni si podré regresar un día a mi patria.

Estas calles de la India son alucinantes. Sus carromatos, sus tranvías, sus ciclistas, parecen marchar por el plano astral. El tránsito es incorpóreo. Los millares de vehículos no se rozan jamás. Los ciclistas y rishwas se esquivan con movimientos repentinos. Y todo en silencio, como en sueños. He llegado a dudar de que esto sea real y he sentido la tentación

de dejarme atropellar por uno de esos carros, con la seguridad de que pasará a través mío sin dañarme.

Y lo mismo acontece con la miseria. La pobreza que se ve en Chandni Chowk, junto a los puentes y a la estación de ferrocarril de la Vieja Dheli, es también fantasmagórica. Los enfermos, los moribundos, los mendigos interrumpen el paso de peatones y vehículos. Lo que ahí se puede ver supera toda imaginación. Hombres y mujeres totalmente desnudos, botados en el suelo, cubiertos de moscas y de hormigas, mientras junto a ellos pasan los autos elegantes, los policías y los ricos mercaderes. El sol mortal les está consumiendo. Hombres mutilados por la sífilis o la lepra van dando vueltas por las aceras, junto a sus propios orines, con las llagas abiertas. Son monstruos sin rostros, sin brazos, sin piernas. Por varios días he visto a una mujer llegar arrastrándose para pasar la noche en la calle, junto a mi vivienda. Habla sola, insulta, golpea a fantasmas; está cubierta de andrajos y muriéndose de a poco. En otra arteria central, junto al Fuerte Rojo de Shah Jahan, hay un hombre botado de espaldas y desnudo. Es negro y su sexo está erecto, cubierto de pequeñas arañas y de moscas. Los niños y las muchachas están haciendo rueda junto a él.

Durante la noche la miseria alcanza su apoteosis. Seres humanos que ya no lo parecen se revuelcan sobre los excrementos, comen carroñas, duermen hacinados sobre los suelos. En el frío invierno se hielan y mueren.

La indiferencia del hindú por la miseria ajena tiene bases filosóficas. Nadie ayuda a nadie, ni solicita ayuda de otro. El mendigo pide su limosna como quien respira. Nunca da las gracias; porque es él quien hace un favor, ayudando a mejorar el destino del que da. Y el que no salva al moribundo no es porque no le ame, sino porque duda, porque no sabe, porque no está seguro de que al tratar de ayudarlo no le esté dañando más. El moribundo deberá beber el cáliz hasta las heces, agotar su "karma", su destino, en la presente encarnación. La caridad es cosa de pueblos nuevos. Y el mendigo, el leproso, el moribundo, también lo saben. No piden ayuda, ni la esperan. Piensan que en la Gran Rueda, mañana, ellos pueden ser ricos y aquél, un mendigo. Todo es relativo; en especial, todo es ilusorio.

Nunca he podido quitarme de encima la sospecha de que esa miseria no es cierta, de que es una comedia, de que está siendo exagerada. Los ojos de los miserables parecieran confirmármelo. Aún en los moribun-

dos hay una chispa, una luz de ironía, de complicidad al fondo. Una rara sospecha.

Sí, la miseria de la India no tiene semejanza con la de otros países. Si hubiera de definirla, diría que es una miseria sana, a pesar de su abismal drama. No es una miseria depravada; es esencialmente religiosa. La concepción única del hinduismo da la paz mental al miserable sumido hasta el cuello en las letrinas. Y tiene esa mirada honda, ese algo bello y profundamente espiritual. Es la marca de una raza distinta. Es el signo de un pueblo devorado, perdido y salvado por los dioses.

En India nadie se aburre, además. Hay un hálito espiritual, cósmico, en esas calles, como si las fantasmagorías fueran reflejadas por la luz de una estrella viejísima.

Un día vi venir a un hombre tirando de un pequeño carro de madera, un cajón con ruedas. Adentro traía una cosa pequeña, un cuerpo sin piernas, sólo un busto desnudo, con muñones en lugar de brazos. Era una mujer. Sus pechos estaban comidos por la lepra y también parte de su rostro. El cabello le caía en crenchas negras. Su color era negro azulado, el color de lepra. Pero tenía unos ojos profundos y, al pasar junto a mí, no me pidió nada. Sólo me sonrió, de una manera tan tremenda, tan primordialmente femenina, que confieso que llegué a sentir atracción por esa cosa, por esa mujer-cosa. La esencia de lo femenino estaba aún ahí, intocada, no alcanzada por el mal. El hombre que tiraba del carro marchaba insensible, mirando hacia una lejanía difusa. Ambos eran negro-azules, con el azul de la lepra.

MADRE Y AMANTE

Antes de venir a India había oído hablar de Ananda Mai, la Madre. Se dice que ella vive envuelta en paz y felicidad, alcanzando a ese centro único e indivisible, más allá de lo individual.

Temprano partí en dirección a Derha Dun, donde se halla uno de sus "ashrams" principales. Durante los meses de verano, la Madre viene aquí o va a Almora, en las montañas. El invierno lo pasa en Benarés. Ella es bengalí, como Rabindranath Tagore, Ramakrishna y Vivekananda.

En el amanecer de junio el sol se levantaba apenas. Carretas, hom-

bres y camellos, caravanas interminables surcaban los caminos. El calor empezaba a surgir de la atmósfera, del suelo. El calor quema todo afuera. Lo que es combustible es consumido y sólo permanece lo esencial. Nadie busca el cielo, que es gris en junio, que es triste. Se va hacia dentro. Yo mismo tengo la sensación de no marchar por un camino, sino de ir en busca de la Madre, Ananda Mai, por el interior de mí mismo. Cierro los ojos para encontrar a la Madre antes de llegar a Dhera Dun. Pero sólo veo camellos, caravanas, animales y hombres. El paisaje externo sigue repitiéndose en mi mente y, con ser tan árido y vasto, tiene algo fino, delicado, infinitamente viejo. Nada de romántico o sentimental. Es demasiado serio y trascendente.

Después de cruzar una zona de bosques, en donde la luz rebota sobre las cortezas resacas y gruesas higueras extienden sus ramas, me encuentro junto al "ashram" de la Madre. Es una casa como cualquier otra, junto al camino que se continúa hacia las alturas del pueblito himaláyico de Mussorie.

Arcos de flores penden sobre los muros y a través de las puertas llega una música de "tablas", timbales y pianos de viento. Están cantando. La gente circula con libertad. Son hombres vestidos con el color azafrán de los mendicantes, semidesnudos, con rostros ascéticos o pupilas iluminadas. Las mujeres se agrupan aparte. Constantemente entran y salen nuevos visitantes; vienen con frutas y guirnaldas y parten con las manos juntas y el rostro inclinado.

A duras penas logro entrar en el gran hall. Busco un sitio apartado donde sentarme a observar. Quedo junto a un hombre joven, de barba un poco rojiza y de pelo crecido hasta los hombros. Es enjuto y contempla con los ojos semicerrados el sitial de la Madre. Como él cruzo mis piernas. El hall está lleno de gente y, a través de los cánticos, vuelan pétalos de rosas que caen sobre el rostro y los pies de la Madre. Nuevos grupos entran y se prosternan a sus plantas, depositando allí frutas, flores, presentes. Ella toca las cabezas postradas, pone guirnaldas, devuelve las frutas, y todos parten felices.

La Madre también canta. La observo. Está vestida entera de blanco. Bajo el sari emergen sus antebrazos morenos y desnudos; junto a sus muñecas delicadas se enrollan unas pulseras sencillas; sus manos son pequeñas y ágiles. Tiene el pelo negro enrollado sobre su nuca y sus ojos

grandes son profundos, oscuros. A menudo sonrío bellamente. Ahora está hablando y su voz es atractiva. Su risa cantarina es casi sensual. Con sorpresa descubro que la Madre es terriblemente femenina. Está hablando de Dios con peligrosa coquetería. Discute temas abstrusos con dos brahmanes que han venido a consultarla y a quienes ella desarma con una sonrisa en medio de una oración, con una carcajada cantarina entre dos silogismos. Lo que dice es serio, es profundo y de acuerdo con la Vedanta y los textos sacros, pero la forma, el acento, el tono puesto en lo que expresa, el gesto, es lo más seductor que he visto en mujer alguna. ¿Qué edad tendrá esta hembra?, me pregunto. ¿Sesenta, setenta, treinta, veinte años? Imposible saberlo. Ananda Mai, la Madre, no tiene edad. El calor es sofocante. Con abanicos amplios, de esteras, la refrescan sus discípulos. La Madre levanta sus brazos desnudos y suelta su pelo que le cae sobre los hombros como una cascada negra, surcada por tenues hilos de plata. Por un momento ha fijado sus pupilas hondas en mí. Me siento conmovido en mis más íntimas fibras masculinas. Lucho por reprimir esta atracción por la bella mujer sin edad, por esa santa. Pienso que ella, con su hipersensibilidad, ya debe haberlo sentido. Mas, ¿no será que a todos les sucede lo mismo? Observo a mi compañero de las barbas enmarañadas y rojizas, quien me está mirando con una leve sonrisa de complicidad.

Ahora la Madre canta; mas, de pronto, ha dejado de hacerlo. Se ha quedado inmóvil como una estatua. A su alrededor todo se silencia: los timbales, el piano de viento, las "tablas", las pequeñas campanillas celestiales se han callado. Los discípulos dejan de abanicarla. Ella, sentada ahí, en medio del amplio hall, con las piernas cruzadas, el pelo sobre los hombros, las manos juntas reposando en su regazo, ha dejado de ser lo que era. Sus ojos se han cerrado, sobre su rostro caen los años, los siglos. Una gran palidez empieza a cubrirla. En medio del silencio, una increíble transformación acontece. La hasta hace un momento mujer seductora, sin edad, ha dejado de ser mujer, comienza a perder su sexo. Su rostro, su expresión, refleja algo dramático, angustioso. Observo sus manos. Son iguales, con las mismas pulseras simples en torno a sus muñecas; están serenas, reposando; pero algo fundamental ha cambiado, son y no son las mismas. El pelo sobre sus hombros ya no es el de una mujer, la piel ya no transmite polaridad alguna. Algo ha partido de ese cuerpo, algo ha

dejado de ser. Es imposible ahora sentir atracción por una hebra de ese pelo, por un dedo de sus manos, por esos labios exangües, duros, de piedra. Es la esfinge, es la muerte. Una gran paz se extiende por el rostro. En el ambiente, hace un instante tenso, cruzado de corrientes, de perfumes, vida, amor y pasión, algo se ha resuelto, la paz se ha hecho; podría hasta escucharse el latido de los corazones, si todos los corazones no se hubiesen detenido, el zumbido de una mosca, si hasta las moscas no estuviesen inmóviles. Siento que en mí se ha hecho también la paz y contemplo a esa piedra, a ese abismo que nada dice, que a nada incita. Y doy gracias a la Madre por sacarme así de golpe de las torturas del Sam-sara, por abrir mis ojos y dejarme quieto al borde de la angustia. Sin volver el rostro, sé que a mi vecino le acontece otro tanto.

¿Cuánto ha durado esto? No sabría decirlo. De pronto, un leve estremecimiento, algo así como un golpe seco, y la Madre ha vuelto a sí misma, a la dura tierra. Abre los ojos. Sus pupilas están aún perdidas en otro espacio. Poco a poco, brillan. Los abanicos se mecen nuevamente y la música inicia un cántico de alabanza por el regreso de la Madre, por la reedificación de sus miembros, de su bello cuerpo, porque ella volverá a desprender ahora los perfumes de Maya, a tejer en su red y, sin palabras, con su propia vida, a instruir a sus discípulos en la doctrina del Sam-sara. En menos de una hora, prácticamente, he recorrido todo el largo camino, desde el océano del dolor y el placer, hasta la nada de un Nirvana de roca. Y, ahora, otra vez el regreso, la Rueda del reencarnar. Porque la Madre empieza a reír con voz cantarina, a cantar como la niña y la mujer sin edad que también es.

La Madre se ha retirado. Es la hora de la merienda en el "ashram". Mi vecino me toca el hombro, me invita a seguirle hasta unos pasillos en donde se encuentran hombres y mujeres sentados en filas aparte. Este hombre no es indio, es un francés de Alsacia. Ha venido aquí en busca de la paz. Me cuenta que ha recorrido varios "ashrams" y que ahora piensa detenerse junto a la Madre. Está seguro que aquí se encontrará a sí mismo. Me enseña a comer a la manera del país. Sobre el suelo han puesto unas hojas de bananos, lavadas con agua corriente. En ellas depositan arroz, "dahal" y vegetales. Un monje de pies descalzos pasa por entre las filas llevando grandes tiestos de los que extrae la comida con una cuchara larga. No hay cubiertos. Se come con las manos; pero sólo con la

mano derecha. Esto se halla prescrito en los Vedas. Se coge la comida entre los dedos, se hace con ella una bola y se empuja con el pulgar dentro de la boca. La posición con las piernas cruzadas sobre el duro suelo es incómoda para un principiante.

El calor inclemente del mediodía se hace sentir. La mayoría de los hombres se retiran a las pequeñas celdas, o a los cuartos, para reposar. Mi amigo, el francés, me deja en uno de ellos. Me han hecho un sitio en el suelo. Me saco la camisa y me tiendo. Cierro los ojos. Trato de dormir. Por un momento lo consigo. Veo verdes copas de árboles, higueras de Buda. Despierto. El calor me abrasa. Vuelvo a caer en el sopor. No sé cuánto rato ha pasado así. El suelo es duro. Abro nuevamente los ojos. Junto a mí hay un hombre abanicándome. El abanico es de esteras humedecidas y el aire trae perfumes de sándalo. Alguien está ahí recitando oraciones en sánscrito. Las salmodias caen en medio del calor como una agua apenas refrescante. El rostro del hombre junto a mí es ancho y sonrío al verme abrir los ojos. Al otro lado se encuentra, semitendido, un inválido. Empieza a hablarme, me cuenta que hace años tuvo un accidente y se quebró la columna vertebral. Ha consultado toda clase de médicos. Estaba desahuciado. Ahora la Madre le ha dado esperanzas. Le ha dicho que vivirá. El hombre se está amarrando el pecho con correas. Unas cañas a la espalda le mantienen el busto erguido.

La Madre me recibirá a las cuatro. Me lavo el rostro con agua fresca y entro a un pequeño cuarto. Mi amigo, el francés, ya está allí. Otro joven vestido con un "dhoti" y de pecho desnudo se sienta en el suelo. La Madre se halla sobre una tarima cubierta con una sábana blanca y cojines. Junto a ella hay una mujer viejísima, vestida con paños color azafrán y con la cabeza completamente rapada. Manos, pies y rostro son pequeños y parece una momia. Es la madre de la Madre.

Me inclino según el ceremonial y deposito a los pies de la Madre una guirnalda de flores que le he traído. Ella sonrío y me da una manzana.

Ananda Mai sólo conoce el bengalí y el hindi. El joven junto a ella hace de intérprete. Es ella quien habla, dice:

—Le vi entrar esta mañana. ¿Sabe usted? Ayer en la tarde pensaba en mi hermano, quien murió cuando yo era niña. Se parecía mucho a usted. Hoy en la mañana creí que era mi hermano quien entraba.

Con extrañeza he escuchado estas palabras. Los otros me miran y sonríen. Me dejo llevar por un impulso, tomo una bolsita de brocado que llevo conmigo y la pongo en manos de la Madre. Dentro hay reliquias, pequeñas cosas. La Madre la toma con cuidado, un poco como dudando. Le pregunto si existe una vida más allá de ésta, si será posible comunicarse con los que han partido. Me observa un momento y me dice:

—Es posible, en sueños...

EL GRAN YO

Por caminos transversales me dirijo a Rishikesh. La vegetación es enmarañada: lianas se cruzan, mangos arrojan sombras en valles bajos. Los monos parloteros, saltan persiguiéndose. Con sus pequeños hijos apegados al vientre, las monas atraviesan el camino a saltos y luego se empujan por los troncos y las ramas. Estos senderos se encuentran ya entre montes. Rishikesh está a orillas del sagrado Ganges, que aquí corre claro, amplio. Es este un pequeño poblado de "sadhús" y peregrinos. De aquí parten las caravanas en busca de los lugares santos. Es también puerta para Uttarkashi y Gangotri, las fuentes del Ganges, para Badrinath y Kedarnath, en los altos Himalayas, moradas de Vishnú y de Shiva. Ahí, en medio de las nieves, arde un fuego eterno, una llama inextinguible, desde los tiempos védicos y quizás antes.

Deseo visitar el "ashram" del "Swami" Sivananda. Sé que él estuvo en el Kailás hace algunos años. Leyendas y rumores corren sobre este "Swami", como siempre. Es del sur, de Madrás; fue médico en Malaya y seguramente tendrá un concepto distinto de la experiencia del yoga. Renunció a la vida de familia y a su profesión para retirarse a los Himalayas. Después fundó este "ashram", o monasterio, al cual llamó "Universidad de la Selva" y "Sociedad de la Vida Divina". Ahí vive, rodeado de discípulos, de árboles, de colinas y monos. El "ashram" posee un gimnasio para la yoga física, un taller de fotografía, una imprenta, un hospital, una maternidad y una escuela. Las habitaciones del "Swami" quedan en la parte baja, junto al río. En la otra ribera del Ganges se levanta un templo moderno, el Gita Bhavan; más arriba, remontando la

corriente y siempre en la ribera opuesta se encuentra Lashman Jhula, con un pequeño templo más antiguo.

Es de mañana. Por el camino marchan monjes y "sadhús", vestidos de azafrán, semidesnudos, cubiertos de ceniza, con pelos endurecidos por el excremento de la vaca o con las cabezas rapadas. Se dirigen al río para sus abluciones matinales o estiran el cuenco del mendicante junto a las puertas de las casas. Subo los peldaños del "ashram" de Sivananda. El calor del verano incendia aquí también la atmósfera. Por escaleras de piedra bajan y suben monjes del "ashram", mendigos y visitantes, que vienen de otras ciudades.

Pregunto dónde debo dirigirme y me señalan una celda en lo alto de una escala, sobre unas terrazas. Ahí debo consultar sobre el "Swami" Sivananda, Secretario del "ashram".

Me acerco a la puerta de la celda y golpeo. De dentro sale una rogativa interminable, dicha en sánscrito y repetida a gran velocidad. La puerta se abre y aparece un hombre joven, descalzo, de cabeza rapada, de torso desnudo, cubierto únicamente de la cintura para abajo con un paño de color azafrán. El cordón blanco del brahmán le cruza el pecho. Sonríe insistentemente, de modo mecánico, mientras sigue repitiendo sus veloces rogativas. Hay algo que me hace simpática esta figura ascética. Le cuento a lo que vengo y el "Swami" me lleva a una pieza baja, en donde se encuentran otros jóvenes como él, sentados en filas. Me pide que espere allí, pues el "Swami" Sivananda vendrá en una o dos horas más.

El calor aumenta a medida que el sol asciende. La atmósfera se hace pesada y la espera también. La gente empieza a acumularse allí. Una hora antes del mediodía, aparece el "Swami" Sivananda. Su figura es voluminosa y también viene desnudo de la cintura para arriba; su cabeza está rapada. Se sienta en un sillón y me mira. Tiene algo de gran señor; sus manos son bien formadas y viriles, su sonrisa es amable y atractiva. No me pregunta nada, no me dice nada. Yo tampoco. El sonrío y luego tararea una canción. Lo hace con bella voz, llena de alegría. Es la canción del yoga, dice, de la Vida Divina.

Entra otro "Swami", quien toca un instrumento de cuerda. Sivananda me explica que ese yogi puede curar enfermedades por medio de las vibraciones del sonido, ya sea con la voz o con los instrumentos musicales. El yogi me hace una demostración. Posee un sonido, una vibración

para cada zona del cuerpo. Me pide que ponga la mano en su cabeza rapada mientras emite un sonido que vibra precisamente en donde mi mano está. Puedo sentirlo. Luego, con otro sonido, hace vibrar los músculos de su antebrazo, sus bíceps o su estómago. Otro sonido le mueve las orejas. En seguida canta también con bella voz y el "Swami" Sivananda le acompaña.

Así termina esa entrevista. Sivananda se levanta para partir. Siento que me es agradable. No sé quién es, lo que haga ni lo que en verdad pretenda; pero estoy seguro de que será un señor en cualquier lugar del mundo, fundamentalmente un señor. He visto esto en sus manos, en la forma de sus dedos, de sus falanges. Además, ha cantado con alegría.

A mi lado ha aparecido un muchacho. Se llama Agarwati y me lo manda el "Swami" Sidananda para que me acompañe a visitar los alrededores. Juntos marchamos por el camino polvoriento en procura del puente que nos permita cruzar hasta Lashman Jhula. El puente queda lejos, al fondo del camino, junto a las laderas. En medio de este puente hay un hombre vestido a la usanza del Tibet. Está mirando el río, le habla y le arroja porciones de su alimento. Es un peregrino extraño. Acaba de recibir comida de manos compasivas y antes de saciar su hambre da una parte al río, al sagrado Ganges. Además le lee párrafos de un texto antiguo. Vuelve ahora su rostro y puedo ver unos ojos negros, de fuego. El peregrino tiene una barba hirsuta y seguramente viene de cruzar las altas cumbres. Su indumentaria no es adecuada para el clima de estas regiones más bajas.

Continuamos nuestra peregrinación. Ahí cerca hay un "ashram" de Kali y los hombres desnudos se cubren de cenizas. Parecen salvajes de la edad de piedra o habitantes de otro planeta. Ni siquiera notan nuestra presencia. Agarwati quiere llevarme al Gita Bhawan, recorriendo todos estos senderos, observando los pequeños templos, las ermitas del camino, los grandes árboles "banyan", las higueras de Buda, los monos, la selva cercana.

"Aquí, dice, estuvo por largos años en meditación el "Swami" Sivananda antes de fundar el "ashram" de la "Vida Divina". En este otro árbol, bajo su sombra, vivió un hombre santo, que tenía grandes poderes. Ahora se ha alejado hacia las nieves".

Me quito la camisa, el sudor y el calor me agobian. Al mediodía llegamos al Gita Bhawan. Agarwati quiere que yo vea aquí a otro "Swami",

venido del sur. Se encuentra viviendo en una celda subterránea de este gran monasterio moderno. Gita Bhawan es visitado por miles de peregrinos. Sus muros están cubiertos de inscripciones con versículos de los textos saeros, su piso es de mármol, su cúpula coloreada. Agarwati ha desaparecido por un momento para ir a consultar sobre el "Swami" del sur. Vuelve y me dice que se encontraba en profundo "samadi" hasta hace un momento. El "samadi" duró varios días, sólo ahora regresa del mortal sueño. Sus discípulos y los brahmanes del templo le están asistiendo en la celda subterránea; pero me recibirá. Es una gran noticia y Agarwati se encuentra muy agitado. Me explica que el "Swami" sólo habla el tamil, pero que encontrará un traductor si deseo consultarle algo. El nombre del "Swami" es Sukhdevananda.

Nos quitamos los zapatos y descendemos una angosta escala hacia el refugio. Está oscuro aquí abajo. Mis ojos tardan en acostumbrarse. La luz penetra por un ventanuco alto. Ahora veo a un hombre sentado con las piernas cruzadas sobre una pequeña tarima en el suelo. Le están dando masajes en pies y brazos. Un discípulo mantiene un paño húmedo sobre su cabeza rapada. El "Swami" permanece con los ojos y la boca levemente entreabiertos. Hay otros hombres arrellanados en esta pieza. Un olor extraño impregna el recinto. Proviene tal vez de unas frutas amontonadas en un rincón, de algunas hierbas y mangos demasiado maduros. A través de los muros de piedra se filtra el ruido de las olas del Ganges, que golpean casi a nivel del alto ventanuco. Estamos bajo el agua, a miles de años de distancia, en la Atlántida sumergida. Este olor es el de las frutas de la Atlántida. De este "Swami" se desprende también un perfume extraño, de muerte, de resurrección. Viene de una tumba muy honda bajo el mar, trae sobre sí la marca de la Serpiente y del Arbol. El olor de las frutas y de su cuerpo me embriagan. Puedo perder aquí los sentidos, porque yo reconozco todo esto, pues también he estado bajo el agua. Sé lo que a este "Swami" le acontece, porque también yo he permanecido enterrado vivo.

El "Swami" hace chasquear una lengua seca. Abre sus ojos y mira hacia arriba, hacia la luz del Ganges. Sonríe muy tenuemente, con una sonrisa infinitamente triste, infinitamente desamparada.

Agarwati me consulta si quiero preguntar algo, pues él ha conseguido un traductor. Le sonrío también con dulzura y le digo que no. ¿Para qué?

Nos vamos, subimos ahora la escalera. En las riberas del Ganges hay lanchones. Descubro ahí al "Swami" Sidananda acompañando a un grupo de peregrinos. De aquí él irá a dar de comer a los leprosos. Se ha cubierto la cabeza con su manto azafrán para protegerse del sol. Nos encontramos junto a un bote. No me dice nada, me observa y sigue su camino. Le veo alejarse como a un San Juan. De su cuerpo fino se desprende fortaleza, energía, sacrificio. La escena es también antigua; es una escena de pescadores y es la historia de un San Juan de India.

Cruzo por primera vez las aguas del Ganges. Dejo caer mi mano por la borda y palpo el agua, la tomo entre mis dedos.

He almorzado sobre la tierra del "ashram", rodeado de monjes y peregrinos. Después, Agarwati me ha llevado a su pieza donde extiende una estera sobre el suelo para que descanse. Me ha facilitado uno de sus "dothis". Semidesnudo, trato de dormir. Como en el "ashram" de la Madre, el calor no me lo permite. Sólo caigo en una semiinconsciencia de la que regreso, tras algunas horas, para encontrar junto a mí al buen Agarwati, vigilándome. Me dice que el Secretario Sidananda me espera en su celda para tomar el té.

Sidananda se halla sentado sobre el suelo, rodeado de niños y de gatos. Sonriendo, les pide a ambos que se vayan; pero los monos vienen y se asoman por la puerta y la ventana. Junto a este joven "Swami" se amontonan los libros. Unas varillas de sándalo se queman en un incensario de bronce.

Sidananda sonrío. Me ofrece té y galletas.

—Usted es distinto —dice—, usted puede vivir como nosotros, por eso he querido invitarle a tomar el té, modestamente.

—Sí. Mucho me gustaría, a veces, abandonarlo todo...

—No es necesario. El abandono debe ser interior. Bastan quince minutos diarios, cada mañana... Siéntese en su cuarto, solo, ponga su mente en blanco, olvídense de todo, olvídense de su nombre, de su país de su familia, de la tierra, de todo... Quince minutos bastan... Únicamente permanecerá aquello que usted es en verdad... y que ya no es... ¿Después? Cumpla con su trabajo, vuelva a su ocupación diaria, a su deber para con el mundo; pero no se apegue al fruto de la acción, ni a la

acción. Esos quince minutos de meditación le darán fuerza para vivir dos vidas, una al margen de la otra. Y llegará un día en que una se imponga, naturalmente, suavemente... aunque no es necesario que así suceda porque todo es lo mismo y una vida está en la otra, desde un principio; sólo hay que sobrepasar el yo...

—¿El yo? —pregunto—. No estoy seguro de querer sobrepasarlo, o, al contrario, reconocerlo, vivirlo, hasta sus últimas consecuencias y dolores.

El joven "Swami" mira más allá, a través de la puerta, manteniendo su sonrisa fija. Los monos se columpian sobre la ventana.

Hemos charlado un rato. El es también de Madrás. Se doctoró en Ciencias Económicas y luego vino aquí para dedicarse a la vida monástica. No consigo conocer en verdad cuáles sean sus propósitos. Es muy distinto a su maestro, el "Swami" Sivananda. Es más bien un asceta que se la cera y tortura, un experto en la ciencia del Hatha Yoga y del Raja Yoya. El "Swami" Sivananda, en cambio, si fue un asceta, ya no lo es más. Su canción dice: "Un poco de meditación, un poco de oración, un poco de placer, un poco de dolor, un poco de cada cosa".

Le vamos a visitar ahora en su habitación cerca del río. Allí está con sus monjes y algunos viajeros. Junto a su voluminosa figura se inclina un joven monje de belleza clásica. Moreno, con cabeza rapada. Revisa cartas y se las pasa al "Swami", quien las lee rápidamente y se las devuelve, dictando alguna respuesta. Me hace señas para que me siente a su lado. Pienso que ha llegado el momento de consultarle aquello para lo que he venido y que llevo dentro de mí todo el día.

—Tal vez usted, "Swamiji", pueda decirme algo sobre el monte Kailás.

—Sí —me responde—, ¿por qué no?

—Cuando estubo allí, ¿vio alguna Ermita, algún Monasterio, habitación por brahmanes?

Me contempla un momento en silencio. Luego dice:

—Exactamente en el monte Kailás, no; pero cerca hay varios Monasterios, el de Nyandi, por ejemplo, o Nyandi-Gompa. Luego, los peregrinos giran en torno al sagrado Kailás...

—Pero, en el monte mismo... ¿No existe ahí una caverna?

Recuerdo que mi Maestro me decía que era adentro donde sus Maestros habitaban. El monte estaba horadado. Y una luz especial inundaba el recinto.

—Allí no hay nada —dice—. Sólo lejos...

A mi memoria vienen los cuadros pintados por el Maestro, los dibujos de Sven Heding y fotografías del sagrado monte, que yo he contemplado. Hay una sombra allí, una misteriosa sombra, semejante a la entrada fantasmal de una caverna, visto el monte desde el lado de Dirapuk.

El "Swami" me invita a bajar con él al Ganges. Le acompaño.

Es ya tarde. Nos sentamos junto a la ribera. Las olas juegan con los pies del "Swami". Contemplo esas aguas y, en el crepúsculo, creo ver reflejada en el río la cúpula de un monte, como si fuera la del Kailás sobre las aguas del sagrado lago Manasarovar.

En el Kailás, en el lago Manasarovar, nace el Ganges.

Es de noche. La sala de actos del "ashram" está llena. Los músicos tocan orgiásticamente. Pétalos de flores vuelan por el aire, los perfumes se queman y el humo envuelve la escena. Se recitan los versos del Ramayana. Estos monjes, estos santos y pecadores, cantan la historia de sus héroes; pero la leyenda es divina y la vida es vida de dioses. Allí, en medio de la sala, también hay un dios vivo. Está tendido como una odalisca sobre un sofá muelle, rodeado de fieles encucillados, arrobados, boquiabiertos. Le abanicán, le miman, le dejan caer flores sobre los pies gruesos y desnudos, frutas y monedas. Le bañarían en leche, en frutas, en confituras, en caramelos. El, de vez en cuando, toma una manzana y se la arroja a uno de sus preferidos, a un fiel apretujado en un rincón, que la recibe con humildad y al mismo tiempo con orgullo por haber sido el elegido del dios, el preferido de ese instante. También me lanza una fruta. La cojo al vuelo y le miro en los ojos. Noto que hay un relámpago de buen humor, una cierta complicidad. Ahora Sivananda se levanta, toma uno de los instrumentos, unas varillas de metal, largas, con cascabeles, y empieza a danzar y a cantar. Se mueve su cuerpo voluminoso, su carne suelta, sus pechos. Pero él está lejos de esto, está viviendo el mito, representando su papel.

¿Qué hay aquí?, me pregunto. ¿Una inflación desmedida del yo? Entre nosotros lo sería así, indudablemente. Pero cuando no hay yo en el sentido nuestro, ¿qué es lo que se expande? ¿El cuerpo?

Estamos tan lejos de todo lo conocido que sería superficial pretender

juzgar con nuestros valores y decir que aquí hay una tremenda vanidad, un diabólico orgullo, un gran yo. Este sería el cuadro traducido a lo nuestro; pero no es la esencia, no es la verdad. Tal vez lo que haya en todo esto sea bondad, ingenuidad, un alma de niño que vive o trata de revivir un mito, de resucitar un pasado real de dioses, que por desgracia está muerto.

Sin embargo, no sé, prefiero no juzgar. Porque no sé nada, absolutamente nada.

Muy temprano en la mañana discípulos y visitantes van a practicar la gimnasia yoga a una sala sobre la colina. A esa misma hora el joven Sidananda estará en profunda meditación en su pequeña celda, con los ojos vueltos al interior, hacia otros mundos. No creo que practique ya la yoga física, aunque en ella es un maestro. Al otro lado del río, el "Swami" Sukhdevananda, puede que esté visitando de nuevo la sumergida Atlántida. En toda la India, por caminos y montes, los peregrinos meditan, entonan oraciones, sueñan, se lavan, invocan a sus dioses. El "Swami" Sivananda tal vez duerma.

En la gran sala sobre la colina contemplo los diferentes "asanas". Hay quienes entran su estómago hasta juntarlo con su espinazo; otros están con la cabeza en el suelo y los pies hacia arriba. Esta gimnasia carece de sentido si se la toma como un simple ejercicio físico. Al revés de la gimnasia sueca, no está dirigida a desarrollar los músculos. Tiende, más bien, a un fin psíquico. Es suave y sin estridencias, quiebra la pesantez del cuerpo, pone en actividad ciertos centros de energía psíquica o de corrientes nerviosas. La mente debe tomar parte en los "asanas", debiendo practicarse con intención, dirigidos a un fin más allá de lo físico inmediato. Sin embargo, aun aquellos que no siempre lo hacen así, pero que practican los ejercicios a través de los años, pueden llegar a experimentar un imperceptible cambio en su personalidad. Sin quererlo ni saberlo, su visión del mundo se modifica y una cierta paz y serenidad les alcanza. Es que algunos centros psíquicos, por lo general inactivos, o paralizados, se han puesto en actividad.

Dejo la sala y camino por los senderos de la montaña entre árboles y hierbas. El sol aún no ha salido y una tenue claridad se está insinuan-

do. Descubro aquí un pequeño templo blanco sobre la colina. Hay un hombre joven sentado en las gradas. Me saluda y veo que es un europeo. Me hace señas para que me acerque.

—¿Quiere usted meditar en el templo? —me dice—. Lo he hecho mi morada durante mi permanencia en este “ashram”, a la espera de ser iniciado por Sivananda.

Es un joven alemán. Me deja solo en su templo.

En el interior del pequeño recinto hay un poco de frescor. Me siento allí con las piernas cruzadas sobre el suelo. Cierro mis ojos y me concentro en el entrecejo. Viene a mí la lejana imagen de mi Maestro y oigo sus antiguas instrucciones: “Ni un pensamiento, que los ojos converjan en el entrecejo, la mirada estrábica, fija... y esperar, esperar”. Pero, de improviso, oigo la palabra “Kailás”, veo de nuevo la Montaña y ya no puedo seguir. Mi camino, mi peregrinar deberá ser por fuera, por los caminos polvorientos, por las rutas himaláyicas. La búsqueda deberá ser física, por ahora.

Me levanto. Estoy cansado. Regreso al “ashram”. Algunos obreros están trabajando en la construcción de una estatua del “Swami” Sivananda. Su busto será colocado sobre un pedestal. Su estatua le será erigida en vida.

Agarwati me va a dejar por el camino. Debo partir. Veo venir corriendo a un hombre. A pesar del calor, viste a la usanza del Tibet y trae además un paraguas. Le reconozco. Es el mismo que ayer arrojaba alimentos a las aguas del Ganges mientras leía los versículos del Gita.

Se aproxima y me detiene, mientras me dice:

—Anoche fui al río y las estrellas me hablaron de usted. Las estrellas reflejadas en la corriente de las aguas.

El hombre me mira con fijeza. Sus ojos son de un negro intenso de locura y su barba se mece al compás de su agitada respiración.

LOS MONSTRUOS REGOCIJANTES

Pienso que un día regresaré a Rishikhesh, porque es la puerta del camino hasta las fuentes del Ganges, hacia Gangotri y Uttar Kashi.

Ahora paso por Hardwar, una de las siete ciudades sagradas de la

India, en las riberas del Ganges. Miles de peregrinos vienen aquí a bañarse en sus aguas.

Es ya tarde. Es un día de "mela", o de congregación de peregrinos. Los muelles, los baños junto al río, rebosan de gente. Bajo una gran roca, en una pequeña poza, ancianos, niños y mujeres, se están bañando. Casi todos vestidos. Los saris se pegan sobre los esqueletos de unas ancianas. Zambullen sus cabezas en esas aguas turbias, las beben, hacen gargarismos.

Sobre la calle se apretujan los cuerpos de los faquires, cubiertos de cenizas o traspasados por espinas. Hay uno que presenta un brazo azulado, cruzado de parte a parte por un clavo. Pero lo que más me impresiona son unos monstruos que van sobre carretillas. Hay uno allí que tiene un cuerpo pequeñito, de niño; sus pies son como manos y sus manos como pies; su cabeza es enorme y peina una barba trenzada. Habla con voz gruesa, de bajo profundo. Hay otro en cuclillas sobre la alta rama de un árbol, su vientre es voluminoso. Todos estos seres de pesadilla mantienen junto a sí unas pinturas de ellos mismos, autorretratos hechos con tierras de color, en que exageran aún más su fealdad, su monstruosidad. Los monstruos regocijantes explican sus cuadros, los señalan a los espectadores, riendo a carcajadas, de una manera contagiosa. Junto a ellos hay siempre un coro de risas estruendosas.

Más abajo, en los grandes muelles y baños públicos, donde el río corre amplio y majestuoso, todo un pueblo se está bañando. Hay templos y músicas. Las vacas y los borricos se mezclan con la muchedumbre. Desde altos barandales unos muchachos se arrojan de cabeza a las aguas. Familias entran a la corriente, tomadas de la mano. Pero no hay alegría. Todo es silencioso, como en un sueño, todo es rito, liturgia legendaria, algo que se viene repitiendo desde los siglos. Sobre las aguas el sol se está poniendo. Las cúpulas se reflejan rosadas sobre sus superficies.

Viejos árboles inmensos crecen junto a unos templos apartados en esta pequeña ciudad. A pesar del calor hay un como frescor de agua. Un hombre desnudo, portando un tridente, está repitiendo versículos sánscritos. Ya de noche regreso a los muelles. El pueblo continúa allí, ahora canta, ora. Iluminado por las estrellas, por las antorchas, se sumerge en el éxtasis de los timbales y los cánticos. La mayoría de los peregrinos dormirá sobre el suelo. Pienso hacer lo mismo y busco un lugar junto a las

gradas del pequeño recinto central. Un sacerdote vestido de color azafrán eleva sus brazos al cielo, agitando timbales y campanillas, mientras dirige el ritmo, cantando a voz en cuello, con la vista perdida en las estrellas. Su manto flota, cimbrado por una brisa que viene de los lejanos Himalayas.

Poco a poco, se me cierran los ojos. Entre sueños sigo viendo ese manto de color azafrán y aquellos autorretratos monstruosos, llenos de malicia diabólica.

CUANDO EL PEZ ENTRE EN ACUARIO

A menudo se ha hecho notar la similitud existente entre las leyendas de Krishna y la vida de Cristo. Los nombres mismos se parecen: Crisna o Creeshna, en sánscrito. Cristo nace de una virgen; Krishna-Vyasa, también. El tirano Kansa, al igual que Herodes, manda matar a todos los niños nacidos el mismo día que Krishna. Krishna nace a medianoche. Cristo pone la otra mejilla. Krishna cuida al pie que le ha golpeado. Fenómenos celestes se producen a la muerte de ambos.

Sin duda que hay también diferencias. Aunque ambos viven rodeados de mujeres, en el caso de Krishna el mito es pagano en su forma, aunque su sentido simbólico pueda ser el mismo. El sol marcha a través del firmamento rodeado de estrellas.

Las leyendas deben haberse influenciado mutuamente a través del tiempo, en los contactos que, desde muy antiguo, existieron entre la India y el Medio Oriente. Los cristianos llegaron a la costa del Malabar, en el sur de la India, durante el primer siglo de nuestra Era y el Apóstol Tomás predicó aquí. Es muy posible que los hábiles brahmanes incorporasen parte de aquel mito y la leyenda. Mas, trescientos años antes de Cristo, la historia de Krishna había sido recopilada en la India en su forma brahmánica. A través de los iniciados esenios pudo ir tomando forma en el Medio Oriente, en donde también venía desarrollándose el drama de la víctima inmolada, del dios sacrificado. El destino de Akenaton y de su dios de amor, sacrificados a la furia de los sacerdotes de Amón, tiene que haber hecho impresión en la mente colectiva, dando vida a la

imagen mítica en las aguas profundas. En cierta forma, Akenaton mismo es la víctima inmolada al comienzo del mundo.

No hace falta ir en busca de similitudes o de influencias recíprocas. El Mito es siempre uno y gira en espiral, ampliándose en un tiempo sin tiempo, en el cielo estrellado, en el agua del alma. Ahondándose. Se ha creído ver en todo esto una leyenda estelar y verdades pertenecientes más a los astros que a la tierra, a la astrología. Y decir astrología es decir de nuevo el alma, ya que en la astrología sólo se proyectan al cielo situaciones interiores, argumentos subjetivos, un drama que acontece en la mente del hombre.

Aries es el Carnero. Es la época de los arios, del Vellocino, de Rama, de Zoroastro, del Ciro persa, del Gran Antepasado, del Salvado del Diluvio, de antes del Diluvio, de "Aryadna Vayji", de los hiperbóreos, de la Patria Primigenia, de los Caminantes de la Aurora, del Peregrino Eterno, del que partió con todo su pueblo, dejando el Hogar antiguo, la Patria del Alma, para marchar a través de los desiertos, en busca de una Tierra Prometida, allá abajo, en el Sur. Es el Sol que se eleva sobre los montes y desciende hasta el mar. Una Casa, un Hogar se ha perdido y habrá que encontrar otro. El antiguo Hogar es Aries, el nuevo es Piscis. La Antigua Ley, la del Caminante, es la del Padre. El sol que gira y avanza, es la Svástica. Y la ley del Padre, la del Fuego, es el sacrificio impuesto. La nueva Ley, la del Hijo, será la del sacrificio aceptado por amor. La Epoca de Piscis se inicia, más o menos, cuando los brahmanes empiezan a codificar el "Mahabarata". La constelación de Piscis, la de nuestra Era, en Occidente adquiere una forma distinta; los dos peces parecen entrecruzarse. En la India los dos peces giran en círculo llegando a casi cogerse la cola. La cruz es una svástica. Por ello el Cristo de la India no es tan dramático en sus opuestos, va mezclado, no se polariza agónicamente como el nuestro. Krishna es un poco el dios Pan. Nuestro Cristo o, más bien dicho, el Cristo europeo, es el del Bien Absoluto, de la Luz Absoluta. Las sombras, todo lo terrestre, pasan así al Demonio, su opuesto. Krishna, en cambio, se incorpora la tierra, se incorpora el mal, la luz y la sombra. Así sucede también con la India, en donde todo va mezclado y en donde el santo es un poco malhechor y el malhechor es un poco santo. Es decir, en donde está reflejada y aceptada la vida total, simultánea.

Es el Cristo de la Atlántida.

En Piscis, el Hijo que ha nacido como un pez, es sacrificado como un Cordero. En Acuario, resucitará como una Paloma.

Acuario sería así la Epoca de la Tercera Persona de la Trinidad, del Espíritu Santo. Nada sabemos en verdad de esta misteriosa Persona, salvo que tiene la forma de una Paloma, también de lenguas de fuego. El Padre y el Hijo tienen figuras humanas, no así este misterioso Ser. Aún no se ha avanzado en el desarrollo del símbolo, quizá por miedo. ¿Quién es esta Paloma? ¿Quién la produce? Parece que el hombre. Y el más alto producto del hombre no será, así, otro hombre, ni siquiera un dios, sino un ave, un pájaro, un animal, un fuego. ¿Se vuelve atrás entonces? ¿Significa la destrucción del hombre y el avance del mundo animal restante? Tal vez signifique la reincorporación de lo animal negado en Piscis; pero de lo animal con alas. La Serpiente con alas, el Pez con alas. El hombre total, con luz y sombra, con alas sobre los instintos. El hombre entrando a participar de la divinidad, de algún modo misterioso y subreptico.

Desde las profundas aguas del nuevo diluvio —que bien puede ser de fuego—, desde el río, desde el mar, emergerán la Serpiente Alada, la Paloma. Y ellas serán lo que una vez fue el hombre.

LOS LUGARES SANTOS

La noche del 8 de Badhrom (a comienzos de agosto) es la noche en que nace Krishna. El templo de Birla, en Nueva Delhi, hierve de gente. Son millares que se apretujan para entrar, ascendiendo los escalones de mármol entre luces de colores increíbles. Policías con turbantes y largos palos tratan de poner orden en las filas de creyentes, en el río humano que se desborda, bajando y ascendiendo escalas, entre torres y elefantes de mármol para ir a la sala central del templo en donde se halla la imagen de Krishna, se cantan sus hazañas y se espera la medianoche. El calor es sofocante en ese mes de Badhrom.

A duras penas, empujado, sobreviviente, llego hasta aquí. Como siempre, hay que girar de izquierda a derecha, recorriendo la sala atestada de un público delirante. Los espejos de los muros multiplican la escena de otro mundo. Al llegar junto a la estatua de Krishna, en la parte central, los fieles se prosternan y arrojan pétalos, monedas, dulces, frutas.

La imagen es de mármol coloreado y representa a Krishna de cuerpo entero. Uno de los sacerdotes del templo me coge de un brazo y me empuja al centro de un círculo. Encuentro un espacio y me siento con las piernas cruzadas. Cantan. Las canciones se alternan. Suenan los tambores, los músicos se pasan unos a otros los instrumentos de metal, unas varillas con cascabeles y campanas. Los ritmos, como siempre, son hipnóticos. Empiezan muy lentos, en melopea suave, para ir adquiriendo poco a poco más velocidad. Todos cantan. Junto a mí un padre joven con su hijo pequeño, también está cantando. El niño tiene una voz tierna. Su padre se ha levantado y cogiendo las varillas metálicas salta y las agita por espacio de casi una hora. Está bañado en sudor. La atmósfera es de plomo hirviendo. Hombres armados de largos abanicos van moviendo el aire por secciones para dar algún alivio a esas masas embrujadas. El niño canta como si fuera el mismo Krishna. El humo del sándalo se mezcla al vapor de los cuerpos convulsionados. Sin saber cómo, también estoy cantando y batiendo mis manos acompasadamente. Cierro los ojos y repito en el ritmo alucinante: "¡Hare Krishna, hare Rama, hare Krishna, hare Krishna, hare Rama..." Aquí está el dios azul, naciendo, viviendo ya en medio de todos nosotros.

Alguien me ha golpeado. Siento un ruido seco y varios hombres junto a mí caen al suelo. Una sombra pasa por entre los cuerpos. Es alguien que ha sido poseído por el dios, un hombrecillo de larga melena, de cejas arqueadas, de ojos pintarrajeados. Se arranca la camisa y los pantalones. Queda así medio desnudo frente a la estatua de Krishna y empieza a contorsionarse, a bailar. Exclamaciones de júbilo salen de la muchedumbre. Crece el canto, el ritmo aumenta hasta el delirio. El hombrecillo se dobla, se arquea. Con las manos en las caderas está bailando una danza profana, acompañada con sonidos guturales producidos por su garganta, por su cabeza. Baila ante Krishna, es poseído por el dios azul. Salta, se crispa, se lamenta, se queja. La muchedumbre se agita al compás anímico de ese suceso.

Así sigue esta historia dulce y tremenda hasta la medianoche, hasta que el dios azul ha nacido. Ha nacido dentro de los espectadores, naturalmente, y también a la fuerza, a tirones, a empujones, desgarrando y amando.

He aquí la llegada de la medianoche, del mes de Badhrom, de hace

miles de años. Nos levantamos. Estamos todos de pie, con las manos juntas, con los ojos cerrados y cantamos suavemente, dulcemente, con la más grande felicidad, porque el dios azul ha nacido, y ya se puede empezar a danzar dentro del año, de la estación florida, como el sol.

A través de toda la India se representa en esta fecha la historia, el drama cósmico de Krishna. En teatros al aire libre, los niños de las escuelas son todos Krishnas por una noche, o por más. El público sigue atento el desarrollo de esa historia que es su propia vida y que se sobrepone a la vida, pues es leyenda y mito, es decir, esencia, alma de la India.

De Delhi a Mathura, no hay gran distancia. Decido ir, como otros, en este aniversario, a recorrer la ciudad natal del dios. Voy por las calles, me detengo en cada lugar con recogimiento. Durante el día visito el Museo que conserva tesoros de la época Gupta; tallas en piedras milenarias. Un hombre me regala una flor, algunos niños cantan para mí. Después, reposo en un templo. Es siempre el templo en su concepción antigua. Mendigos, enfermos, fieles vienen aquí a comer y a dormir. Todo está revuelto y hay suciedad, como siempre. En algún rincón sombrío un como frescor de aguas profundas, un como batir de ramas y de hierbas. Así sucede siempre en los templos hindúes, tal como si la vegetación tropical de afuera se hiciera aquí fresca y umbría, como si un agua invisible corriera desde los altares, desde algún centro invisible. Un río propio, lejano, cruza a través de todos los templos barrocos de la India.

He ido luego a ver el río Jumma, el que conoció la infancia de Krishna, el mismo que levantó sus riberas para besar los pies del infante y separó sus aguas para abrirle un camino. Aquí también dormía la serpiente Kali-Naga. Aquí Krishna libró su combate. Cerca queda Gokul y los fieles van en peregrinación a través de estos lugares santos. Decido marchar a Vrindaván, donde el dios-niño, el dios azul, danzaba con las "gopis", las vaqueras-ninfas.

Es ya entrada la tarde y la noche me sorprende a medio camino. Mi acompañante es un "sikh" de negra barba. Le digo que deseo dormir en el camino, mirando el amplio cielo, abierto de par en par sobre nosotros. El aprueba, desenvaina una espada y la clava en el suelo. Me tieno sobre el camino. Junto a nosotros hay peregrinos y varios camellos

reposan bajo un árbol. Fijo mi vista en las estrellas, en el polvo de las constelaciones, me pierdo en el cielo. Tengo la sensación de no estar de espaldas sobre la tierra, sino pendiendo de su superficie, de que el cielo no está arriba, sino abajo y que podría desprenderme y caer sobre él en cualquier momento. Caer ahí, perderme en medio de ese hormiguero de estrellas, en esos espacios negros, sin fondo, que las separan. En ese espacio azul oscuro, en ese "color krishna", en Krishna mismo. Porque esto es Krishna, el cielo estrellado. Krishna y sus "gopis", Krishna y sus bacantes. Caer en Krishna, en esa danza eterna y vertiginosa del Universo, del Cosmos. Sin duda, ésta habrá sido la sensación que experimentaban las vaqueras de Gokul al danzar en los jardines y en la selva, en el desierto y en el monte: caer en Krishna.

Algo frío me toca el rostro. Es un pequeño sapo que ha saltado sobre mí. No me muevo, tan abstraído estoy. El "sikh" ya duerme junto a su espada. Más allá la mujer se queja, los camellos resoplan. Poco a poco también me voy quedando dormido, cayendo más y más en un profundo Krishna.

Al amanecer estoy humedecido de rocío caliente. Los camellos ya van marchando por el polvo hacia Vrindaván. Los seguimos.

Los jardines de Vrindaván están habitados por fantásticos pavos reales y monos parloteros; antes, las vacas, el ganado, las vaqueras, las pastoras, buscarían a Krishna por entre las flores y las higueras. Y entre todas ellas Radha, la amada preferida. Radha, extraño amor del dios azul. Porque Radha era la esposa de un vaquero. Krishna la hizo su preferida y, con ella, estuvo en el centro de la Danza. Radha comprendía bien que su verdadero esposo no era el vaquero, sino el bailarín vertiginoso, el encantador de la flauta alada, el joven dios de color azul.

Este amor tiene siempre algo de prohibido. Es un amor ideal, al margen de los trabajos y los días, es una fusión más allá de lo inmediato, en los jardines, en la selva antigua de Vrindaván, en la noche, lejos del esposo, en la locura de la danza, en el misterio del eterno femenino y del eterno masculino. Radha volverá luego del jardín a su casa y será allí la esposa fiel del pastor, hasta que no sienta de nuevo la *Mamada*. En el cumplimiento de este misterio es posible que el esposo se sienta complacido, porque el amante azul, el divino niño, es también el Hijo y su esposa dará a luz un dios.

A través de pequeñas calles claras se llega de nuevo al río. Aquí reposan o flotan grandes tortugas. Son las tortugas de Brahma y también de Vishnú en el "Satya Yuga", la primera época del mundo, en que el hombre vivía hasta cuatro mil años. Luego, Vishnú tomó la forma de una tortuga para ir a buscar al fondo del mar una misteriosa cosa perdida en el Diluvio. Se instaló así en la base del Mar de Leche, agitó sus aguas y levantó un Monte, tal vez el Monte Kailás. En torno a él los dioses y los demonios trenzaron a la serpiente Vasuki y la partieron por la mitad, quedándose cada uno con un trozo. Con la serpiente agitan aún más el mar, las profundas aguas, hasta que la misteriosa cosa perdida en el Diluvio reaparece. Y ella es "Amrita", el Agua de la Vida, y es "Rambha", una maravillosa ninfa. Puede que también sea Radha. Pero a la vez "Visha", el veneno.

EL PAJARO QUE CANTA SOBRE LAS RUINAS

He ido de amanecida a ver el Taj Mahal. En verdad no he ido, pues he dormido aquí cerca, sobre el césped. Lo contemplo desde distintos ángulos. Subo al pórtico de la entrada. El Taj Mahal en un domo albo, rosado en el amanecer, con una sola entrada, con muros trabajados con piedras semipreciosas, que imitan flores de jardines edénicos. Su cúpula redonda, su cuerpo total, se levanta sobre una gran terraza de mármol cuadrangular. El Taj Mahal es un círculo en medio de un cuadrado. Es un "Mandala".

En Fatepúr Sikhri canta el pájaro de las ruinas. Lo hace desde la mañana al mediodía. Su grito se repite monótono, acompasado, siempre el mismo. El pájaro no se ve; estará entre los arbustos de este desierto, o parado sobre los techos de piedra roja, sobre los capiteles y pilares en ruinas de la ciudad del Gran Mogol, Akbar.

El calor paraliza la vida, la luz refulge con el rojo de la vieja ciudad. Aquí están expresados en piedra los pensamientos de un filósofo que quiso comprender lo efímero, introducirse a través de sus resquicios, atis-

bar la eternidad valiéndose del intelecto. ¡Vano intento! Sobre la simetría de lo asimétrico, sobre el equilibrio de lo irregular, hoy canta el pájaro de la muerte.

EL CANSANCIO

Estoy en mi pequeño cuarto de la Vieja Dehli. Extrañas sensaciones me dominan. Me molestan los olores peculiares de este mundo; siento un vacío en el estómago. Me exaspera el ruido que hacen los monos ahí afuera, persiguiéndose y chillando interminablemente.

No puedo dormir. Cuando lo hago, es sólo por un breve instante, para despertar bañado en sudor, con fuertes angustias. El "sikh" ha venido y me ha recomendado un doctor "ayurvédico", de la antigua medicina india tradicional. El agotamiento y el malestar van en aumento. Desde algún lugar me sube un gran cansancio y repulsión por todo esto, por la India, por el ambiente, por los olores, especialmente por esos perfumes dulzones, extraños, por el polvo de los caminos.

Al fin ha venido un médico. Está aquí junto a mi lecho. Me mira sin decir nada y, después de un rato, se va. De este modo lo hace por espacio de una semana, o quizás más. A veces me habla. No es éste un doctor "ayurvédico", es un médico indio alópata, pero como sólo un indio puede llegar a serlo.

—¿Ha visto usted los templos de Khajuraho, sus esculturas? Esas esculturas representan todo un mundo "tántrico", la superación por medio del sexo, alcanzando la pasividad en medio del goce, el control de la mente por medio del sexo.

Y sigue hablando:

—Dejemos que su enfermedad se agote sola. Pronto voy a saber de qué se trata. Cuénteme algo de sus experiencias internas. ¿No ha ido aún a Khajuraho? Cuando se encuentre mejor le pasaré un comentario sobre el Bhagavat Gita, hecho desde un punto de vista más actual, también algo sobre el "Raja Yoga" o "Yoga Kundalini", escrito por un médico, el doctor Vasán Rele. También esos viejos dioses de Khajuraho jugaban su gran juego tántrico con el "kundalini". Líbido, la llamarían hoy...

El médico vuelve a partir. La fiebre asciende.

Durante el día veo al "sikh" durmiendo en un rincón, sobre el suelo.

Busca los lugares más frescos y sombríos. Es mi sirviente y está cerca por lo que yo pueda necesitar. También, de tiempo en tiempo, entra el "intocable" que barre el suelo y cruza en cuclillas todo el cuarto, va y viene de esta forma, levantando nubes de polvo que me asfixian.

Algo ha hecho crisis dentro de mí. Es un gran cansancio del ser, la ruptura de una larga tensión.

El médico regresa. Se sienta ahí y dice:

—Ya sé. Es la malaria.

No estoy seguro. Mas, de pronto, recuerdo al "Swami" Sivananda, a ese señor voluminoso que baila y canta y se hace adorar, allá junto al Ganges, en Rishikesh.

Decido enviarle un mensaje. Le cuento que estoy enfermo y le pido que piense en mí. Después me olvido completamente. Y continúan los días y la fiebre. Un mono se asoma por los vidrios. Me mira y me hace una mueca. Me yergo un poco y lo contemplo directamente en los ojos. No me dice nada. No hay la más mínima correspondencia. Un perro, un gato, hasta uno de esos lagartos que se equilibran por las paredes, me entendería mejor, sabría lo que me sucede, me devolvería un pensamiento. Estoy seguro de que el hombre no descende del mono. Si hay alguien que lo sabe aún mejor que nosotros, es el mismo mono. A lo mejor nosotros descendemos del perro. Siento que los perros son mis hermanos. Los perros nos acompañan silenciosos, mudos, nos sienten, nos comprenden. Van con nosotros desde hace tiempo por la historia. El caballo nos abandonará, pero no el perro. Entre el latido de su vida y la nuestra hay algo en común. Sin embargo, los indios no lo saben. Los dioses no quieren que ellos lo sepan. Sus dioses-monos, su dios Hanuman. Y ahora, al mirar el rostro de ese mono, apegado al vidrio de este cuarto, puedo ver cuán poco se preocupan los dioses de nosotros. En verdad, no tenemos nada en común con los dioses.

Pero como los perros nunca han sido dioses, ellos van con nosotros, ellos nos comprenden. En este mundo de dioses de la India, el perro no tiene lugar.

Al cerrar los ojos ahora, se me presenta de pronto una sombra grande, amplia. La reconozco. En un relámpago creo descubrir que es el "Swami" Sivananda que está aquí a mi lado, que ha venido a visitarme. No abro los ojos. Dejo por el contrario que esa amplia sombra me pro-

teja de la fiebre, de la luz de afuera y de la risa estruendosa de los monjes. Poco a poco me duermo, ahora con sueño calmo.

Es curioso, pero he despertado mejor. Ya no tengo fiebre. Dos días después recibo un mensaje del "Swami" Sivananda en que me dice haber recibido el mío y que ordenó oraciones por mi salud. Todo esto ha coincidido con mi visión, con mi sueño y mi mejoría.

Este suceso está dentro del espíritu de la India. Sivananda desconcierta por su endiosamiento en vida, por el exceso de una propaganda ingenua hecha a base de fotografías, películas y altoparlantes. Todo esto predispone en su contra y desagrada. Confieso que no me importa. Ni siquiera me importa que el "Swami" no sea honesto, que no haga vida santa, que no medite, que no lo haya hecho nunca, que no haya ido jamás a la selva y a la montaña, que le guste la buena comida, la adulación y el buen pasar. Nada de esto me preocupa, pues va en la superficie. Más allá, en lo hondo, hay un océano, un mar, una montaña voluminosa como su cuerpo, un corazón enorme como una montaña, un señor, un rey. Todo junto: rey y obispo glotón. Todo junto como la vida, como la India.

No puedo negar que si mi cabeza piensa una cosa, mi intuición ha adivinado otra. Y esta última es la que acierta. La respuesta la tengo ahora. Ya no necesito ver más a Sivananda en Rishikesh, porque le he visto ahora para siempre. Y esta visión certera me ha mejorado.

Con su carta me manda unos polvos rojos de sándalo, para que me toque con ellos la frente y unas hojas de los Himalayas. Me signo en el entrecejo con el sándalo y enciendo unas varillas que perfuman el cuarto. Ya no me molesta su olor.

El médico dirá que la malaria ha sido vencida, que la fiebre se ha ido. La convalecencia, como siempre, es un regreso a la vida.

Pasan los días hasta que la puerta se abre y entra un hombre con gorro de astracán. Parece un mahometano. Sin embargo, es un hindú que se ofrece a enseñarme el hindi y el sánscrito; también quiere venderme algo. Cuando se entera que he estado enfermo y que convalezco, deponese su actitud de ave de presa.

—Salga de Delhi, escape de este calor —me dice.

—Sí, pienso ir a Almora —le explico—. Deseo conocer esta ciudad que es la puerta en la peregrinación al monte Kailás.

Se queda observándome.

—El Kailás está lejos y en manos de la China. Deje eso para más adelante. Vaya a reponerse a Cachemira. Allí puede alcanzar hasta Amarnath, en los Himalayas, la caverna en donde se encuentra el “Lingam” de hielo de Shiva.

“Hielo, Lingam de hielo”, me digo.

Sí, iré a Amarnath a visitar a Shiva en su guarida de las nieves. Ya estoy sano, ya me siento de nuevo bien. La sola esperanza de nuevas aventuras me da fuerzas.

LOS ANGELES DEL HIELO

Himalaya significa “Morada de las Nieves”. El Hindukush, el Karakorum, el Kuenlun, la cordillera del Kailás, quedan en la zona transhimaláica. Se continúan unas a otras como olas en el Océano; olas petrificadas. Pero los Himalayas, los grandes Himalayas, que fueran la barrera infranqueable de los dioses de la India, de los arios, también de la misteriosa raza que anteriormente habitaba esta parte del planeta, son la “Corona de Nieves de la India”. El nombre de Himalaya ha sido reservado para gigantes como el Everest, el Kanchenjunga, el Nanga Parvat. Las cimas superiores se encuentran en el territorio del Nepal. Son ellas las más altas montañas existentes en la tierra. Los Transhimalayas no cuentan con montañas tan altas, aunque la segunda de todas esté en el Karakorum: El K2. La inmensa cadena que comienza en los confines de la China, termina en el profundo desfiladero del Indo.

Sin duda que la más solitaria de todas las cimas es la del K2, en el Karakorum. Lejos, apartada, en medio del desierto, se yergue como un ángel de las estepas. La aldea más cercana queda a seis días de viaje de sus laderas. Se le asemeja sólo el Nanga Parvat, una de las cumbres más bellas y solitarias, superando en altura a sus hermanas blancas. La luz golpea sobre sus ventisqueros. El Kanchenjunga es tal vez más bello aún. Pero hay otras cumbres casi desconocidas en Hunsa y en el Pamir: el Rakaposhi, por ejemplo, que se empina junto al río Hunsa.

La altura excepcional de las cumbres himaláicas se debe a que su estructura granítica les ha permitido resistir mejor la acción contraria de

las fuerzas de la atmósfera, permaneciendo aisladas, como gigantes, junto a zonas rocosas más fáciles a la erosión. El eje de las grandes cordilleras también es de granito y es posible que fuerzas especiales, pujando hacia arriba, hayan producido las elevaciones de ciertas partes de las cordilleras sobre el nivel general. Y cuando una de las masas ha sido proyectada hacia arriba, la disparidad entre las altas cumbres y las masas intermedias se intensificará a causa de la acción destructora de las fuerzas en acción. Los mantos de hielo y nieve en las alturas sirven también de escudo protector contra los elementos desintegradores de la atmósfera, mientras que las zonas bajas, que carecen de nieves, son más rápidamente erosionadas. Se cree que, durante la formación de los Himalayas, grandes masas de granito fueron proyectadas hacia arriba desde el fondo planetario. Dada la diferencia de estructuras de las capas terrestres, en los puntos más débiles de ellas mismas las masas de granito pudieron aflorar, rompiendo la corteza. El problema es si las grandes cumbres himaláyicas, que tendrían su origen en estos fenómenos internos de fuerzas expansivas, han alcanzado ya su máxima altura y han detenido su crecimiento. Es muy posible que las fuerzas aún estén en trabajo, pudiendo crecer los Himalayas más velozes que la acción de las fuerzas contrarias erosivas. Los Himalayas son de formación comparativamente nueva y el impulso del ángel de hielo hacia lo alto puede estar en plena acción. Las alas se estarían aún batiendo.

Las cumbres divinas viven su solitaria existencia de dioses. No hay indicios de otra vida en Cachemira hasta un millón de años atrás. Cachemira era un inmenso lago. La parte baja de la península indostánica estaba unida por tierra con el Africa. El hombre aparece hace trescientos mil años en Cachemira.

Antes fueron las cumbres solitarias.

Pero los dioses hablaban. Eran los dioses de las altas cumbres, de las cimas himaláyicas. Los mismos que el hombre escucharía después. Porque las viejas razas han poblado de dioses estas soberbias cumbres. Son los dioses de la India, el Kanchenjunga, el Anapurna, el Nanga Parvat, el Kailás.

Por cumbres y desfiladeros he llegado al valle en donde se halla la ciudad de Srinagar, capital de Cachemira, circundada de montañas azules

y árboles apacibles. Los canales reptan y los lagos son quietos, con aguas hondas al mediodía. Aquí, una vez, fue adorada Naga, la Serpiente, y ella reveló la fórmula mágica con que los hombres vencieron a los hielos de la época glacial.

Detrás de los antiguos jardines de Shalimar, en un pequeño valle, tal vez el mismo donde Shiva revelara en sueños al sabio Vasupgupta los Sutras de la filosofía "Trika", vive hoy el "Swami" Laxmanju, hijo de sabios brahmanes. Este joven "Swami" permanece en meditación en un paraje apartado e idílico. Como sus progenitores, profundiza en la filosofía "Trika", sivaísmo típico de Cachemira.

Voy a verle una tarde, marchando por senderos apartados. El "Swami" vive en lo alto de una casa de madera levantada sobre pivotes. Para llegar hasta su refugio se hace necesario subir una escalera colgante.

Me recibe cubierto con una túnica larga. Sus pies están desnudos y su cabeza rapada muestra un mechón delgado en la nuca. Es joven y sus ojos negros, profundos, parecen penetrar las sombras que ya se extienden.

Nos sentamos sobre el suelo cubierto por una sábana blanca. Hay libros y útiles de escribir dispersos. Unas varillas de sándalo se queman, perfumando el ambiente. Algunos perros ladran afuera; más allá, junto a los montes, se oye el grito de un pastor.

Guardamos silencio, que yo rompo para preguntar:

—¿Cómo podemos adherir al monismo y reconocer al mismo tiempo las muchas formas de realidad? ¿Es posible que la creación no afecte a lo Absoluto? ¿Por qué se manifiesta el Absoluto? ¿Qué necesidad tiene Paramashiva, el Innominado, el Perfecto, el Paralítico, el Cero, de crear el mundo, de empezar a contar, a sumar?

El Swami mueve la cabeza rapada, junta sus párpados y responde:

—Abhinava, maestro de la "Trika", anticipa esta objeción y dice: "No podemos preguntar por qué una cosa hace algo, porque este algo, este hacer, está en la naturaleza misma de la cosa, en su constitución intrínseca. La naturaleza última de una cosa no puede ser puesta en cuestión. Es absurdo preguntar por qué el fuego quema, por qué el agua calma la sed, por qué el frío hiela. Del mismo modo, es la naturaleza de Paramashiva manifestarse a sí mismo. En cuanto a que la creación pueda modificar a lo Absoluto y destruir su eternidad, ello no es posible, porque las cosas, lo múltiple, lo manifestado, quedan dentro del Absoluto,

como las olas dentro del mar. Antes, durante y después de su manifestación, las cosas, los seres, el número, están dentro del Absoluto. No podemos decir que el Océano sea modificado por el movimiento de sus olas o de sus mareas. Ellas se levantan y caen sin que signifique ganancia o pérdida alguna para el gran Océano. Del mismo modo, Paramashiva no es afectado por su propia manifestación. Sólo Anuttara, Paramashiva, existe, independiente e incondicionado. Las formas perceptibles son dependientes y condicionadas, son finitas, no pueden competir con lo Absoluto”.

El Swami Laxmanju ha citado a Abhinava; calla ahora. Pero, ¿qué piensa él? ¿Lo mismo que su ilustre antecesor? Ahí donde la “Trika” responde y justifica la creación, las formas, el mundo, la suma infinita de los números, la Vedanta se silencia, no explica, niega la realidad como un sueño, como el sueño de “avidya”, de Maya. La Vedanta no explica el misterio, el aparente engaño de la nada. La “Trika” recurre a imágenes, a comparaciones con el Océano y con las olas. Comparaciones todas tan caras al alma y al clima de la India.

Digo:

—No hay nada más peligroso que la imagen, que la comparación con lo visible para explicar lo invisible. Parece tan cierto, tan exacto, tan seguro, y por su naturaleza misma tendrá que ser incierto, inseguro. Tengo una tremenda desconfianza de la imagen, de lo que parece cierto.

El “Swami” calla. En las sombras, su cabeza rapada se mueve apenas, meciéndose imperceptiblemente.

He elegido para vivir una pequeña casa-bote sobre el lago Dahal, en un paraje apartado, junto a una gran plantación de lotos, que cubre toda el agua hasta una pequeña isla cercana. Tengo una “shikara” a mi disposición, especie de canoa, con la cual me traslado por el lago, suavemente, hasta llegar a los canales que me llevan a la ciudad. Remeros alegres me transportan, riendo o cantando. La mayor parte del día la paso sin moverme dentro de esta casa-bote, con maderas talladas, amueblada confortablemente, cubierta de alfombras persas, afganas, turcas y de cojines profundos. La casa-bote se halla amarrada a una lengua de terreno tapizada de flores, que lleva a tierra firme. Por aquí transitan niños y alguno que otro sembrador.

Esta tarde contemplo como el anochecer viene sobre los cerros azules. Más allá está el Tibet y se extienden las estepas del Asia Central. Los Transhimalayas, el Kailás, y también Amarnath, la gruta que guarda el "Lingam" de hielo de Shiva.

El sol cae sobre esos montes. Y el lago y los lotos se tiñen de rojo. Una canoa cubierta de flores cruza cercana. Se desliza apenas sobre el terso lago, sorteando el verde de las algas, acariciada por las manos, los dedos de los lotos. El botero canta. Un niño le hace coro. Su voz se eleva pura, con las inflexiones y las cadencias de Oriente.

Ha caído la noche. Sobre cojines, sobre alfombras, me he dormido. Entre sueños creo estar oyendo una flauta lejana. Las notas de esa flauta se hacen cada vez más agudas, se aproximan. Abro los ojos. La flauta no desaparece, no deja de sonar; es como si un pastor fuese caminando por esta lengua de terreno que junto a mi casa-bote se extiende sobre el lago. Los sonidos son distantes en el tiempo, como los del dios Pan, entre verduras y siglos primigenios. El sonido de esta flauta de Cachemira viene del abismo de los tiempos. El que la plañe tal vez sea un dios, un niño-dios azul, o un pastor-niño, que ha llegado aquí, hasta esta noche perfumada de flores y de lotos, cruzando las llanuras del Asia Central, por Iskandaria, la antigua, desde la Ciudad de los Césares Griegos, a través de los desiertos nevados del Karakorum, o del Paso del Kayber.

Entonces, recuerdo un sueño de hace ya muchos años, más de veinte. Se abrieron apenas las nieblas y sobre una isla lejana, quizá la isla de Chiloé, venía avanzando una carreta, dando tumbos. El paisaje estaba cubierto de helechos y de grandes árboles de troncos nudosos. Dentro de la carreta iba un muchacho con un gorro de pieles. Estábamos en el sur del mundo. Ese niño también tocaba una flauta y, al pasar junto a mí, me sonreía de un modo especial, lleno de conocimiento. Sus ojos profundos y alegres me miraban, como si me quisieran decir algo que yo ya supiera.

LA TUMBA DE JESUS

Cuando Jesús era niño, se perdió en el Templo. ¿Qué aconteció después? ¿Dónde estuvo Jesús hasta los treinta años, edad en que comienza a predicar? Hay una leyenda que dice que estuvo en Kashir, nombre

original de Cachemira. *Ka* significa igual y *shir*, Siria. Manuscritos en lengua sharda, derivada del sánscrito, relatarían la vieja historia. Los maestros de Jesús habrían vivido en Kashir, siendo quienes le enseñaron la misteriosa ciencia que se preservaba intacta en las cumbres salvadas del diluvio. Quizá si la ciencia de Nila, el rey de las serpientes. Jesús volvió a su tierra y ahí predicó los misterios. Para impresionar y convertir usó a menudo de los poderes adquiridos por las prácticas del yoga y la meditación. Sus milagros habrían sido productos de la ciencia antigua, de la magia del rey Nila. Jesús fue crucificado, pero no murió en la cruz; sustraído a tiempo por sus hermanos, fue transportado nuevamente a Kashir, donde vivió junto a sus maestros hasta su muerte natural.

Se han hecho investigaciones sobre una tumba existente en Srinagar, que dicen ser la de Jesús. Tal vez sea la de un santo del Islam o de un maestro sufí. Nada hay de preciso en ello.

He ido a ver esa tumba. Muy pocos saben de su existencia y del lugar en donde se encuentra. Cuesta llegar. El sitio se llama Rozaball y la calle creo que Khanyar.

En la luz del crepúsculo los rostros de los hombres, de las mujeres y niños de esa calle tomaban un carácter sagrado. Eran rostros viejísimos, de persas, o quizás de judíos de otros tiempos. Se cree también que las tribus perdidas de Israel escaparon hacia la India. Los ojos profundos de las jóvenes tienen brillos bíblicos. Ellas llevan camisones largos y se adornan con joyas primitivas. Los niños contemplan un punto lejano y se inclinan hacia la luz y la sombra que rebota sobre las piedras. Hay una actividad lenta, de atardecer, en esta calle de Rozaball.

Descalzo entro en la casa en donde se encuentra la tumba. Es un recinto cerrado. Hay como un armazón, una reja de piedra, cubriendo la tumba, también de piedra; junto a ella se ve la huella de un pie sobre una roca. Es la pisada de Yousa-Asaf. De Jesús, según la leyenda.

Sobre la pared de este recinto se halla una inscripción, traducida del sharda. Dice:

“Yousa-Asaf (Khanya, Srinagar)”.

“La descripción escrita más abajo es copiada de un libro guardado en Astana”.

“Al escribir la corta descripción del lugar llamado Sved Nazair-udimir, Khanyare de Wawiati-Khasmir, el famoso historiador de Cachemi-

ra, llamado Khaja Mohamed Azan Dechmarij, declara lo siguiente: Toda la gente dice que hubo un Profeta que vino a Cachemira hace mucho, mucho tiempo. Aquel tiempo fue llamado el Tiempo de los Profetas". En otra parte de esa corta descripción titulada Wakiati-Khasmir, el historiador dice: "Uno de los importantes príncipes que vino a Cachemira y rezó aquí mucho, noche y día, fue Yousa-Azaf. Su tumba se halla situada cerca de Aunzimed, en Khanya Mutwa Nazair-ud-mir Rozaball Khanyar".

El nombre es Yousa (Jesús) y el lugar Nazair.

De seguro hay más recogimiento aquí, más solemnidad que en Jerusalem. Los rostros judíos de antaño, las tribus perdidas, los ojos abismales, que contemplan el paso de los siglos, hacen más viva la imagen del pasado.

Allá, cuando las mujeres llegaron a la tumba, no le encontraron. La tumba estaba vacía. Jesús se había ido, había resucitado en Cachemira. Después, él se apareció a sus discípulos. Tal vez proyectaba su mente, su cuerpo sutil, su vehículo astral, para ir a recorrer nuevamente los torturados lugares de su Pasión.

Si abriéramos esta tumba en Cachemira, ¿veríamos acaso que también está vacía?

EL "SWAMI" DE ASHAHABAL

En los bosques y jardines de Ashahabal, camino de Pahalgam, reside un "Swami" llamado Ashokananda. Iré a verle para consultarle sobre los misteriosos "ashrams" de los Himalayas, porque pudiera ser que él me dé un indicio, algún derrotero que me permita llegar a la meta, reuniéndome con los Maestros de mi Maestro. El "Swami" de Ashahabal ha recorrido los Himalayas por Kalimpong y el Sikkin, permaneciendo un tiempo en Gantok, capital de este último Estado.

Esa noche me encuentro nuevamente en mi casa-bote. Recostado sobre los cojines escucho el suave murmullo de la brisa que penetra por la ventana abierta, el chapotear leve de unos remos, que apartan los lotos y, de nuevo, el canto de un barquero. A medida que el sueño pesa sobre mis párpados, pienso en el "Swami" que aún no conozco. Me han dicho que venera a Jesús. Entre sueños me parece verle y le pregunto:

“¿Cree usted que Jesús existió realmente, o es sólo un Mito?” Así, en este estado, me respondo, pero como si fuera el “Swami”: “Del mismo modo que nosotros tenemos derecho a dudar de su existencia, Jesús también tuvo derecho a no ser”.

La pregunta la he hecho aún sin dormirme, pero la respuesta ha venido cuando ya dormía. ¿Tendrá algo que ver el “Swami” con ella? Tal vez ni él ni yo hemos respondido. Quizás la respuesta proceda de esas zonas en que ni él es él ni yo soy yo. Tal vez venga de esa región en que los dos somos uno, en que somos nadie, o en que tal vez estamos con Jesús. Nadie ha respondido... O ha respondido Jesús cuando era nosotros.

El camino es áspero. Los jardines están llenos de una multitud abigarrada y bulliciosa. Es día de feria. Los colores de los atavíos son múltiples. Turbantes rojos, feces oscuros, gorros de karakul, astracanes claros, amarillos, plateados, negros; mantos legendarios para las mujeres, joyas, pulseras pesadas en manos y pies. Apenas si logró pasar a través del gentío.

El sitio donde el “Swami” vive se encuentra apartado, más allá de unas quebradas y sobre unas suaves colinas. Es un lugar hermoso. Por un momento contemplo la línea de los montes y los bosques de pinos. Millares de flores silvestres cubren la pradera y perfuman el mediodía. Hay aquí una entrada rústica sobre la cual se lee la siguiente inscripción: “Sri Ramakrishna Mahasammelan Ashram-Naghdandi-Ashahabal”.

Sin embargo, el “Swami” no es de la Misión de Ramakrishna.

Cruzo el portalón y desciendo una de las quebradas; asciendo en seguida una suave pendiente y me encuentro frente a una casa. Un poco más allá se extiende una planicie y hay un gran árbol frondoso. Bajo su sombra y sobre unos colchones, se encuentra inmóvil una extraña figura. Me acerco lentamente y me siento en su proximidad. Le rodean unos individuos semisalvajes y desnudos, con melenas leoninas, endurecidas con boñiga de vaca y coloreadas con azafrán. Los cuerpos están cubiertos de ceniza. Son los discípulos de ese ser inmóvil.

Observo ahora al hombre en meditación. Es de una enorme belleza extravagante. Muy delgado, con un manto colgando de sus hombros y con el pelo cayéndole en dos trenzas finas a la espalda. Los pómulos se

marcan en sus mejillas. Unos ojos negros, grandes, están abiertos, mirando inmóviles las cumbres cubiertas de pinos que se cimbran con el viento. Las manos le caen en desamparo sobre las piernas. Me sobrecoge esa mirada tan fija, tan abierta y muerta, sin embargo. Ese hombre, aunque mira intensamente la copa de los pinos olorosos, no ve nada. De nuevo me domina la misma impresión de Rishikesh, junto al Ganges, cuando contemplaba el trance del "Swami" Sukhdevananda. Atmósfera de otro mundo sumergido, de tumba, de sarcófago. Olor a frutas legendarias, secas bajo un sol arcaico. Se me viene a la memoria mi sueño de la noche y me recorre un escalofrío al pensar que éste pueda ser el Cristo recién sacado de la tumba del desierto y transportado aquí, a la antigua Kashir.

Una brisa pesada sopla ahora y los discípulos se aproximan para refrescarle con un abanico grande de plumas de pavo real. Un suspiro débil, de una enorme tristeza, se escapa del pecho de aquel ser. Los ojos parece como que en verdad se abrieran por primera vez aunque, por el contrario, los párpados se han juntado, venciendo la parálisis, el hieratismo, y unas pestañas grandes y oscuras caen suavemente. El rostro ahora se inclina en mi dirección y los ojos se me clavan. Es una mirada que me traspasa, de una tristeza indecible, con un relámpago de comprensión, que sólo dura un instante, lo necesario como para que me sienta conmovido, al mismo tiempo que confundido y rechazado por esta atmósfera de decrepitud.

Me rehago con esfuerzo a medida que en el rostro del "Swami" de Ashahabal se va marcando una sonrisa imperceptible. Su voz se deja oír. Me invita al diálogo. Ha regresado ya casi del todo y puede compartir con el visitante.

Le cuento mi sueño de la noche. El vuelve a fijar su mirada sobre las colinas y los pinos, inteligentemente ahora, y dice despacio:

—Hay quienes creen en los sueños.

Eso es todo.

Los discípulos callan. Estamos aquí completamente solos, sobre esta pradera, mientras la tarde se aproxima. Aspiro hondo el aire perfumado por las flores silvestres y la resina seca de los pinos. Y digo:

—Usted estuvo en los Himalayas, ¿podría decirme si ha conocido algún monasterio oculto y secreto, uno de aquellos "Siddha-Ashram" de que nos hablan los viejos textos? He venido desde muy lejos en busca del Monasterio donde se guarda la ciencia y el poder antiguo, aquél que exis-

tió cuando los hombres eran como dioses, y que se ha conservado en las cumbres. ¿Dónde está el sendero, el camino?

El "Swami" se demora mucho en responder, como si dudara en hacerlo. Al fin vuelve a hablar, siempre suavemente.

—Su sueño es curioso... Hay gente que cree en los sueños... En Benarés vive Gopinath Kaviraj, es un escritor de renombre. Menciona en uno de sus libros una institución muy antigua llamada "Jñāña Ganj". El maestro de Gopinath Kaviraj parece que fue iniciado en uno de esos secretos "ashrams" de los Himalayas... Vaya a ver a Gopinath Kaviraj, vaya a Benarés...

LA CAVERNA

Seguiré el consejo del "Swami" de Ashahabal; pero antes debo escalar las cumbres de los dioses, subir a los altos Himalayas, a Amarnath, trono de Shiva, santuario del "Lingam" de Hielo.

Mi guía será Kamala, un musulmán alto, flaco, de perfil aguileño, ojos inteligentes y simpático, que tiene este nombre de mujer. Nos encontraremos en Pahalgam, a treinta millas de Sringar, punto de partida para las peregrinaciones a Amarnath. Ishmakan, ciudad pequeña sobre un cerro, queda en el camino a Pahalgam; el río Lidder corre por aquí.

La primera noche duermo en una carpa como las de Babar o Ghen-gis Khan, levantada cerca del río. Muy de mañana, inspecciono los ponies y los componentes de mi caravana. "Lalarogam", o el hombre de los ponies, se llama Mohandu; Abdullah es un niño que le ayuda y Abdalgani, con cara de demonio, estará a cargo de las provisiones; Kamala, además de guía, es cocinero.

Pahalgam se encuentra rodeada de bosques y de montes; a siete millas de distancia queda Chandanwari, nuestra primera estación en la ruta ascendente.

Aún es oscuro cuando partimos de Pahalgam. Llegamos a Chandanwari casi a mediodía. No nos detenemos y seguimos escalando. Mis intenciones son dormir esa noche junto al lago Sheshnag, otras seis millas más arriba. El camino se hace cada vez más empinado y difícil. Marcho a horcajadas sobre un pony y a veces voy a pie, como la mayoría de

los peregrinos hindúes que avanzan a lo largo de esta ruta, afirmados en bastones y con las frentes pintadas con los distintivos de los fieles de Shiva. Son hombres, mujeres y niños. Varias familias siguen la ruta empinada. Los más ancianos se hacen transportar en unas especies de palanquines llamados "dandi". Un grupo de musulmanes, que también sigue la senda escarpada, se encarama sobre una roca gigantesca junto al río; afirmándose en unas ramas escuálidas, los hombres ayudan a sus numerosas mujeres y niños. Llevan turbantes y mantos largos, de diversos colores. Las mujeres van con los rostros cubiertos. El viento, que ahora sopla con fuerza, bate sus vestiduras y el movimiento difícil de la subida hace que las pulseras de sus manos y pies repiquen cantarinas. Algunos marchan descalzos, pero la mayoría lleva zapatos gruesos, de puntas arqueadas. Yo calzo zapatos semejantes y varios de mis hombres les agregan "pulas", grampones para escalar en el hielo. Las barbas de los musulmanes flotan como sus vestimentas y son azulosas o rojizas, pintadas de azafrán. Antes de llegar a Sheshnag nos abandonan. Ellos no siguen a Amarnath, meta de los peregrinos hindúes.

Se cree que Shankaracharya haya sido quien creó en la India todos estos lugares de peregrinación, que, partiendo desde el extremo sur del cabo Comorín, cruzan el subcontinente en todas direcciones. Se piensa que pudo existir un objetivo de unificación y de extensión del hinduismo. En efecto, año a año, los hindúes del Punjab, en el norte, bajan hasta el sur a bañarse en las aguas de los tres ancianos mares que se juntan en el Cabo Comorín; los dravidias del sur suben hasta las nieves himaláyicas, en busca de los santuarios de Shiva y Vishnú.

A menudo me acerco a la orilla del río para beber el agua refrescante y uso mi sombrero de corcho para ello. Cada vez se hace más helada. Ahora el río corre abajo, al fondo, y sus aguas pasan a través de grandes planchones de hielo, abriéndose camino con fuerza irresistible.

Hemos comenzado a escalar una pared escarpada, con senderos en zigzag y con bosques de pinos; es Pissu Shati. En los Himalayas la vegetación se encuentra a grandes alturas, cosa que en los Andes sería imposible. El enrarecimiento del aire se siente menos aquí.

Estoy escalando a pie y con dificultad. El río Lidder corre ahora a dos mil pies más abajo y hemos subido de novecientos pies a doce mil. Los caballos se detienen a menudo. Al fin hemos llegado a la cumbre de

ésta empinada cuesta, y otra vez se extiende ante nosotros una larga pradera, cubierta de flores pequeñas, azul claro, como las mariposas que están volando en esta tarde de las alturas.

En alguna parte, cae el sol. Los peregrinos han quedado atrás; pero sobre una roca, colgando hacia el abismo, veo a un monje, con su manto de color azafrán, que se apoya en su cayado y contempla los colores del crepúsculo. Está abstraído, orando, soñando quizá, mientras el viento le cimbra como a una hoja.

De noche, llegamos al lago Sheshnag, la Serpiente de Mil Cabezas. La vegetación ha desaparecido. Estamos a trece mil pies de altura. Se siente ahora la presencia del hielo. Hay aquí un campamento. Se ven las sombras de unos refugios, varias carpas sobre una planicie y se escucha el ruido de las esquilas de los ponies y las mulas. Voces de hombres y oraciones repetidas en voz alta.

A la luz de las fogatas se levanta mi carpa y Kamala empieza a cocinar. Me alejo por un instante hasta el borde de la pendiente para contemplar la salida de la luna sobre el lago. Aparece silente, suave, sobre los ventisqueros que rodean este lago himaláyico. Los hielos de las cumbres transmiten una insinuación lejana.

Regreso a mi carpa. Los peregrinos repiten canciones de los valles y los desiertos reseco por el sol.

A las cuatro de la mañana, completamente a oscuras, sin luna ya, iniciamos nuestra última etapa en dirección a la caverna de Amarnath. Hace un frío penetrante y me cubro con una frazada, sobre mi pequeño caballo himaláyico. Kamala ha decidido quedarse en Sheshnag. Mis guías son ahora el "pony-wala", Mohandu y Abdalgani, el cara de demonio. El niño Abdullah acaricia los caballos en la sombra; también irá con nosotros. Avanzamos así por varias horas, hasta que la débil luz ilumina esos parajes desolados. Los cerros cercanos son de roca descascarada y a veces logro ver un pequeño animalito velludo que nos contempla con ojos redondos y emite un agudo silbido. Es la marmota. Poco a poco, el frío disminuye con la luz del día y puedo desprenderme de mi frazada. Me cubro con un gorro de astrakán, a la usanza mahometana. Antes del mediodía, cruzamos regiones amplias por donde corren unas vertientes. La mayoría de las caravanas de peregrinos descansa aquí en la noche para

seguir el viaje el próximo día. Prefiero continuar inmediatamente hacia las alturas. Veo venir en sentido contrario un grupo de mujeres montañesas. Marchan a pie descalzo y miran con ojos interrogantes y esquivos. Los rostros curtidos están trabajados por el silencio y por la altura.

Nos detenemos un instante para darle de beber a los ponies. El niño Abdullah se acerca a uno de los caballos y lo besa en la frente. Nos hemos puesto a galopar. Debemos llegar a Amarnath poco después del mediodía.

Muy pronto alcanzamos la zona más alta de todo nuestro camino; es el paso de Mahagunus, a quince mil pies sobre el nivel del mar. Los ponies van ahora despacio y ascendiendo con dificultad. Otro grupo de pastoras reposa aquí junto a las rocas y nos observa con curiosidad. Abdalgani me pasa una cebolla pequeña y me dice que es buena para la altura. El no sabe cuán acostumbrado estoy a la altura en mis lejanos Andes.

Nos queda todavía la parte más difícil de la peregrinación. El sendero se hace cada vez más empinado y más angosto; luego bordea una alta cumbre, junto a un abismo abrupto. Mohandu detiene los ponies y me hace una señal para que me baje. Aquí ya no se puede seguir montado, habrá que continuar a pie hasta el final. Realmente es preferible no mirar hacia el abismo para no sentir el vértigo; un pequeño traspié y será el último. Veo venir descendiendo en sentido opuesto a unos hombres de luengas barbas y mantos rojos. Se apoyan en largos bastones y avanzan casi sin tocar el suelo. Sus frentes están marcadas con las líneas horizontales de Shiva. No sé cómo cruzan junto a mí, pues aquí no hay espacio para más de una persona, y ellos han elegido el lado del abismo. Sus ojos están fijos, iluminados de un gozo supremo. Vienen de regreso de Amarnath y salmodian los mil y más nombres sánscritos del dios.

Un último esfuerzo, un último recodo y ya nos encontramos fuera del abismo, al otro lado de la montaña. Empieza ahora la marcha por sobre un ventisquero. El hielo refulge con el sol, hiere la vista y la atmósfera pura, delgada, llena de una alegría especial. Aquí, sentado sobre el hielo, se encuentra otro ser extraño. Es un "Swami" de ojos dulces, de encrespada barba y de manto color de azafrán. Al verme llegar avanzando con dificultad sobre el ventisquero, se pone de pie y continúa a mi lado sin decir palabra. Poco a poco nos vamos acercando a una montaña frontal en la que, de pronto, aparece una sombra. Es la caverna de

Amarnath, el refugio, el santuario, la guarida del dios Shiva, de su "Lingam" de hielo, de su símbolo legendario.

Hay en el aire una vibración sutil, como si pequeñas campanas invisibles estuviesen repicando. Y ahora unos pájaros grandes vuelan jubilosos, blandamente, entran por la boca de la caverna y salen a darnos la bienvenida. En la luz de estas regiones me siento liviano, como aligerado de mi cuerpo. A mi lado, el "Swami" comienza a recitar "mantrams" que vibran en la luz incorpórea.

Unas sombras se asoman a la puerta de la caverna. Son los brahmanes de Shiva, que custodian el "Lingam" de hielo, manteniendo el culto vernáculo.

Entro en el santuario y allí contemplo, rodeado de pétalos y flores, envuelto en humos de incienso y sándalo, al dios de hielo, esa estalagmita gigante, como una luz violenta, blanca, como un fuego helado, en la forma de un falo emergiendo del "Yoni", del sexo femenino de la Esposa, que ha sido penetrada, cruzada e incorporada a Sí Mismo. Las montañas, las cimas, se estreceden, porque el hielo final, la inmovilidad del Absoluto, muestra aquí su poder, su misterio último, el fuego helado que da comienzo a los mundos, a los universos, a las formas, a la creación entera, sin alterarse en su esencia, penetrando a la Esposa, siendo uno con ella, puesto que el "Yoni" está ahí, en la raíz del "Lingam" que lo cruza.

Alguien se ha encontrado con Alguien a quien buscaba hace mucho tiempo, ahí, en la sala del Palacio, en la cima del Arbol de la Vida, en la Caverna de Amarnath. Y la alegría del reencuentro se expresa en lágrimas de hielo, en pétalos de nieve.

El sol blanco, la llama fría me quemam.

Ungido con sándalo, con la frente cruzada por las líneas de Shiva, me despido de esta visión última del hielo. Y al salir de la caverna, oigo que un hombre cubierto con pieles, de ojos afiebrados, me grita: "¡Kailás!, ¡Kailás!" Y extiende un brazo hacia la pared frontal que cierra la quebrada, señalando hacia las planicies transhimaláyicas del otro lado, hacia el Tibet.

Posiblemente la caverna que habitan los Maestros de mi Maestro sea semejante a la de Amarnath y se halle también iluminada por la luz del hielo, por el Sol Blanco que crea y destruye, sin alterarse.

Se dice que el "Lingam" de Hielo de la caverna de Amarnath crece

y decrece con la luna. La estalagmita gigante sube dentro de ese recinto umbrío, pretendiendo alcanzar el techo de la caverna, como si fuera el límite de su propio universo, la bóveda de su creación. La llama fría vibra en el corazón del hielo, en el silencio de esta cima, durante milenios, edades remotas, ignoradas, mientras en torno suyo crecen también los montes y se retiran los océanos.

EL CRISTO DE LA ATLANTIDA

Los judíos llegan a la India después de la segunda destrucción del Templo, el año 70 de nuestra Era. Kerala, en la costa del suroeste de la India, en el mar de Arabia, fue el lugar donde arribaron. Era esta la leyendaria Ofir de donde el Rey Salomón recibía sus marfiles, su sándalo, sus pavos reales y sus monos. El Templo de Salomón estaba ornado con sándalo del Malabar. Aquí venían los marineros israelitas y los mercaderes árabes a comprar las especias, que “cambiarían el curso de la historia de la humanidad”.

Una nueva oleada de judíos llega a la India alrededor del siglo IV y otra, la última, en los siglos XVIII y XIX.

Los judíos que llegaron a Kerala en los primeros años de nuestra Era fueron recibidos allí por uno de los Emperadores Perumal. Arriban a Thiruvanchikulam, capital de los antiguos reinos de Kerala, hoy Cranganore. El Emperador les entregó allí y en Garur —una aldea más al sur— tierras donde construyeron sus casas y sinagogas. Trescientos años después, el Emperador concedió a José Rabban, el jefe de la comunidad judía, el título de Srinandan-Moplah y le hizo noble de su reino. Los judíos fueron llamados “Anjuvarnar”, la “quinta casta”, fuera de las cuatro del hinduismo. La orden del Emperador fue grabada en un plato de cobre, según la costumbre, y escrita en vattezhuthu, la antigua escritura popular al sur de Tanjore.

En Cochin, en el Estado de Kerala, hay dos comunidades judías, que viven en calles distintas y tienen diferentes sinagogas. Son las comunidades de los judíos “blancos”, seguramente los llegados en el siglo IV, XVIII y XIX, y los judíos “negros”, los venidos inmediatamente después de la destrucción del templo. Estos últimos serían los de la antigua

comunidad de Parur. Los "blancos" se casan en día sábado y los "negros", al igual que los mahometanos del sur de la India, se casan en día martes, después de la puesta del sol. Los "blancos" se visten a la manera occidental, sus casas y calles conservan el estilo de las construcciones holandesas del siglo XVI y sus sinagogas están adornadas también con candelabros holandeses. Los holandeses llegaron a Cochín, como los portugueses, en busca de las especias y se mantuvieron allí por algún tiempo. Los judíos "negros" visten a la usanza indígena del país. Por último, los judíos "blancos" son blancos y los "negros" tienen el color oscuro de la gente del sur de la India, sin que se les pueda diferenciar de esta última.

No hay casi contacto entre los dos grupos de judíos; los "blancos" miran con desprecio a los "negros". Pareciera no encontrarse de acuerdo con la teoría de que los "negros" llegaron a la India cuando la destrucción del Templo. ¿Qué ha sucedido en verdad? ¿Son acaso los judíos "negros" naturales de la India que se convirtieron al judaísmo? Sucédele al judaísmo como al hinduismo: se asienta en la sangre. El hinduismo tiene su base inmutable en la casta brahmánica. Si no se pertenece a esta casta, a la kshatriya o a la vaishya, no se puede ser hindú. Debido a ello, ninguna de estas dos religiones, o sistemas de vida, es misionero, ya que nadie puede cambiar a voluntad de nacimiento o de sangre.

Los judíos en la India no han podido asimilarse totalmente, ni mucho menos imponerse a la comunidad nacional, como lo han hecho en casi todos los demás lugares a que llegaron. El hinduismo se asentaba sobre bases idénticas de raza y teocracia; era también un círculo cerrado.

Esto, suponiendo que los judíos "negros" hayan venido de afuera; porque también existe la leyenda de que los judíos son originarios de la India y de raza dravidia. Al igual que los gitanos, que pertenecen a las castas bajas del hinduismo, los judíos habrían partido un día de la India en dirección a Occidente. La extraordinaria fuerza de persistencia en la comunidad, de defensa a toda mezcla, tendría su raíz en el sistema de la casta hindú. Tanto gitanos, como judíos, no se mezclan con los otros pueblos por atavismo. Pertenece así a la raza "mediterránea", que habría partido de la India en un tiempo muy lejano. El regreso de los judíos a la India, a la tierra remota de los antepasados, sería como el de los parsis, que retornan también en busca de su tronco común ario, empujados por el instinto, en el momento de la tragedia.

Igual que estos judíos y casi un siglo antes, cuenta la leyenda que Jesús, el Cristo, también vino a la India, "tierra de sus antepasados".

Como se ha dicho, Jesús llegaría a la India después de su pérdida en el templo, a la edad de trece años, y permanece aquí durante diecisiete años, retornando al país de su nacimiento para predicar la doctrina del Dios encarnado y de la Salvación. Esta doctrina era conocida en la India desde muy antiguo, contándose del sabio Narain que declara ser hijo de Dios. En India nadie se admira de una declaración semejante. En el "ashram" de Sivananda, en Rishikesh, hemos visto a un dios vivo y voluminoso. Vishnú, Shiva, Rama, Krishna, Buda, son otras tantas reencarnaciones o "avataras" del Dios único.

Se dice que existiría un libro en una Lamasería, o Convento, cerca de Himis, en la frontera del Tíbet con la India, en los Transhimalayas, que narra la existencia de Jesús en la India. Una parte de este libro habría sido escrita por la misma mano de Jesús y explicaría su doctrina. El libro del Convento de Himis contiene catorce capítulos y doscientas cuarenta y cuatro "slokas". La Historia de Jesús se continuaría en un curioso manuscrito llamado "Nath Namavali", guardado por los "sadhús" de la Yoga Nath, en la cordillera de Vindhya.

El texto diría: "Jesús vino a la India a la edad de catorce años y después de dieciséis largos años de concentración, le fue dado ver a Shiva, el gran dios. Después de esto, retornó a su país y comenzó a predicar. Pero sus compatriotas materialistas y embrutecidos conspiraron contra Ishainath y le crucificaron. Ishainath, el que vio a Dios, entró en "samadhi" por medio de la yoga, lo cual hizo para el bien de los tres mundos. Creyéndole muerto, los bárbaros le enterraron en la tumba; pero uno de sus "gurus", el gran Chetan Nath, quien se hallaba en profunda meditación en la vecindad de las regiones bajas de los Himalayas, pudo ver las torturas a que Ishainath era sometido y, haciendo su cuerpo más liviano que el aire, cruzó las tierras de los israelitas. Era un día duro, con truenos y relámpagos, porque los dioses estaban enojados y el mundo tembló. Chetan Nath tomó el cuerpo de Ishainath de la tumba y le despertó del samadhi, trayéndole consigo a la sagrada tierra de los arios. Y estableció allí un "ashram" en las regiones bajas de los Himalayas e instauró el culto del "Lingam" y del "Yoni", el culto de Shiva. Ishainath abandonó su cuerpo a voluntad, por medio de la yoga, a la edad de cuarenta y nueve años, en el "ashram" establecido por él".

En la "Canción del Yogui", que cantan los yoguis Nath, también hay referencias a Jesús y a Juan el Bautista. La canción dice:

"Mi amigo, ¿a qué país Ishai fue,
y a cuál nuestro Juan?"

Mi amigo, ¿dónde está el Gurú de los gurús
y dónde descansa tu mente?"

Mi amigo, Ishai ha ido hacia Arabia;
Juan, hacia Egipto.

Mi amigo, ¡Ishai es el Gurú de mis gurús!

La mente del yogui sólo descansa en el Yogui".

En este extraño documento, Jesús sería llamado Ishai Nath. Jesús, o Jeshua, es hebreo. En griego es Isoas y en lenguas de la India es Eeshai o Isha, que significa Dios.

Un versículo de uno de los Puranas dice: "Habiendo obtenido en el corazón la sagrada apariencia de Eeshai (Dios) mi nombre será establecido en la tierra como Eeshamashi" (El Mesías).

Aún hoy Jesucristo es llamado "Ishamashi" entre los cristianos que hablan hindi y urdu en la India.

Para la palabra "esenio" no hay etimología precisa, al parecer. Los esenios eran semejantes a los yoguis de la India, que aspiraban a obtener la "unión" por medio de la meditación solitaria en lugares apartados. Esenio podría corresponder a la pronunciación extranjera de la palabra india Eeshani. Eeshan es Shiva y Eeshani es el que adora a Eeshan o a Shiva. El nombre tamil de Cristo sería Kesava Krishna.

Jesús es así Shiva y Krishna. El es entonces el Maestro de mis Maestros, como dice la canción de los Yoguis Nath; el que yo busco a través de cimas y de hielos. El Cristo de la Atlántida.

¿Qué es la Atlántida?

La Atlántida es un remoto pasado, es el prólogo a la Historia del hombre; ese tiempo sin tiempo y sin historia. Es el sueño del Paraíso, es la justificación de todos los mitos, de todos los sueños y añoranzas. Hubo una felicidad, hubo una Isla, un Oasis, hubo una Amada y un Amado.

¿Dónde? Sobre las aguas, en un cuadrado redondo, en un espacio sin espacio, en un tiempo sin tiempo, en la "cavidad entre el cerebro y el cráneo", en ese vacío vivo, en ninguna parte, jamás.

La Atlántida es una situación interior. En la Atlántida, los animales estaban en paz con el hombre, eran sus amigos, porque no estaban afuera sino adentro del hombre; también los metales y las plantas.

Al perder el hombre su totalidad, los animales, las plantas, los minerales, salen fuera y se transforman en sus enemigos. Es la partición, la inmólación del Cuerpo del Hijo, asesinado por la noche. Es la inconmensurable tragedia. El hundimiento de la Atlántida.

Mientras se está dividido, viviendo en instancias separadas, fuera de la totalidad, de la unidad, cada hombre nace bajo la influencia de una constelación propia y lo domina, o lo prefiere, un animal determinado, que es también su servidor o su enemigo. Por eso se hará necesario, en la Epoca del Espíritu Santo, la de Acuario, la de la Resurrección, volver a reincorporar a todo lo animal, a todo lo vegetal y mineral que también hay en nosotros y, ya sin negarlo, entregarlo como festín y regalo en las Bodas Mágicas, en que nos consumiremos, para renacer como un astro.

Y será entonces la estrella de El-Ella, hombre, mujer, animal, árbol, piedra, todo reunido: el Cristo de la Atlántida.

MIRAR EL CUERPO DESDE AFUERA

Soñé que me había muerto y que me encontraba sentado sobre un camino, con las piernas cruzadas en la posición del loto. Trataba de concentrarme hacia dentro y de meditar, clavando los ojos en el entrecejo. Por más que me esforzaba, no podía. Entonces, por ese camino, semi en penumbra, pasó una figura que se detuvo a contemplarme. Sonrió y me dijo: "¿Cómo quieres hacer esto, si estás muerto? Sólo se puede lograr en la vida que acabas de dejar, dentro del cuerpo; ahora tienes que concentrarte hacia fuera, mirar el cuerpo desde fuera..."

Para poder avanzar en este libro, se hará necesario entrar a considerar brevemente la Yoga. Es ésta una ciencia que trata de las "flores del loto", de sus "pétalos" y de los metales antiguos.

“Flor”, o “rueda” —“chakra”, en sánscrito— viene a ser algo así como un centro de energía, o tal vez de conciencia, un ganglio, un plexo psíquico ubicado a lo largo de una columna vertebral invisible. Cada “chakra” tiene su color, sus letras, su animal simbólico o su dios.

Primero, se encuentra el “Muladhara”, en la base de la Columna Vertebral; significa Centro Raíz, en sánscrito. Tiene color amarillo, cuatro pétalos y cuatro letras, cuatro sonidos mágicos, uno en cada pétalo. Aquí habita el “Swayambhu-Lingam”. En torno a este “Lingam” se enrolla la Serpiente “Kundalini”. (“Kundalini” significa, en sánscrito, “lo que está enrollado”). La Serpiente se enrolla en torno al “Lingam” tres veces y media.

En la raíz de los genitales existiría otro “chakra”, llamado “Swadhistana”, del que no se habla, por lo general.

Lo que la fisiología llama nervios en el cuerpo físico, la Yoga llama “nadis” en el cuerpo sutil.

Los nadis más importantes son “Pingâla”, “Idâ” y “Susumna”. “Susumna” sería el cordón central de la columna invisible. “Idâ” y “Pingâla”, dos canales psíquicos, a la izquierda y derecha de esa espina dorsal invisible, los cuales se conectan con “Susumna” en el “chakra” “Manipura”, el plexo solar del cuerpo etérico.

Por cierto que estos “nadis” y “chakras” tienen un sentido mucho más sutil y espiritual que el concepto de nervio, ganglio y plexo. Los “nadis” son líneas de dirección del cuerpo etérico por donde va la fuerza vital o “Prana”. (La Libido de la psicología contemporánea).

“Susumna” es el camino por donde marcha la Serpiente “Kundalini”, la Bella Durmiente del Bosque. Una vez que “Idâ” y “Pingâla” se juntan y sus bodas son bendecidas en el templo del “chakra” “Manipura”, El y Ella empiezan a ser tres allí, con “Susumna”, para alcanzar el cuatro con “Kundalini”, al llegar al entrecejo, al “chakra” “Ajnâ”, que sólo tiene dos pétalos y en donde reside el “Itara-Lingam” y “Shakti”, la Amada Eterna, la que ha muerto y nos ayuda desde el cielo. Allí nos espera. Cubierta con una túnica blanca nos lleva de la mano, subiendo los últimos escalones que separan del cielo, hasta el Trono, el “chakra” Coronario, que también se llama “Sunya”, el Vacío, “Sunya-Bhay”, el Hermano del Silencio. El “chakra” Coronario tiene mil pétalos y todas las letras, todos los “mantrams”.

Quien llega al Trono, al Gran Vacío, quien cambia el centro de su personalidad, de su conciencia, transportándolo a “la cavidad entre el cerebro y el cráneo”, quien retira el acento de la conciencia racional, para ponerlo en un punto más cercano a la Inconsciencia, al Inconsciente Colectivo, y al Sí Mismo, aquél, ya tiene aureola, posee también sobre su cabeza una protuberancia como la de Buda.

Misteriosamente, se dice que aun cuando la serpiente “Kundalini” sea despertada, ella se desenrolla en un extremo, pero continúa enrollada en el otro. (La Libido está, así, activa y a la vez en reposo). Viva y muerta, al mismo tiempo. Es por eso que los grandes liberados siguen actuando. Buda prueba el Nirvana y continúa trabajando en la tierra.

La simbología es ahora total, definitiva, en todo aquello que se refiera a esta ciencia extraña. Nada se escapa, ni la tierra, ni el cielo, ni el cuerpo del hombre, ni el de los animales y los dioses.

“Pingâla”, el sutil canal a la derecha de la columna vertebral invisible, es rojo, pues es el sol y es masculino. “Idâ”, el sutil canal a la izquierda de la columna, es pálido, es la luna y es femenino. “Pingâla” e “Idâ” son “Kala”, el Tiempo. “Susumna”, el sutil canal al centro de la columna, devora a “Kala”, el Tiempo; porque “Susumna” es la entrada al sendero secreto, al no-Tiempo. “Pingâla” es el río Jumna, “Idâ” es el Ganges, “Susumna” es el río Sarasvati, el invisible. Estos son los tres ríos sagrados de la India. También están los tres ancianos mares, el de Arabia, el Indico y el de Bengala, que se juntan en el extremo sur, abajo, en el cabo Comorín, en el “chakra” “Muladhara”, donde duerme “Kanya Kumari”, la Princesa Virgen, “Kundalini”, la Serpiente.

También el cielo tiene la forma del cuerpo del hombre.

Los astros, las constelaciones, son los “chakras” del macrocosmos, la Vía Láctea es “Susumna”, “Idâ” y “Pingâla”. “Kundalini” también marcha por allí como la Serpiente de la Creación. Los mundos del cielo son órganos físicos y psíquicos del cuerpo del Cristo Cósmico. El hombre es el Cristo encarnado. Mientras vivimos, estamos dentro del pequeño cuerpo, que a su vez se halla dentro de otro más grande, el Universo. Viajar físicamente por el Cosmos en vehículos espaciales, será como trasladarse de un órgano a otro. Ir en viajes astrales, mentales, al sol o a la luna, como lo hacen los yoguis de la India y mi Maestro en Chile, es viajar de un órgano psíquico del macrocosmos, de un “chakra” a otro: un viaje

psíquico por las constelaciones; pero siempre dentro del gran cuerpo mental.

Estamos encerrados en el Universo, como en esos Mandalams del Tíbet, o Ruedas de la Vida, que se hallan dentro del vientre de un gran Demonio. El Universo a su vez está dentro de nosotros.

Tal vez al morir nos salgamos de todo esto, del pequeño cuerpo y también del grande, y nos sea dado contemplar al Gigante desde fuera.

Mientras vivíamos, añorábamos el cielo, dentro del cual estábamos, pero como cuerpos duros, separados. Una vez muertos, quizás añoremos el cuerpo, como si fuera ahora el cielo. Tal vez volvamos un día a él, o puede que no volvamos nunca.

Vida y muerte son las dos caras opuestas de un círculo. Adentro y afuera. No puede haber comunicación entre los muertos y los vivos, nadie de allí puede venir a informarnos, porque las concentraciones deberán ser en direcciones opuestas. En la vida, no hay espacio para los muertos y en la muerte no puede haberlo para los vivos.

La única solución posible quizá se encuentre en esa ciencia antigua: la Yoga, que permite a la Serpiente desenrollarse en un extremo y permanecer simultáneamente enrollada en el otro. Estar vivo y muerto a un tiempo, adentro y afuera, en el yo y en el Sí-Mismo, en el Ser.

Aún existiría este pequeño paso, este sendero viejísimo, oculto, de fuego helado.

LA CIUDAD DE LAS BODAS ETERNAS

Desde las alturas de Amarnath, seguiré en mi peregrinación en busca de un indicio, hasta Benarés, la ciudad santa, junto a las aguas del Ganges, obedeciendo al consejo del Swami de Ashahabal. Pero antes iré a visitar los templos de Khajuraho.

Estos templos son famosos en el mundo por sus esculturas cróticas de un arte exquisito y enigmático. Son la más alta expresión del renacimiento medieval del arte hindú. Vienen a ser el desenvolvimiento supremo de la arquitectura y escultura del período Gupta, del siglo IV después de Cristo.

Khajuraho florece entre los años 950 y 1050.

El arte Gupta es incomparable. Los escultores de esa época expresaban el misterio con fuerza primaria. Las cabezas de los Budas de piedra reflejan la piedad, el dolor sereno, la actitud del que ha entrado al Nirvana por un extremo de la cuerda, quedando voluntariamente atado al mundo por el otro.

Las esculturas de Khajuraho son, en cambio, de un refinamiento ya decadente. Los cuerpos se mueven al compás de un viento que viene de otros universos, de un paraíso demasiado maduro, en donde la naturalidad ha sido recuperada por medio de algún exorcismo, de alguna magia prohibida. No existe paralelo. Las formas son de un atractivo casi doloroso.

“Murti”, la imagen, que fuera prohibida por el budismo, retorna con fuerza avasalladora. La Imagen es “Maya”, el Universo mismo. El artista, el escultor anónimo, la intuye, la capta. Es igual a través de toda la India, en ese movimiento que viene desde la época de oro del arte Gupta, hasta el gran renacimiento medieval, que se representa en la Trimurti de Elefanta, en los trabajos de Ellora, Belur, Halebeid, Bhubaneshwar, Puri, Konarak y Khajuraho.

¿Quiénes fueron esos escultores, esos semidioses anónimos, que trazaron estas formas increíbles? ¿Sumarían aquí más de una decena? Los rostros y las formas son siempre los mismos, en miles de esculturas. Los artistas parecieran ceñirse a un canon preciso, a una simbología del signo y del gesto, tal como en la danza hindú.

¿Quiénes fueron? Ellos conocían el gran secreto. Sabían que la Madre, Shakti, la Primigenia, amaneció un día mirándose en un espejo y luego en otro y en otro. Y así se produjo el mundo. Ellos son también un espejo.

Shakti es el modelo último de toda imagen, así como el modelo de todo templo es la Montaña, el Kailás. La forma de los templos del sur y de la India central tratan siempre de reproducir la Montaña sagrada. En torno a ellos crecen los dioses, como protuberancias, como plantas tropicales. También el templo es la forma del cuerpo del hombre. La cúpula, ese círculo en la cima, es la aureola, es el “chakra” coronario en la cabeza. Y como el cuerpo del hombre es el del mundo, todo lo que en el templo sucede es también semejante. Afuera, en sus muros, se reflejan imágenes múltiples: la guerra, la vida, la muerte, el amor, la procrea-

ción, la pasión, "Maya", en una palabra, la Ilusión. Pero adentro, en el más secreto punto, en lo recóndito, medita Shiva, como "Lingam". El "Lingam" también simboliza la concentración extática, la columna vertebral erguida para que por ella suba el fuego de la Serpiente y se alcance el "samadhi", o el éxtasis. El hombre interior, el Sí-Mismo, el alma central, el Dios, permanece inmutable, en profundo sueño, no alcanzado, no tocado por el fuego de las imágenes exteriores, por su propia creación, que acontece en los muros externos del Universo, o de su propio cuerpo, que es también el cuerpo del cielo y del infierno. El Templo.

Los visitantes extranjeros, que vienen a Khajuraho, no pueden entender esto. Un cristiano occidental no comprende el templo hindú, cubierto de abajo arriba de figuras eróticas. A menudo se escandaliza. Lo rechaza violentamente o se aparta de él con ironía. Algo semejante le sucede a los mahometanos. Cristianos y musulmanes contribuyeron por igual a destruir tesoros de arte de estos templos, al golpe del martillo o del cañón.

Khajuraho fue edificado en un lugar ideal, en medio de bosques, rodeado de montañas bajas y junto al río. Sus palacios han desaparecido, al igual que ochenta o más templos. En pie sólo quedan siete templos en la actualidad. Las esculturas están diseminadas en un gran radio y más de un aldeano detendrá su arado ante un obstáculo imprevisto, una piedra oscura, que es una estatua preciosa de Shiva y de su consorte Parvati, amándose entrañablemente. El aldeano la llevará a su choza, la limpiará a medias y, luego, untándola con pasta roja de sándalo, la hará objeto de su veneración.

Cuando esta ciudad brilló en su máximo esplendor, los templos eran atendidos por las "devadasis", las bailarinas sagradas, las oficiantes, las prostitutas o cortesanas del dios. Ellas eran buscadas a través de todos los rincones de la India, seleccionándose las por la belleza de sus rostros y la perfección de sus cuerpos. En su mayoría procedían del Rajasthan. Se las adiestraba cuidadosamente en el arte del amor divino, se las iniciaba en su culto, para que a su vez pudiesen ayudar al "samadhi", al éxtasis supremo y la perfección del yogui, de los "brahmacharis" (discípulos castos). Ellas habrán servido de modelos para los artistas anónimos que esculpieron los rostros y los cuerpos de Parvati, la consorte divina.

Una gigantesca imagen de Ganesha, el dios con cabeza de elefante,

hijo de Shiva y Parvati, aparece en Khajuraho. Ganesha es un dios muy antiguo. Estaba ya en las sombras del mundo anterior y desconocido.

Me detengo junto a los muros de los templos y observo sus inquietantes imágenes. Todas las formas del amor carnal se encuentran aquí reproducidas. La amada es fervorosa en el amor, busca a su amante, coge su cabeza con ternura entre sus manos, le envuelve con sus muslos, dobla sus caderas, su talle, se inclina, se cimbra. Su rostro expresa el éxtasis, en la contemplación del amado, en la búsqueda y el deseo de hacerle sabio, de perfeccionarle, llevándole hasta un punto que sólo ella parece conocer, mientras su cuerpo y su alma se pierden totalmente en la entrega y, tal vez, en el placer inefable que no se nombra. Otras mujeres ayudan a la pareja central; son las servidoras, las fuerzas concomitantes. El Amado las incorpora en el círculo del goce, las acaricia mientras posee a su Amada, a su consorte divina. Mas, extrañamente, las servidoras que ayudan a la pareja mantienen un rostro sereno, inescrutable, como oficiantes de un rito. Aunque El las acaricie tan sabiamente, sus rostros no reflejan sino arrobamiento, servicio, paz, cumplimiento de un supremo oficio, devoción. Y el rostro y el cuerpo del Amado son también la expresión misma de la ausencia. Se halla con los ojos entornados, soñando, presente sólo en un extremo de la cuerda, sosteniendo allí a la Amada, dándole protección con divina ternura. El aprecia su sacrificio, el dolor de haber entrado al fuego, la entrega, la angustia de ese placer, de esa sabiduría, de esa técnica que ella perfecciona y cultiva para poder liberarle. Ella ha bajado totalmente a lo humano, a la carne, por servicio, por amor-piedad. Es así la creación, el mundo; ha descendido para redimir al Padre, que aún sin necesitar de la redención, la necesita. Es la hija de Dios, que redime al Padre, amándole. Y El, más allá de ella, más allá de todo, en el otro extremo de la cuerda, también la ama con ternura infinita; la ama como a Sí mismo. El Amado está inmóvil, rodeado, ubicuo, entregado al gran juego y más allá de él, sosteniendo a su Amada entre sus brazos, penetrándola, llevándola de nuevo dentro de sí y teniéndola al mismo tiempo fuera, para siempre.

Es este un misterio insondable, expresado en imágenes por el inconsciente de todo un pueblo, por su conocimiento intuitivo. Sin embargo, la India ha olvidado ya el sentido. Y a veces pareciera avergonzarse de la grandeza de haber conseguido desnudar el secreto junto con el cuerpo.

Porque el sexo era sagrado, era un símbolo, como todo aquí.

El mundo ha sido concebido como Khajuraho, con la sola diferencia de que esa creación fue al comienzo y esto que aquí sucede es al final. Krishna dice: "Yo soy el deseo, la lujuria que procrea". Eso fue al comienzo. El Padre se unió con su Hija, que es su Esposa y procrean un Hijo, que es el mundo. La unión sexual quizá sea el reflejo, en la "Maya" inferior, de ese misterio supremo, la imagen proyectada en el último espejo, el de aquí abajo, o el de aquí afuera. Khajuraho, que corresponde al pensamiento "tántrico" de la India, es ya el intento del regreso, es Yoga, es decir, movimiento retrógrado, de involución, hacia dentro, que no usa el sexo para crear, sino para destruir la creación, para disolver a "Maya". Es el amor estéril, prohibido, mágico. El amor sin amor.

En los muros de los templos de Khajuraho no hay figuras de niños. El hijo de carne no es el producto de este amor. No es el hijo de la vida el procreado, sino el hijo de la muerte. El producto de este amor es un hijo sutil, un "loto", creado por el cuerpo astral, es una barca, un arca que permita cruzar las aguas espantables de la muerte.

Khajuraho floreció como una ciudad supercivilizada. La forma de amor que los muros de sus templos nos enseñan, aunque tal vez haya sido practicada por el pueblo, es esencialmente aristocrática, de selección. Es una iniciación religiosa para una minoría. El que así lo sea, no significa algo merecedor de condenarse, ya que en India todo es fluctuante. El rey se transforma en monje; el rico mercader abandona sus posesiones para tomar a voluntad la túnica color azafrán de los mendicantes y retirarse a la selva como un anacoreta. Del mismo modo, la vida del placer no encierra los peligros que para nosotros; puede ser abandonada a voluntad, en cualquier momento, desprendiéndose como una hoja de piedra de los muros sacros.

Los hombres que practicaban ese amor secreto debían ser versados en el Yoga. Las mujeres, por su parte, eran entrenadas desde la adolescencia en el arte amatorio-místico. La diferencia con las "geishas" japonesas, es que en la India es arte religioso y, por eso, no perdura, al romperse la conexión, el hilo. La mujer era enseñada no a satisfacer al hombre físicamente, sino a tocar sus centros íntimos, sus "chakras", impulsándole hacia sí mismo, hacia el Ser. La mujer enseñaba al hombre a dejarla, a abandonarla, a incorporarla en sí, a desposarse con su propia

alma. Y ella también aprendía, quizás, a dejar al hombre y a salvarse en su propia esencia.

Sabemos que todo esto viene de muy lejos; pero aquí, en Khajuraho, en el período Medieval, reaparece como un culto secreto a Shiva, por reacción a la tendencia "bhakti", o devocional, que había invadido la India. Es la "Tantra", con los cultos "Kaula" y "Kapalika", los cuales se practican en Khajuraho y en sus alrededores por el año 1065 después de Cristo. "Kaula" es también Shakti, la contraparte femenina, la Serpiente; su opuesto es "Akula", o Shiva. La unión de Shiva y su Shakti produce a "Inkaula", el Andrógino. El rito por medio del cual se lograba esto es "Kolamarga".

El "Kapalika" es un culto mucho más secreto que el "Kaula". En él se llegaba al sacrificio humano y, posiblemente, se comía la carne y se bebía la sangre de la víctima inmolada. Los adeptos de este culto vivían en estrecha unión con sus mujeres iniciadas, o "yoguinis". El más antiguo templo de Khajuraho está dedicado a las sesenta y cuatro "yoguinis" y se llama Chausath-Yoguini. Los adeptos "kapalikas" andaban cubiertos de cenizas, la cabeza rapada, con un mechón de pelo sobre la nuca, joyas en sus orejas y cuellos, llevaban una calavera en una mano y un báculo en la otra. Los "kapalikas" situaban el centro de la persona, del Sí mismo, en el "yoni", o sexo de la mujer. Meditando en él, se liberaban. Practicaban la yoga del amor sin amor. Ellos eran Shiva; ellas eran Parvati. Vivían para la mujer y para encontrar la liberación a través de ella.

Este culto es muy antiguo.

Se cuenta que el recopilador y divulgador de las prácticas tántricas en el siglo VII y VIII habría sido un rey llamado Indrabhatti, quien en su obra describe la iniciación por medio del acto sexual llamado en sánscrito "Maithuna". Se dice que su hija, la bella Laksminkara Devi, fue una de las más avanzadas y entusiastas oficiantes de este aristocrático culto del amor mágico-sexual.

Es este el amor prohibido, contra natura, mágico. Se halla dirigido en sentido contrario al de la creación. No aspira a procrear un hijo de carne. El mismo Krishna, el dios azul, nos ha dado el ejemplo: amaba a una mujer casada y su danza con ella era en la selva, dentro de un círcu-

lo, rodeados por las "gopis", las servidoras, las vaqueras de Gokul. Las bodas secretas se cumplían en los jardines de Vrindavan, mientras se bailaba la "Ras-Lila".

El amor mágico deberá ser antisocial, ilegítimo, estéril hacia fuera, sólo fecundo dentro.

El matrimonio, como institución, no es aconsejable para el héroe "tántrico", para el mago, para el yogui y la yoguini. La selva y la montaña son el recinto de los dioses, también de los hombres-dioses.

Este misterio se encuentra sublimemente descrito en los muros de los templos de Khajuraho, en la expresión de esos cuerpos y de esos rostros, que allí se aman tan locamente, tan tierna y estáticamente.

Al héroe, al iniciado "tántrico", le está prohibido realizar el amor en forma apasionada, sin control, en movimientos convulsivos. La mujer sí puede hacerlo, aunque llena de gracia y de ritmo. Ella es la activa. Y lo es porque representa el principio femenino del Universo, el principio creador de Dios mismo, de Shiva. Ella es Shakti, "Kundalini". Shakti es la que crea el mundo. Es a través de ella como Dios produce el mundo. Shakti es el Demiurgo, la energía y también "Maya", la Ilusión. Porque ilusión es la forma y la multiplicidad de las formas. Dios crea el mundo por amor, es decir, por amor a su Shakti, a su principio activo. Amor es ilusión, sueño, "Maya". Sin embargo, Shiva, Dios, no participa de la creación. El es intocado, inmóvil; es el Paralítico Eterno, el Anciano de los Días. Dios es el principio inactivo. Todo esto se representa también en las imágenes de Khajuraho.

Metafísicamente, la mujer es activa y el hombre pasivo. Cuando ambos se divinizan, vuelven a ser de este modo. Sólo si se continúa dentro de los límites de lo humano imperfecto, de la no totalidad, se es lo contrario.

En la "Tantra", hay una reincorporación de la mujer en la vida divina. El misterio femenino es redescubierto y revalorizado; todo aquello que es trascendente en la mujer, invulnerable en lo femenino, la esencia de lo ilusorio, mezclado al perfume de "Samsara", es lo que atrae, fascina.

Los "tantristas" ven a Shakti, la Madre, en todas las cosas, la comprenden como el pilar del macro y microcosmos. Se liberan a través del contacto con la mujer en este mundo, de un peregrinar de sexo en sexo.

Para el yogui "tántrico" la mujer deberá ser primero reconocida afuera, aceptada, como único camino posible para llegar a incorporarla a la propia alma. Habrá que desposarse con ella; pero en las *bodas mágicas*.

LAS BODAS

Esto es hondamente simbólico. Aunque el lenguaje escrito y las imágenes esculpidas en la piedra aparezcan llenas de intención sexual, lo serán en apariencia. Las formas de expresión de que el hombre dispone son limitadas. Lo que cuenta es el sentido.

También la ceremonia tántrica en los planos más altos, y entre los iniciados superiores, no se practica más que simbólicamente. Porque el matrimonio y la posesión acontecen dentro de uno mismo, del propio cuerpo del hombre. El cuerpo humano contiene dos elementos esenciales: Shiva, el hombre primordial, o principio estático, y Shakti, la mujer primordial, o principio dinámico. Shiva reside en ese "vacío que se halla entre el cerebro y el cráneo", en "Sunya"; Shakti, "Kundalini", la Serpiente, se enrolla en la base del Arbol, abajo, en el "chakra" "Muladhara". La parte izquierda del cuerpo es masculina, en "Pingála", el sol; la derecha, es femenina, en "Idá", la luna.

La posesión representa en verdad la unión de los opuestos en el mismo cuerpo, de Shiva y Shakti, de "Idá" y "Pingála", de "Kundalini" con el "Atman". Son varias bodas en una, varias uniones. Sin embargo, al final es una sola. La unión de los opuestos es la totalidad, el Andrógino. Se alcanza en la Copa del Arbol de la Vida; la ambrosía se bebe en el Brahma-Chakra, o chakra Coronario, donde se halla la fuente de la vida eterna y de la eterna juventud. Allí la mente y la visión se unen, los órganos pierden su identidad. Es la realización de "Sunya", el Vacío, del Nirvana de los budistas. Según el budismo mahayánico, tántrico, este Vacío es Compasión; por esto el Boddhisatva Avalokitesvara entra al Nirvana sólo por un extremo de la cuerda, quedando siempre atado al mundo por el otro.

La unión de los opuestos tiene quizás la forma y el sonido de la sílaba OM. Cuando los extremos se unen, cada uno cumple el deseo del otro.

El matrimonio es con la Serpiente. Desposada ya, le crecen alas y una túnica de novia cubre el alma. En realidad, es el cuerpo sutil que ha adquirido vida propia, que ha sido bordado internamente en el telar de los "chakras", con las agujas de "Kundalini". Por esto la túnica es flamígera. Este cuerpo sutil, astral, es el "hijo de lino", que nos permite seguir viviendo después de la muerte. Con él logramos también un estado de "conciencia continua", porque con él velamos mientras el cuerpo físico duerme. Las Bodas son también una resurrección.

Ahí, en el Vacío, en "Sunya", desaparece toda semilla.

En la India, también el tantrismo condujo a excesos. Es este el peligro inevitable de tan altísima simbología, de tan difícil ciencia. Sin embargo, el "Tantrismo de la Mano Izquierda" afirma que todo lo que se haga carece de realidad ontológica y que el camino de la liberación no niega nada, no excluye nada. Absurdas serían las torturas de la disciplina ascética, puesto que en el Supremo Vacío todo se aquieta por igual. Es este, sin embargo, un camino para los más fuertes, pues, en alguna parte, se hace necesaria una vigilancia sin reposo, de todo el ser.

Esta ciencia misteriosa es la de Shiva, la de la Serpiente.

EL ROSTRO DEL DESPOSADO

¿Y cómo es el rostro del Desposado? El rostro es de piedra oscura. Permanece un poco inclinado hacia atrás, con los párpados semijuntos, mirando lo que pasa por dentro de su frente, escuchando aún el eco de los pasos de la Virgen Sonámbula, que llegan desde inmensas profundidades, avanzando por pasillos secretos, por viejos palacios y tumbas. Sus labios están ligeramente entreabiertos y una sonrisa tenue, mezcla de placer y dolor, de sensualidad y éxtasis, juega como una sombra. Su mundo es redondo, está allí, dentro de su frente; los pensamientos se suceden, regresando en un círculo. Ese rostro goza sensual y divinamente. También camina por una circunferencia. Va en busca de lo que ya ha encontrado. Un lado de su rostro es oscuro, está en penumbra, está muerto. El otro vive. Ese ser ha penetrado el misterio de la muerte. Fue mordido por la Serpiente. Es el rostro del envenenado eterno, del que

cambió de color por el veneno y se desposó en los umbrales, dando a luz un hijo de la muerte, que es el hijo de la eternidad. Ese rostro se asoma a todos los umbrales. Mira por la ventana de la propia creación y ve allí a la amada partir hace millones de años, se ve partir él mismo. Y ahora experimenta la alegría simultánea del reencuentro. Bajó, primero, al fondo de la tierra, a las raíces del Arbol, a los infiernos y siguió siempre andando, andando, hasta que un día distante, apartado en el tiempo, subió a la Copa del Arbol de la Vida y allí, en la Sala del Palacio, en el centro de esa luz blanca, se encontró con alguien a quien buscaba hace mucho tiempo. Y la alegría del reencuentro se expresa en lágrimas, que son los frutos del Arbol de la Vida.

Por el rostro del desposado están cayendo dos lágrimas de piedra. Una es de El, la otra es de Ella.

Este rostro fue esculpido hace más de mil años en la ciudad de Kharah.

LA CANCIÓN DEL SUFI

En mi ruta a Benarés, me detengo en Kampur para visitar al maestro sufí, Sri Radha Mohan. Sufí quiere decir suave como la lana del cordero. Este maestro se pasea en la tarde por el patio de su casa con un gran rosario entre las manos, musitando plegarias. Los amigos le visitan para orar con él o para contemplarle meditar. Cuando me habla, cierra los ojos, como queriendo darme a entender que está vecino al trance o que sus palabras vienen de una lejanía de sueños.

Las sombras se hacen y la luna empieza a aparecer por sobre los mangos perfumados. Sri Radha Mohan se reclina sobre su camastro en el jardín y me llama junto a él. Me pide que me quede allí, para que su corazón me sienta y sus latidos me alcancen. Entonces canta, con una voz suave y profunda. Su canción es un lamento lleno de añoranzas, envuelto en nostalgias, como la luz de la luna. Narra la historia de un pastor que buscaba a Krishna por montes y valles. Entró en una casa y pidió de comer. Mientras tanto, el dios azul pasó por el camino. El pastor lo supo tarde, y desconsolado cantaba, llorando: "He perdido mi corazón en el camino y no lo he encontrado nunca más".

LA GRAN KUMBH MELA DE ALLAHABAD

Cada cierto número de años, al producirse una conjugación especial de los astros, el pueblo de la India viene a la ciudad de Allahabad, a bañarse donde el río Jumna se junta con el Ganges. Ambos ríos descienden de moradas celestes. El Ganges inicia su camino en la cabeza del dios Shiva, donde también se encuentra la luna menguante. Pero hay otro río invisible, que asiste a las bodas en ese punto preciso, en el "Sangham", o encrucijada, de Allahabad, en el "chakra" "Manipura de la India": es el río Sarasvati, el que nadie ha visto.

De todos los rincones de la India vienen caravanas. Los caminos están atestados de peregrinos. Marchan a pie, en carretas, en camellos, en elefantes, en trenes. Cuatro millones de seres se han reunido en la ciudad de Allahabad. Grandes torres de acero se levantan para que desde ellas pueda contemplarse el espectáculo y también para controlar ese mar humano. Aquí, en medio de todo esto, me siento como una brizna, perdido, impulsado por un indefinible sentimiento de respeto ante fuerzas que escapan a toda dirección y que se mezclan, se unen: los astros, la tierra, el agua, el alma.

Sigo recorriendo con dificultad entre el gentío, arrastrado por sus olas. Viene la procesión de los "sadhús". Avanzan desnudos, cubiertos de cenizas, con rostros pintarrajeados, de color verde. Un enorme elefante trae sobre su lomo a un jefe o "gurú". El elefante tiene sus patas encadenadas y marcha balanceándose, cadencioso. Levanta su trompa y resopla. El pelo del "gurú" está trenzado en un moño inverosímil, rojo, café, con azafrán y excrementos. Viene completamente desnudo. Es el dios Shiva. Lo preceden bailarines con espadas, dando mandobles al aire. Tambores y flautas hacen un ruido legendario, mientras en el mismo camino se revuelcan fakires sobre lechos de espinas y otros avanzan con la lengua o con un brazo atravesados por un instrumento punzante. Los paquidermos se hacen a un lado; milagrosamente no aplastan a estos hombres, algo les dice que no pueden hacerlo.

A esa hora, en un punto preciso de ese universo cerrado, de esa gran "Mela", o reunión de seres increíbles, se produce una catástrofe. Alguien se ha asustado, nadie sabe por qué, y el terror colectivo ha prendido co-

mo una llamarada. Alguien se cayó, una multitud enloquecida le ha pasado por encima, otros más han sido derribados, cientos de ellos, y la muerte ha hecho su cosecha. Muchos peregrinos han muerto en la "Kumbh Mela" de Allahabad. Veo pasar ahora a los heridos en camillas improvisadas, a los moribundos y a los muertos; ancianos y niños, hombres y mujeres. Aquí se reproduce la tragedia de la vida toda. Una anciana vaga llorando, pidiendo protección. Ha perdido a todos los suyos; es del extremo sur de la India, no conoce a nadie. La tomo de la mano. No sé hablar su lengua, no sé qué hacer con ella. Todos están enloquecidos, ciegos, aturdidos, no saben qué pensar, qué decir, no saben por qué ha sucedido esto. Mas la calma y la reflexión vuelven pronto a este pueblo hecho para el sufrimiento, con tanta capacidad para soportar las desgracias. Todo habrá sido para mejor, se dirán; porque los muertos en este día y en este sitio serán bendecidos por los ríos sacros, por la conjunción de los astros y los ríos.

A mediodía visito el campo de los yoguis y los "sadhús". Allí se hallan todos los maestros conocidos de la India, acompañados de sus seguidores y discípulos. Un ejército de magos y santos, viviendo en tiendas. Visiones extrañas de hombres en trance, con la mirada estrábica, como muertos, o como resucitados en un tiempo sin tiempo. Se queman perfumes de otro mundo en aquella isla visitada por curiosos y devotos, por millones de seres. Los "swamis", los yogas, se juntan ese día a orar, a repetir los "mantrams". Semeja un coro de cascadas milenarias. Oran por los que han muerto en la "Kumbh Mela", por los que ya partieron.

Entre estos "gurús" también se encuentra Ananda Mai, la Madre, y se dice que Sivananda y el "Swami" Loxmanju, de Cachemira, vendrán pronto. Pero yo no les he visto.

Al ir a tomar el bote para sumergirme también en las aguas del río, se me acerca un "sadhú" y me detiene. Es un joven de ojos tristes. Me sujeta del brazo y me pregunta:

—¿Por qué no existe justicia en la tierra?

Las lágrimas ruedan por las mejillas enjutas de ese hombre. Seguramente su pregunta es por los muertos de ese día.

Le veo permanecer junto a la ribera, contemplando la partida de mi bote, mientras las lágrimas siguen rodando en silencio por su cara extraña. Se aleja, se pierde en esa tarde antigua.

Aquí, en el "sangham", o conjunción de los dos ríos visibles y del tercero invisible, me desnudé y me sumerjé también en las aguas.

BENARÉS, LA SANTA

Pero es en Kasi, o Benarés, donde el baño en las aguas que se deslizan eternamente alcanza su apogeo. El hindú se encuentra, desde hace siglos, seducido por la imagen del río, tan semejante a la vida. Nunca nadie se bañará en las mismas aguas, mas el río permanece, el río tiene un nombre, una unidad. ¿Los tiene en verdad? ¿Los posee acaso el hombre? He aquí las preguntas que se hace el hindú al sumergirse en las aguas de los ríos sagrados. Al igual que el río, nunca somos los mismos, nos forman cientos de aguas distintas, infinidad de yo, de personas; sin embargo, hay algo que permanece, que nos aporta la ilusión de juntar lo que eternamente se pierde y se esfuma: el nombre. El hindú duda de esa permanencia. Se encuentra ya un poco disuelto en el mar.

Con la salida del sol las multitudes de fieles se dirigen a los "gaths" del Ganges. Bajan por angostas callejas hasta alcanzar las amplias escalas que se abren sobre las aguas plomas. Los brahmanes venden allí sus rosarios y sus plegarias. Los fieles entran desnudos en la corriente, semi-desnudos o cubiertos con túnicas flotantes. Las mujeres no se despojan de sus saris, los que se ciñen a sus formas al sumergirse en el río. El baño es un complicado ritual. Se coge el agua entre las manos, se la deja luego deslizar entre los dedos murmurando oraciones sánscritas, fórmulas antiquísimas. Se sumerge luego la cabeza varias veces en la corriente, el cuerpo entero, se hacen gargarismos, se bebe el agua oscura, sucia de barro, de orinas y de muertos. Hay quienes se jabonan profusamente. Otros meditan de piernas cruzadas sobre terrazas que apenas sobresalen del río, sobre una roca o una escala, ensimismados, idos en el correr de las aguas. Hay nadadores que escalan las cúpulas de templos sumergidos y se arrojan de cabeza en la corriente. Cruzan lanchones, botes remontan las aguas, llenos de peregrinos y turistas. A veces puede verse un tronco que va con la corriente y emerge a ratos, haciéndose visible; pero no es un tronco sino un cadáver que sigue hacia el mar, debiendo cruzar toda la Madre India, si no es devorado antes por los peces de agua dulce, por

los habitantes del Ganges sagrado. Ese cadáver no se incineró en los "gaths" porque es el de un leproso. Los leprosos son entregados a las aguas del río.

En las riberas del Ganges se queman los muertos. Los traen sus deudos, si es que los tienen. En grandes piras de madera de sándalo o de madera ordinaria se les reduce a ceniza. Primero se baña el cadáver en el río, luego el brahmán cumple con el ritual. Se enciende la hoguera. Los cadáveres llegan por centenares y se los quema en varios sitios a la vez.

A todo lo largo del río y sus callejas angostas, empinadas, se alinean los templos. Hay uno dedicado a la Diosa de la Viruela. Hay otro nepalés, con figuras eróticas talladas en madera. En el templo de Kali se sacrifican animales y la sangre corre por el mármol mientras bandas de monos saltan y chillan en los capiteles. Cruzando una calleja, en donde no es posible transitar de a dos, se alcanza una abertura en un muro a través de la cual puede verse el interior del templo y el "Lingam" chorreando aceites, leches y frutas. Manos femeninas lo bañan devotas, derramando los azúcares y los perfumes. Más allá baten tambores, acompañados de plegarias y lamentos. Es la Casa de las Viudas, mujeres que ya no tienen porvenir en este mundo. Por no haber juntado sus cuerpos con el cadáver del esposo, en la misma hoguera que lo consumió, como se hacía antaño, por no haber cumplido con el "sathi", están ahora muertas en vida y deberán implorar la caridad del viandante, para continuar su agonía en esta ciudad santa, en este clima de pesadilla y alucinación.

Las calles de Benarés no tienen nada que ver con el mundo terrestre, son algo indescriptible, que escapa a cualquiera comparación o imagen. Alucinan, aterrorizan, son repulsivas, seductoras, fascinantes. Aquél que ha marchado por ellas con el corazón y el alma abiertos, deberá estremecerse como ante la más pura y grandiosa poesía cósmica. La miseria de la creación, la grandeza de un espíritu triunfante sobre la miseria, la caridad, la misericordia, la piedad no cristianas, también cósmicas, no humanas, sino divinas, flotan, transitan por estos pasadizos del alma que son las calles de Benarés. Y también una risa estruendosa, una carcajada tremenda, que lo agita todo y parece decir: "¡Mira, húndete en esta farsa, en este dolor, en esta miseria, en esta grandeza, porque nada de esto es verdad! ¡Todos nosotros somos comediantes, dentro de la gran comedia de Maya!"

Hay algo de ilusionismo y de magia en lo que se puede ver en Benarés. Es la miseria, la enfermedad y la muerte religiosas de la India. Esos moribundos, leprosos y monstruos de Benarés, miran con ojos iluminados, con rostros apacibles, risueños, convencidos de que deberán representar bien su divino papel, su difícil papel, hecho fácil en el momento mismo en que lo aceptan como su parte de trabajo en la Gran Comedia.

Enanos con turbantes y piernas retorcidas sonríen en una calleja, mirando con ojos llenos de complicidad fundamental. Otro hombre pintarrajeado, desnudo y azuloso, va levantándose y arrojándose de nuevo al suelo; de este modo deberá alcanzar hasta el río santo; aún le falta mucho. Durante toda una mañana un niño me persigue tocándome los pies, siéndome imposible deshacerme de él, porque cuando le doy dinero, me pide más y más.

En estas calles angostas, cruzadas por árboles enormes, con ramas que llegarán al cielo y raíces en los infiernos, saltan los monos y transitan las vacas solemnes. Hay que esperar a que ellas pasen, que se dignen dejarnos el camino. Las tiendas se aglomeran, concentrándose también aquí el comercio de la seda, de los bordados de oro, de las maravillas de la artesanía de la India: los saris de Benarés, las telas trabajadas con arte exquisito, los telares famosos de esta ciudad. También, junto al río, se levantan palacios fastuosos, construidos por los Maharajás de los distintos reinos de la antigua India. Daban refugio en sus zaguanes a los peregrinos. Es esta la vida promiscua de la India en la que todo se hace en común, rodeado de gente, donde se vive, se ama, se come, se duerme y se muere en comunidad y, sin embargo, solo, aparte, separado. Cada Maharajá, o rico comerciante, ha construido un palacio. Al otro lado del río, solitario, se yergue el castillo del Maharajá de Benarés, que no pertenece a la casta kshatriya, sino a la brahmánica, siendo la representación directa de Shiva en la tierra, según la creencia.

Benarés es una de las ciudades más sagradas de la India. A Benarés vienen a morir los fieles para salvarse del "samsara". Aquí se viene también a alcanzar el "samadhi" o el "kaivalya", trance aún más profundo.

Pero, más que a ninguna otra cosa, a Benarés se viene a morir. Junto a las aguas sagradas, el hindú espera agotar su "karma", liberarse, o bien, alcanzar una encarnación superior para la próxima vida. De ahí esos rostros iluminados, sobrepuestos al dolor de la carne, a la miseria del mun-

do, no viendo ya las sombras, pues han cruzado la cortina de la suciedad y los hedores, para aposentarse en el oro de la luz, en la perla, en el diamante de los lotos.

La cortina de suciedad y miseria oculta perlas, cubre diamantes; es una careta.

La idea del "karma" es la que ha conformado a Benarés. Del "karma" y de la reencarnación.

El "karma", o ley de causa y efecto, que hace que las acciones de hoy produzcan efecto mañana, en una próxima encarnación, es una ley puramente mecánica para los budistas, no así para los filósofos vedantinos. Los efectos de los actos son computados y pesados dentro de "Maya", de la creación, por Brahma-Isvara, el Brahma polarizado, creador, el Demiurgo. Los efectos del "karma" se verán en la próxima encarnación del ser individual y en el próximo "Kalpa" para la humanidad entera. "Karma" quiere decir "acto". Para algunos viejos vedantistas existiría un "karma" colectivo. La acción de cada uno repercutirá en la humanidad toda.

Para que el "karma" pueda cumplirse, para que pueda agotarse, se hace necesario una Gran Rueda; la Pequeña Rueda de una vida no basta. Se hacen necesarias cinco mil ruedas, cinco mil vidas. He aquí entonces la diferencia fundamental que nos separa para siempre de este mundo de la India. Porque yo no tengo más que una vida y esto aunque yo llegue a pensar lo contrario, aunque llegue a convencerme de la verdad de la idea de la reencarnación —que realmente pareciera ser cierta—, porque una cosa es creer con la mente, con la razón y otra llevar la idea en la sangre. Aunque yo diga que creo en la reencarnación, mi alma, mi sangre, no la aceptan. Ahí, en el corazón, en la sangre, tengo una sola vida, una y nada más. Al revés, el indio moderno, aunque diga no creer en la reencarnación, en su sangre, en la raíz de su ser, es portador de cinco mil vidas y todas ellas le suben a la superficie en los momentos fundamentales, especialmente en el momento de morir.

Si pensamos bien en lo que hemos dicho veremos que tal vez hayamos descubierto la base sólida de una diferencia última que nos separa para siempre de la India, aun a los americanos del sur. Es una cuestión de sensación del tiempo. Aquel que tiene cinco mil vidas, no puede estar apurado. El santo de la India no tiene por qué pretender ser esencialmente

santo. Es un poco santo y es también otra cosa, quizá sea un poco truhán, un poco bandolero. A su vez, el bandolero es un poco santo. No hay apuro en ser nada, en diferenciarse hoy definitivamente. Para alcanzar la meta hay tiempo, mucho tiempo, hay cinco mil vidas. En cambio, nosotros, estamos en urgencia de ser. El santo es santo total, polarizado hasta la médula. El bandido, el asesino, lo son también absolutamente, hasta el fondo. En cada instante nos jugamos la eternidad. La persona se define, el amor se dramatiza. El hombre se hace individuo. El indio tiene cinco mil vidas, es cierto; pero por tener tantas no tiene ninguna. No ama, no odia, no vive, no muere. Se desliza como el río hacia la eternidad. Su perfil se deshace una y mil veces en las piras de madera de sándalo, en la fantasmagoría de las formas infinitas de "Maya", la Ilusión.

Nosotros queremos eternizarnos, eternizar el yo. El hindú aspira a salvarse de la eternidad; quizá tema que la eternidad sea como un insomnio sin fin.

Pero ¿sucedió siempre así? ¿Acaso los "Sidhas" no se eternizaban también con su perfil, con su imagen, como una esfinge de hielo?

Cuando el hombre muere, su "Atman", unido a su "Sukshmasarira", "Linga-sarira", o "Cuerpo Sutil", se escapa del corazón por un canal etérico de la cabeza. En el Libro de los Muertos del Tíbet se describe el proceso y los acontecimientos posteriores. Las primeras etapas después de la muerte serían las más placenteras, luego sigue un proceso de descomposición, hasta la nueva encarnación. Para los Vedas y la Vedanta, si un hombre ha cumplido durante la vida con los preceptos, luego de escaparse su cuerpo sutil por el canal etérico, o "Murdhanya Nadi", sigue el Camino o Sendero de los Padres; también puede seguir el Camino o Sendero de los Dioses. El primero es para los hombres buenos, el segundo para los sabios. Los primeros se unen a la noche nubosa, a la luna menguante, al año menguante, al mundo de los Padres, al éter y, al final, a la luna. Allí el alma reside por un tiempo, gozando del premio de sus buenas acciones, en compañía de los "Pitris". Luego desciende otra vez, empujada por los méritos restantes. Desciende primero al éter, al viento, al humo, a la nube, a la lluvia y a la planta. De aquí brotan, saltan las semillas; cuando maduran en una matriz, dan origen a una nueva vida en la tierra, en conformidad con los hechos anteriores, o "karma".

Shankaracharya, el filósofo vedantista, no cree que el alma se iden-

tifique con los elementos a su paso a través de ellos, con el éter, con el humo, con la nube, la lluvia y la planta. No hay identificación, sino momentánea similitud, según él. El alma (¿energía?) se conforma por un momento al sentido de los elementos, los experimenta. El alma llueve con la lluvia, crece con el arroz, es comida y digerida con la planta, por un instante, por un momento. El alma no se transforma en estos elementos; sólo se conecta con ellos, casi "intelectualmente".

Sin embargo, pareciera ser que los Sutas vedantinos, más antiguos que Shankaracharya y los Upanishads, afirmasen la identificación del alma con los elementos. El mismo Shankaracharya concede que algunas personas, por sus depravadas acciones, puedan llegar a ser planta y hasta involucionar al mineral. Pero no los buenos, no los que alcanzaron a la luna, siguiendo el Sendero de los Padres. Badaryana, el autor de los Sutas vedantinos, parece tener la idea de la identificación, de la asimilación por un tiempo con los elementos. El alma se identifica en su cuerpo sutil con el arroz, habita en el arroz, en su descenso. Cuando la planta es comida, se transforma en el progenitor. El progenitor está ahí, existe de antes, pero el alma que se encarna es la que ha descendido de la luna al arroz, a la raíz del arroz. Está ahora allí, en la sangre del progenitor, en la espera, en la urgencia de la procreación.

Badarayana afirma que aquellos cuyos actos han sido muy malos no ascienden a la luna; descienden a una región llamada "Samyaman", o morada de Yama. Algo así como un infierno. Los Puranas mencionan varias clases de infiernos. Desde allí el alma regresará de nuevo a la tierra, tal vez al cuerpo de un monstruo, de un enano o un leproso de Benarés, para cumplir con su "karma", agotarlo, beber el amargo cáliz hasta las heces. Para liberarse.

Los Sabios, cuando mueren, van más lejos que la luna, siguen el Camino de los Dioses. Ellos entran en la llama, en el día creciente, en la luna creciente, en la Procesión Norte, en el aire, en el sol, en el Mundo de los Dioses y en el relámpago. Mas, no son éstas las moradas del alma, sino guías que la transportan. Cuando el muerto llega al relámpago, es puesta en manos de alguien que no es un hombre. Y este ser lo conduce al mundo de Varuna, luego a Indra y a Prajapati, o Isvara, el Brahma creador, polarizado, el Demiurgo, o "Logos Spermatikos". Aquí el alma permanece hasta que realiza en sí el verdadero conocimiento. El alma par-

ticipa de todos los poderes de Brahma, los comparte, menos el poder de crear el Universo. Se supone que esta alma no vuelve más a la tierra, al menos en este “Kalpa” o Ciclo.

No obstante, el más alto conocimiento y realización para la Vedanta y, especialmente, para su gran expositor, Shankaracharya, el monista absoluto, es la unión del “Atman”, del Ser, del Sí mismo, con el Brahmán incualificado, neutro, ajeno, no creador. En una palabra, la unión con el Sí Mismo, ya que el Atman y el Brahmán son una sola persona, son el Uno. Nunca hubo dos; menos, tres y cuatro. Todo esto es “Maya”, “avidya”, “nesciencia”, ignorancia, ilusión. Maya es también, entonces, el Brahma creador, el Demiurgo, Prajapati, Isvara, Shiva, con el cual sólo se unen los medios-sabios y, principalmente, los Magos, los “Siddhas”, que llegan —por el contrario de los sabios y los santos— a participar de su poder creador.

La liberación en vida es “Jivanmukti”, el supremo fin de la Vedanta, la unión con el Ser, perdiéndose la identidad personal y la separación ilusoria. O sea, el gran pecado para la Magia.

El santo vedantino aspira al “Samadhi”, a la fusión, a la pérdida. El Yogi, el “Siddha”, al “Kaivalya”, que quiere decir “aislado”, “separado” para toda la eternidad, “aparte” del Universo, de la materia, de “Prakriti”, de Isvara, de Brahma, de Dios mismo.

Brahma viene de “Brith” (palabra, verbo). Atman es algo así como la respiración. A los muertos se les decía: “Tu atman —respiración— volverá al viento”. Atman, es también el viento.

Aquí en Benarés fue donde Buda predicó por primera vez, hace 2.500 años. El sermón de Benarés, dicho en Sarnath, cerca de la ciudad santa, le trajo a Buda sus primeros “samanas”, o monjes.

Dejo para la mañana del día siguiente mi visita al Pandit Gopi Nath Kabiraj, objeto verdadero de mi viaje a Benarés.

Gopi Nath Kabiraj vive no muy lejos de la sede de la Sociedad Teosófica de Benarés. Se pasa una verja y se sigue por un jardín descuidado, hasta entrar en la casa de dos pisos donde habita. Una escala estrecha lleva a su buhardilla. Me he hecho anunciar dando mi nombre y el Pandit me recibe sentado sobre una sábana, desnudo de la cintura para arriba, rodeado de libros y papeles con anotaciones. El cordón blanco del brah-

mán, del “nacido dos veces”, le cruza el pecho. Gopi Nath Kabiraj es un sanscritista de fama, escritor y ex profesor de la Universidad de Benarés. Sus trabajos más importantes divídense en cuatro y cinco partes. Citaremos sólo tres: “Visuddhananda Prasanga”, “Surya Vijnana” y “Yogi raja drisaja Visuddhananda”. En uno de estos trabajos, Gopi Nath Kabiraj habla de su Maestro y de una sociedad muy secreta de los Himalayas, llamada “Jña Jña ganj”.

Gopi Nath Kabiraj tiene rasgos marcados, fuertes, agradables. Su barba está a medio crecer y blanquea, como su pelo. Sus ojos son grandes e inteligentes. Me indica que me siente sobre la sábana. Espera mis palabras con cierta tensión.

—Un “Swami” de Cachemira, a quien usted no conoce, me aconsejó que viniese a verle, pues asegura que usted podrá informarme sobre algo de gran importancia para mí.

Mueve la cabeza y sigue esperando.

—Vengo desde muy lejos, desde un país en las laderas de los Andes, en el Sur del mundo, en las aguas del Pacífico, en busca de los Maestros de mi Maestro, de una secreta y antigua sociedad, oculta en algún punto de los Himalayas...

Un breve resplandor ha pasado por los ojos del Pandit, un brillo que yo captó. Es como si él hubiese pensado o se hubiese dicho: “¡Qué desilusión, he aquí otro loco más...!” Pero es una idea que no se formula, pues, con la celeridad del relámpago, el Pandit se ha puesto a tono, y me extiende un libro abierto indicándome una fotografía.

—Sí, todo eso existe. En algún punto, como usted dice. Vea esto.

Es la foto de un hombre de luengas barbas, cubierto con un manto.

—Este yogi tiene ochocientos años de edad y reside en algún lugar de los Himalayas, en uno de esos “ashram” secretos que usted busca, en un “Siddha-Ashram”.

Yo sonrío, porque ahora esto me parece demasiado; pero el Pandit continúa:

—No se ría, yo he visto a estos hombres, ellos vienen a visitarme en cuerpo astral. Cosas muy interesantes acontecen. No hace mucho, en 1940 ó 1941, en la revista “Journal of Bihar and Orissa Research Society”, un alemán, viajero por el Tibet, describe interesantísimas experiencias y se refiere a sociedades ocultas.

Pregunto al Pandit cómo podré encontrar un ejemplar de esta revista y él me aconseja dirigirme al profesor B. L. Atreya, de la Universidad de Benarés. También cita otro libro sobre Sociedades secretas en los Himalayas, escrito en lengua gujerati: "Brahmanda no Bheta".

Gopi Nath Kabiraj ha cerrado los ojos y se balancea suavemente, de lado a lado. Habla otra vez.

—Vuelva a verme; pero antes visite a un amigo mío, astrólogo, Suhir Ranjau Bhaduri. Vive en Ramapura, aquí en Benarés. Deseo conocer algo más de usted, su procedencia espiritual verdadera, a través de su horóscopo. Sudhir Ranjau Bhaduri se encargará de averiguarlo. Vaya a verle y vuelva después.

Esa misma tarde marché en un pequeño coche, o "tonga", tirado por un jamelgo, bajo la lluvia del monzón, a través de callejas y vericuetos, hasta dar al fin con la casa donde vive Sudhir Ranjau Bhaduri, el astrólogo.

Golpeo sobre un portón. Adentro se oyen pasos y la puerta se abre rechinante. Un negro corpulento, con un manojito de llaves colgadas al cinto, me pregunta lo que busco y me hace pasar por entre montones de tablas y máquinas hacinadas en una bodega. Me guía hacia el primer piso, subiendo por una angosta escalera. Allí se encuentra el astrólogo. Le acompaña un niño muy dulce, que es su nieto, y un joven estudiante de medicina, que se interesa por el yoga. Su nieto se llamaba Gopal.

Ya sabe quién soy, pues Gopi Nath Kabiraj le ha enviado un mensaje. Sabe también lo que busco. Sudhir Ranjau Bhaduri es un anciano enjuto, pequeñito, de rostro espiritual. Me dice:

—No voy a hacerle su horóscopo porque usted no lo necesita. Lo que usted requiere es que yo le diga que no siga buscando afuera lo que ya posee dentro de sí. Es allí donde está el Kailás, es allí donde se encuentran los Maestros de su Maestro.

Quedamos en silencio en esa tarde, en esa buhardilla cubierta de sombras, en la muy sagrada ciudad de Benarés. El anciano acaricia a su nieto sobre sus rodillas. Contempla al estudiante y le hace un gesto de complicidad.

—Creo que deberíamos darle a nuestro huésped una práctica para que pueda caminar hacia adentro, ¿no le parece?

El estudiante mueve la cabeza aprobando. El astrólogo continúa:

—Se llama “Shambhuvi”, que significa Shiva. La práctica también ha sido usada por los budistas... Durante una semana usted se pasea con un pequeño peso sobre la cabeza, un poco hacia la nuca, una piedra o un objeto cualquiera. La segunda semana, retire el peso, pero abra y cierre a medias los ojos, varias veces. La tercera semana, siéntese sin hacer nada, sin pensar en nada, con los ojos cerrados, y espere. Todo esto durante breve tiempo, por tres semanas, antes de dormir.

Así termina la inesperada entrevista con el astrólogo. Al irme, tuve la impresión de que en verdad me alejaba de un alma superior, de un hombre muy bueno y sabio. Aún le veo, acariciando la cabeza de su nietecito, Gopal, en la alucinante ciudad de Benarés, hace muchos años. Ahora, ya Sudhir Ranjau Bhaduri está muerto. Nunca más le encontraré. Seguramente irá recorriendo el Sendero de los Dioses, a través del año creciente, de la luna creciente, del sol, del relámpago, hacia la mansión de Prajapati, del Brahma masculino, llevado allí por alguien que no es un hombre. Y Sudhir Ranjau Bhaduri no retornará a través del humo, de la nube, del aire, hasta la raíz del arroz. Así se lo deseo fervientemente.

Volví a visitar a Gopi Nath Kabiraj; pero no pude conversar con él, pues estaba en su día de silencio. Sólo yo hablé. Le conté mi entrevista con el astrólogo y le expliqué la práctica que me había dado. El Pandit juntó sus manos y aplaudió. Luego escribió sobre un papel: “Visite al “Swami” Bhumananda, que vive en Kalikashram, en Kamakhya, cerca de Gauhati, en el camino al Assam. El maestro de este “Swami” fue iniciado en un “Siddha-Ashram”, en un monasterio secreto de los Himalayas. El podrá darle muy valiosas informaciones”.

Antes de partir de Benarés voy a visitar a mi amigo el francés, en el “ashram” que la Madre, Ananda Mai, tiene en esta ciudad. Es un “ashram” grande, sobre el río, con un dispensario para los enfermos y los pobres. La extraordinaria mujer se encuentra allí, rodeada siempre de música y flores. Se levanta y se va, se aleja cadenciosamente a través de una pequeña puerta. Al cerrarla, se vuelve un segundo y me mira a los ojos intensamente. Es una mirada oscura, de abismo, de mar.

Voy a ver a mi amigo, allí abajo, en su celda subterránea. Está semidesnudo, agobiado como yo por este calor húmedo del monzón. En

su cuarto no hay nada, fuera de una fotografía pequeña de la Madre, Ananda Mai. Veo que la foto aparece partida en dos por una delgada línea negra y me acerco a contemplarla. Descubro que la línea es un cabello y le pregunto a mi amigo con la mirada:

—Es un cabello de la Madre —declara, sonrojándose.

Permanecemos en silencio un largo rato. Hace mucho tiempo que no nos veíamos, desde nuestro primer encuentro en Dehra Dun, más de un año. Le contemplo. Está flaco, transparente, con su crecida barba rojiza. Me cuenta que la Madre le aconseja ir por dos años a su "ashram" de Almora y estar allí en total silencio. Agrega:

—¡Qué pesado es vivir! Sólo la muerte nos traerá la paz...

Vamos juntos hasta las amplias terrazas del "ashram" y, desde allí, miramos deslizarse las aguas del Ganges, igual a como lo han hecho por edades, por siglos y milenios, viniendo de la cabeza de Shiva, en los Himalayas, en el Kailás celeste, yendo hacia el mar; siempre iguales y, sin embargo, nunca idénticas; arrastrando leños, animales, cadáveres de hombres y de dioses, ilusiones y sueños, marcando el ritmo del aliento de la India, contempladas tantas veces por ojos y cerebros destinados a la hoguera, a la disolución, al humo, al aire, al Océano.

Nuestros ojos también las contemplan.

EN EL VALLE DE LOS DIOS

He escrito al Swami Bhumananda anunciándole que me propongo visitarle y le consulto sobre su Maestro y los secretos "ashrams" de los Himalayas. Mientras espero su respuesta, decido viajar al Valle de Kulu, o Valle de los Dioses, para reposar un poco y concentrarme en mí mismo. Sé que esa región es bellísima y muy poco visitada, pues los caminos son empinados y difíciles; queda entre macizos himaláyicos.

El Valle de Kulu está habitado por una raza antigua, procedente tal vez del Rajasthan, con rasgos arios muy marcados: los "gadhi", pastores nómadas de las altas cumbres. Visten un ropón de lana blanca y una especie de pollerín que les cae sobre las pantorrillas desnudas. En torno a la cintura anudan gruesas cuerdas.

He subido a 13.500 pies de altura, hasta el Paso de Rothang, por senderos escarpados. Cruzando ese Paso se llega a Lahouli y Spiti, veci-

nos al Ladak y al Tíbet, habitados por lamas, traspasada ya la línea de las lluvias. Su paisaje es el de las altas mesetas tibetanas. En el Paso de Rothang me he encontrado con los "gadhi". El viento soplabá violentamente y nos hemos refugiado en un círculo de ovejas y de "ponies". He comido con ellos. Después se han alejado hacia la otra vertiente, descendiendo por angostos senderos. Me he quedado así solo contemplando unas grandes montañas azules, unos morados ventisqueros de luces cambiantes, y me ha parecido ver allí una sombra que marchaba descalza sobre las nieves.

Regreso antes de que el viento adquiera esa fuerza espantable de las cimas, bajando por un abismo cubierto de rocas desmoronadas. Pretendo cortar camino y llegar al refugio antes de que se haga de noche. Pero el descenso es difícil. De pronto escucho un silbido agudo y, desde lo alto de ese abismo, veo que una figura viene moviéndose con increíble rapidez. Muy pronto pasa por mi lado. Es un hombre que desciende, saltando de roca en roca. Descubro que ni siquiera toca las peñas. Y no deja de hacer sonar su silbo extraño. Parece un lama, un monje. Muy pronto se ha perdido abajo. Me siento un momento sobre un peñasco, creyendo ser víctima de una alucinación.

Junto a las nieves he cogido una piedra en la que los peregrinos han grabado la inscripción tibetana "Om Mane Padme Hum".

El Valle de los Dioses se llama así porque cada aldea de esta región adora a un dios distinto, a un "Rishi". He visto cómo se castiga a un dios, al "Rishi Manú", porque no ha podido hacer llover y el arroz no brota y los espíritus del arroz se encuentran en peligro de no poder surgir, de no entrar en la Gran Rueda. El dios será encerrado en un templo de miles de años, en Manali, allí entre bosques olorosos. El templo está dedicado a la diosa Kali, la Devoradora. Lo he visitado y he contemplado una piedra negra, como mesa de altar, manchada por las sombras de los siglos. Ahí se habrán realizado sacrificios humanos. Afuera, el sacerdote o "intérprete" del dios, ha caído en trance, mientras se baten los tambores frenéticamente. Echa espumarajos por la boca, tiémbla como una hoja. Está vestido con tela burda para protegerse del clima de las cumbres y su pelo suelto le flota sobre los hombros. Ahora asegura que lloverá.

Y en verdad así es. El próximo día llueve copiosamente sobre Manali.

En Manali, en el Valle de los Dioses, vive gente extraña. Un Mayor, hijo de un inglés y de una india, tiene aquí su morada. Se ha casado con nativas y seguramente ha poblado de hijos el contorno. Es ya viejo y está un poco enfermo. Le atiende un "sadhú", un hombre que ha renunciado al mundo y viste una túnica de color azafrán; le trae hierbas que él mismo busca en las montañas y pequeños papelitos en los que escribe "mantrams". El mayor se ha convertido al hinduismo y en su habitación se ven las imágenes de los dioses nativos. En las noches le he oído leer historias inglesas, que va traduciendo a la lengua de la región, a un niño pequeño y a una mujer nativa que duermen en su mismo cuarto. Una tarde he pasado por el corredor y he mirado por la ventana que da a su pieza. Las persianas estaban abiertas y, dentro, sentada sobre un armario, se hallaba una mujer desnuda que se estaba secando brazos y piernas con un toalla. Cantaba. He pensado que sería la mujer del Mayor. Es bastante joven. Al otro día la encuentro en la montaña llevando una manada de ovejas, con un pañuelo rojo en la cabeza y un cayado en su mano.

Todas las mujeres de esta región visten de colores violentos, tienen ojos profundos y rasgos perfectos. Son alegres y a menudo cantan sobre los arrozales. El pueblo entero bate tambores y hace sonar flautas durante las noches del estío, entre los bosques y a través de los montes. En las alturas más empinadas se encuentran pastoras jóvenes y solitarias, mirando las distancias, las cumbres, los ventisqueros, tejiendo sobre una roca o botadas bajo grandes árboles, envueltas en sueños y en la música de sus dioses.

Un día escalaba yo por una vertiente casi vertical, como sólo las tienen estas cumbres himaláyicas y llegué a encontrarme en una situación difícil, afirmado con una mano de una brizna, con un pie sobre un terrón movedizo y sin poder ya avanzar ni retroceder, al borde de un abismo profundo. Sin saber cómo salir del mal paso, me puse a esperar. La ayuda me llegó por medio de una gentil figura de pastora. Seguramente me habría visto y se deslizaba ágil por la pendiente lateral. Vino hasta mí y me tendió la mano. Esa mujer joven me guió con precisión a través de la empinada cuesta, siempre riendo de manera cantarina. Su pañuelo rojo se mecía al viento delante de mí. A ratos veía sus piernas desnudas, dejadas al descubierto en el esfuerzo de escalar. Cuando nos detuvimos, observé sus ojos hondos, alegres, invitándome a otra aventura

más excitante aún y más peligrosa, allí mismo, en la pendiente cortada a pico, entre pinos salvajes, creciendo al borde del abismo. También sonreí, y la dejé en aquella altura, cimbrándose al viento, entre dos profundidades.

Me recogí una tarde en mi cabaña, en mi cuarto ya en penumbras. Me senté en el suelo y crucé las piernas en la posición del loto. Hacía mucho tiempo que no practicaba la concentración. Sobre mi corazón apliqué el signo, clavé ambos ojos en el entrecejo y estuve de nuevo luchando con el vendaval de las ideas, de las imágenes que venían una tras otra, interminablemente. Logré dominarlas por un momento, hacer el vacío, hasta que de nuevo el hielo ardiente subió por mi columna vertebral. A voluntad ahora las espirales empezaron a crecer. Poco a poco perdí la forma, comencé a sentir que me movía dentro de un péndulo. Y allí tuve una inspiración: saltar rápido hacia fuera, imaginarme junto a la puerta, antes de que se hiciera demasiado tarde. Lo logré. En ese momento había descubierto la clave del gran proceso, la llave, por la que venía luchando hacía tanto tiempo. En efecto, me vi allí, me sentí, al fin, realmente fuera de mi cuerpo. Y en un segundo estuve en el templo de la montaña, junto a la losa oscura y sacrificial, sobre la que había alguien que me esperaba para inmolarme. Me resistí violentamente. Y con un golpe seco regresé dentro de mi cuerpo, sobre el suelo de mi cabaña.

Me pasé la mano por la frente. Estaba húmeda de sudor helado. Esperé un rato. No sé cuánto. Luego bebí agua y salí afuera, a la noche. Aspiré profundamente el aire de las alturas. Los ventisqueros brillaban con una luz de otro mundo.

Después de tantos años y esfuerzos, al fin había encontrado la llave. Comprendí que allí mismo debía hacer un balance, un análisis para determinar sobre mi futuro. Lo hice, decidiendo que no volvería a usar esa llave, ni a abrir la puerta de ese misterio. La intuición me decía que al ir ahora por ese camino empobrecería definitivamente mi vida, renunciando a la persona, al yo. Se produciría en mí un descenso, un empobrecimiento del ser. No, aún no podía, no debía. Para intentarlo ahora tendría que renunciar a la experiencia inmediata, a los deseos del hombre, al conocimiento de mí mismo y del mundo exterior. Primero debería sumirme en todo eso, en esas sombras y luces humanas, *conocer*. No sé si esto habrá sido una tentación; pero entonces decidí no pasar todavía

más allá del hombre. Quise ser sólo un hombre y nada más, comprender primero mi pequeñez, mis límites, cruzar a través de mi propia sombra, vivir todo lo que hay en mí. Pensé que los magos y los místicos a des-tiempo no destruyen nunca totalmente sus deseos; el deseo por lo que no conocen y cuyas posibilidades están siempre allí en ellos, desde la cuna. Sólo se engañan y lo no vivido, lo renunciado, lo aparentemente subli-mado, vuelve con ropajes diversos en sus visiones coloreadas y en sus tor-mentos. El camino deberá ser, me dije, no renunciar a nada, vivirlo todo.

No estoy seguro de que mi decisión de aquella tarde en el Valle de los Dioses haya sido correcta y no fuese sólo una tentación, la justifica-ción de una debilidad suprema. En todo caso, también pesaba en ella mi aspiración de alcanzar hasta el monte Kailás, esa aventura aún no cum-plida en busca de la misteriosa Orden, del Monasterio secreto existente en algún punto de estas cordilleras, donde encontraría a los Maestros de mi Maestro. La búsqueda aún debía ser en el llamado "mundo exterior".

Esa noche tuve un extraño sueño. Me hallaba junto a un muro que cerraba un jardín. Unos árboles grandes asomaban sus ramas. Las sacudía y de allí caían unos pequeñísimos frutos blancos; en realidad eran diminutos animales, como insectos, que rápidamente se deslizaban hasta el interior de una casa. Los seguía hasta llegar a una ventana que daba a un espacio vacío, como aire cósmico, fuera de la morada, fuera de todo. Saqué el brazo y cogí dos de los insectos que se habían refugiado ahí. Con dificultad los llevé hasta un cuarto donde los dejé. Comprendía que ellos no deseaban permanecer dentro, que sentían extrañeza por mi ac-titud. Uno escapó por debajo de la puerta, tratando de volver al exterior, al vacío. Cerré con cuidado para que el otro no escapase también. El ani-malito me reprochó mudamente que lo alejara de su pareja. Al coger aquellos gusanos, al traerlos de fuera, a través de la ventana, experimen-taba una gran repulsión.

LAS PUERTAS DEL TIBET

El "Swami" Bhumananda me contestó diciéndome que esperaba mi visita para revelarme cuanto sabía del "ashram" secreto donde su maes-tro fuera iniciado.

Desde Calcuta estuve tratando infructuosamente de pasar a Gauhati, para ir al "ashram" del "Swami" Bhumananda. Las lluvias del monzón habían inundado caminos y aldeas. El Brahmaputra estaba desbordado. Los cielos del monzón se abrían y cerraban, los cruzaban el oro, la púrpura, la esmeralda. Entre las nubes desgarradas por el rayo, asomaban rostros de dioses con barbas de agua.

Desvié mi ruta hacia Kalimpong.

Esta ciudad era la gran puerta de entrada al Tibet. Por aquí llegaban las caravanas cargadas de mercancías. En las callejas vi a los tibetanos, alegres y fuertes, marchar con sus grandes puñales al cinto y con sus molinillos de oración. Hay banderolas agitándose en todas las colinas para ser rezadas por el viento. El "Om Mane Padme Hum" se escucha en muchas bocas. Los molinos de oración de los templos y casas son puestos en movimiento por los bonzos, por los fieles o por el agua.

Aquí se encuentra viviendo el profesor George Roerich, hijo del pintor ruso, Nicolás Roerich, quien edificó su casa en el Valle de Kulu, de donde ahora vengo, y se convirtió al budismo. Su hijo, George, es un erudito del budismo, un tibetólogo y un investigador de fama. Su traducción de los textos budistas, "Blues Annals", y sus estudios sobre pintura tibetana, son muy considerados. Vive aquí, en Kalimpong, con su madre, una mujer de facultades psíquicas muy desarrolladas, como a menudo sucede con los rusos.

Esa tarde me encuentro tomando el té con el Profesor Roerich, sentado en su estudio. Su rostro tiene rasgos mongólicos, con una pequeña barba aguzada.

Consulto al Profesor Roerich sobre los secretos "ashrams" de los Himalayas, contándole algo de mi búsqueda. No sin sorpresa oigo que me dice:

—Esos "ashrams" existen. He hecho investigaciones. Conozco el tibetano y el sánscrito, y los textos mencionan hasta cuatro "ashrams" secretos. Uno cerca de Shigatse, otro en el Everest, otro en el Kailás y un cuarto en Tholingmath. Son los "Siddhasrams". Creo que la Blavatsky no ha inventado cuando ha dicho que estuvo en uno de ellos. Hay quienes afirman que la fundadora de la Teosofía no estuvo nunca en el Tibet; pero en relatos de militares ingleses, viajeros por esas regiones en la misma época de la Blavatsky, se menciona el encuentro con una mujer

rusa, quien iba acompañada sólo de sirvientes nativos, por las altas y desoladas mesetas tibetanas.

LOS OJOS DE LA PANTERA

Del alto norte, casi cerrado ahora por derrumbes e inundaciones, bloqueados los pasos que llevan al Kailás, deberé bajar al extremo sur peninsular, pasando primero por Orissa y Madrás. Para esta última ciudad tengo la dirección del "Swami" Janardana, jefe espiritual de una organización con muchos adeptos en Chile: el "Suddha Dharma Mandalam", tal vez la única organización esotérica conocida de la India actual. Janardana cree en los "Siddhashrams" y se refiere a un punto misterioso en los Himalayas en donde residiría el nuevo Mesías, Bhagavan Sri Mitra Deva. En todo caso, será interesante visitarle y charlar con él.

Orissa es una tierra viejísima. La raza que habita esta zona practica antiguas costumbres y el "tantrismo" de la Serpiente de la Atlántida está vivo aquí en selvas y costas.

Toda una tarde y una noche camino desde Puri, a través de la jungla y del desierto, hasta las ruinas del templo de Konarak. Cuando, muer-to de cansancio, quiero tenderme sobre algún matorral, mi guía nativo me lo impide, advirtiéndome del peligro de las serpientes y de los tigres de Bengala. Voy semidesnudo y transpirando copiosamente. De tiempo en tiempo, los aldeanos de los villorrios por los que cruzamos parten a machetazos grandes cocos para darme de beber su deliciosa leche. Las lluvias del monzón han hecho intransitables los caminos de Puri a Konarak y sólo me será posible llegar hasta allí a pie. En la noche oscura, sin estrellas, oigo el sonar de los tambores y los cantos o lamentos de hombres ocultos en la sombra.

He llegado a Konarak arrastrándome y he subido así las piedras impregnadas de magia y sexo. El Carro del Sol, sus corceles de piedra, sus grandes ruedas, me reciben al amanecer, hablándome en secreto de una gloria antigua, de un sol perdido. Ese carro lleva un astro interno, es el carro de un sol que estuvo un día dentro del corazón del hombre. Las esculturas talladas en los ejes de las grandes ruedas de piedra, al igual que en Khajuraho, así lo prueban. Allí también se aman El y Ella, en el

amor mágico, "tántrico", sin amor, ahí también se fusionan los polos en un extremo de la cuerda, quedando separados en el otro. Pero la estatua del sol, de Surya, que antes ocupara el centro del carro gigantesco de Konarak, de esa Pagoda Negra, se ha perdido. No está más allí.

No soy capaz de regresar nuevamente a pie, marchando por selvas y arenas. Todo un día voy botado dentro de una pequeña carreta, mientras un carretero que canta y se queja dirige los cebúes a lo largo de una playa atormentada por la luz y el calor húmedo.

Me quedaré algunos días aquí, junto al mar. Nado desnudo en estas aguas tibias, soy de nuevo feliz, como en los mares y en los ríos de mi patria. En la India todo es sacramental. Los baños son ceremoniales, litúrgicos, sin alegría, sin salud primitiva. En Allahabad y en Benarés habría deseado a veces zambullirme de cabeza en el agua y braccar enérgicamente, cruzar de una ribera a la otra, sintiendo la alegría de la sangre joven y, venciendo la corriente, dominar las olas. Pero, ¿cómo, si el río viene de la cabeza de Shiva? ¡Ah, la liturgia ha matado la alegría de un pueblo, le ha succionado la sangre y la vida! Sin embargo, comprendo, con un estremecimiento, que hay otra sangre transmutada, otra energía misteriosa en esos cuerpos; una energía lenta, invencible, que les da una alegría distinta, no primitiva como la alegría que yo aún siento, sino elaborada, vieja, legendaria, como un veneno, mezclándose ya a la corriente del espíritu.

Unos grandes lanchones de madera, de quillas curvas, muy altos, navegan por aquí. Remos larguísimos los impulsan. Nado hasta uno de ellos y los pescadores me tienden un remo para ayudarme a subir. Voy con los pescadores mar adentro. Esta gente es de piel oscura. Uno de esos hombres tiene las piernas hinchadas monstruosamente, enfermo de elefantiasis. De los cuerpos de los habitantes de Orissa se desprende un olor peculiar, casi como el de los negros, pero mezclado con una pizca de sándalo, de betel, de resina húmeda y de agua de mar.

Desde lo alto de la quilla salto a las aguas del mar de Bengala. Nado en dirección de la playa. Voy llegando a las aguas bajas y veo cerca de mí un rostro que aparece y desaparece entre las olas. Me detengo y fíjoto un instante para contemplarlo mejor. El rostro se inmoviliza, ahora muy cerca. Son dos ojos enormes y alargados los que me miran. Ojos negros que despiden fosforescencias como las aguas. Un pelo tan negro

y lustroso como esa mirada descende de la cabeza y flota mecido por la resaca. El rostro que me observa con esa hipnótica fijeza es de una mujer nativa. Se halla nadando solitaria, balanceándose en el mar. La sombra oscura de un cuerpo desnudo se prolonga bajo el agua.

Cuando me alejo, el rostro aún sigue mirándome con sus pupilas fijas.

Es de noche. Me paseo descalzo, semidesnudo. Voy y vengo por mi rústica cabaña, junto al mar. He cerrado la puerta y las ventanas para protegerme de los mosquitos portadores de la malaria. Mi cuarto tiene un mosquitero, pero me desagrada dormir bajo él. En esos momentos siento un ruido junto a la puerta, algo así como un crujido, como si un animal estuviese allí rascando la madera. Me acerco y la abro de golpe. Frente a mí tengo una mujer desnuda. Reconozco en ella la misma cabeza de la medusa, los ojos hipnóticos que hoy me contemplaban sobre el mar.

Sin decir una palabra, siempre mirando fijamente, esa mujer ha penetrado al centro de mi cuarto. No sé si he cerrado la puerta o si ésta se ha cerrado sola. Estamos ahora aquí, siempre mirándonos a los ojos y respirando entrecortadamente. Logro verla bien. Es oscura, como la greda y el limo. En sus tobillos lleva pulseras de plata pesada, de cobre. También en sus muñecas y en sus orejas. Una argolla le atraviesa la nariz fina. Sobre los antebrazos hay tatuajes con extraños signos. Su boca no es gruesa, sus labios son perfectos. El pelo le cae sobre los hombros y está húmedo de un aceite pesado. Entreveo sus dientes blanquísimos, parejos y fuertes. Y en ese rostro oscuro, aquellos dos ojos terribles, inmensos, fijos, bajo unos párpados alargados, con pestañas como alas de pájaros. De ahí salen dos rayos suaves, que llenan todo el cuarto y me envuelven.

Muy lentamente, sin un ruido, esa mujer se me acerca. Me coge una mano y me la pone sobre su pecho desnudo, al lado del corazón. El pecho es duro, como de piedra y su pezón erecto casi hiere, como punta pequeña de lanza. La mujer palpita y despidе un vapor envuelto en perfumes embriagadores. Huele con ese olor agrio y negro de la raza del Diluvio, de la Atlántida, huele también a té, a suave alcohol, a betel, a hojas de la jungla y a animal del serrallo. Huele un poco a oveja, a búfalo y, sobre todo, a pantera.

Sin que yo haga nada, va a tenderse sobre el lecho, bajo el mosquitero, y su cuerpo oscuro se destaca doblemente. Veo sus pies perfectos

y sucios de barro, con sus plantas gruesas y sus dedos largos y finos. Las pulseras semejan las cadenas de una esclava. Se coge con las manos a la cabecera y empieza a respirar agitadamente, mientras sus ojos no dejan de clavármese y su vientre va tomando una cadencia rítmica, acelerada.

Inmóvil ahí comprendo que estoy en presencia de la hembra antigua, no primitiva, con otra sangre, cambiada, alterada por la historia, por la liturgia, por la aventura del alma de todo un pueblo lejano, de una raza espiritual, legendaria, que ha entrado en tratos con la Serpiente.

Pienso que lo que esta mujer quiere es iniciarme en las prácticas del amor embrujado, del amor fatal. Viene de abajo de la tierra, de sus mismos terrones, del fondo del mar, como un pez, oliendo a pez, como la raíz del arroz, también como una piedra preciosa e intocada, como un zafiro azul o una pluma de pavo real.

Me acerco desnudo, mientras las nubes hirvientes de su cuerpo envuelven el cuarto.

Y esa noche, yazgo allí con una estatua del Carro del Sol de Konarak, de los templos de Khajuraho y también con una bacante posesa de los jardines de Vrindaván.

EL SWAMI JANARDANA

Es ciertamente significativo que la Sociedad de "Suddha Dharma Mandalam" tenga tantos adeptos en Chile, más que en ninguna otra parte del mundo, incluyendo la India, donde es casi desconocida.

Esta organización esotérica se refiere, al igual que la Teosofía, a una jerarquía divina de Maestros o "Siddhas", que dirigiría los destinos de la humanidad, su evolución espiritual. La Jerarquía habría sido reconstituida por el Guru Supremo, Bhagavan Sri Narayana, doce mil años atrás, o sea, según el Pandit Janardana, solamente mil años antes de la gran guerra del Maharabarata. Esto, según él, se puede leer en la literatura "Suddha". También existirían referencias en los Upanishads al "Suddha Dharma", especialmente en el Adhytmopanishad. La constitución de la presente Jerarquía es de treinta y dos "Siddhas", presididos por el mismo Bhagavan, quien también es conocido como Kumara, Dakshinamurti, o Sri Yoga Devi. Estos altos seres, con otros que los seguirían en orden,

vigilan la evolución temporal y espiritual de la humanidad en la presente Era del "Kaliyuga", y su morada, o "Siddhashram", se encuentra en una región secreta de los Himalayas, conocida como Uttara-Badari, Adi-Badari, o Yoga-Badari. Pero fue solamente en 1915 cuando la reconstrucción de esta Jerarquía, conocida por el nombre de "Suddha Dharma Mandalam", fue revelada más ampliamente, a través de Sri Subrahmania Iyer, junto con los principios y prácticas de su muy antigua filosofía, tal como aparecería en algunos libros sánscritos, que se conservan en los archivos secretos himaláyicos, bajo custodia de la Jerarquía. El erudito Pandit K. T. Sreenivasacharya fue el editor de estos textos revelados. El actual Jefe de la Orden es el Pandit Janardana, de Madrás. Afirma que en cada época se hace necesario un "Avatar", o encarnación de la divinidad, en este caso, del mismo Bhagavan Sri Narayana, Jefe de la Gran Jerarquía; Vishnú en realidad. Si un "Avatar" no apareciera sobre la tierra para ayudar y guiar a los hombres, éstos sucumbirían, debido a su condición "asúrica", o demoníaca predominante. Un "Amsavatar" de la Divinidad era esperado para nuestra Epoca, y ya ha aparecido en Pushya Suddha Pournina, o en el año de "Kalayakti". Este "Amsavatar", o Mesías de nuestra Era, ha nacido ya y se llama Bhagavan Sri Mitra Deva. El divino evento se produjo el 16 de enero de 1919, un jueves de luna llena, en el mes de "Pusha" (Enero), en el vientre de la esposa de un "kshatriya" de Maharashtra, en el distrito de Bombay. El padre de la divina criatura falleció muy pronto y uno de los grandes de la Jerarquía del Mandalam tomó bajo su protección al niño y a la madre. Se ha establecido un Círculo en torno al Mesías, llamado Mitrabrinda, el cual le ayudará en su trabajo cuando actúe públicamente para cambiar el rumbo de la humanidad de nuestro tiempo y salvarla. Por el momento, el Mesías se encuentra en aquel "ashram" secreto de los Himalayas. El Mesías se presenta a los iniciados del Círculo y a los jefes del "Suddha Dharma Mandalam"; por cierto, a Sri Janardana y, tal vez, a algunos de sus discípulos de Chile.

Es muy posible que Bhagavan Mitra Deva sólo pueda aparecerse dentro del hombre, modificando allí su corazón. Pero Sri Janardana afirma su venida en cuerpo físico, para cambiar los destinos de la humanidad.

No deja de ser curioso que esta secta religiosa de la India, casi desconocida aquí, haya prendido con vigor en Chile. Hay algo en esa secreta ciudad himaláyica de la Jerarquía que despierta ecos conocidos en el

alma del pueblo que ha dado vida a la leyenda de la "Ciudad de los Césares". Por otra parte, su similitud con las construcciones de la Teosofía, familiares a nosotros, la hacen más accesible que la pura abstracción vedantina. La Teosofía también creyó descubrir, con Annie Besant, un Mesías en el joven Krishnamurti, una especie de Bhagavan Mitra Deva para nuestra Época. Yo mismo ando por aquí en busca de un "ashram" secreto en los Himalayas, donde se conserva la ciencia de los signos esquemáticos y donde vivirían los Maestros de mi Maestro. Todo esto pareciera estar señalando un sueño arquetípico y legendario en nuestra alma.

Pero los teósofos, como los discípulos del "Suddha Dharma Mandalam" en Chile, han teñido una idea oriental del color de su alma diferente, con ribetes de occidentalismo y cristianismo. Nada de esto tiene que ver con Oriente, con la India y su espíritu difuso, impersonal.

Debemos reconocer que el "Suddha Dharma Mandalam", tal como es expuesto por Sri Janardana, está asimismo envuelto en occidentalismo, como la Teosofía. Hay aquí un estilo, una mente distinta de la que es corriente encontrar entre los hindúes. Sin embargo, subsiste la misma vaguedad oriental en la exposición, la misma falta de un pensamiento discursivo, lógico, racional. Es que el indio piensa otra clase de pensamientos. Me atrevería a decir que no los piensa con la cabeza, sino con otro centro. El hindú, por esto, no expone, no discute, no explica, solamente predica. Casi todo hindú que habla es un brahmán, un sacerdote, aunque pertenezca a otra casta. No es nunca un filósofo, aunque lo pretenda, sino un predicador. Mucho menos es un lógico.

En Madrás se encuentra el cuartel general de la Teosofía, en Adyar, lleno de tradición y de historia para el Occidente. Aquí, en Madrás, también reside el "Swami" Janardana, Jefe del "Suddha Dharma Mandalam".

Busco la casa del "Swami" a través de callejas apartadas. Por fin la descubro. Atravieso un portal y me encuentro en un patio pequeño, cubierto de aguas sucias, en donde se halla una mujer gorda, en cuclillas, con las gruesas piernas descubiertas, lavando en esa agua unos tientos grandes de latón. Creo que debe ser la mujer de Janardana. Me indica una escala estrecha que lleva a una terraza, en donde está sentado el "Swami" junto a una mesa. Es este un hombre de mirada poderosa y de rostro agradable. Me saluda extendiéndome la mano a la manera occidental y me invita a sentarme frente a él. Viste de blanco al estilo del

sur de la India. Cuando se entera de que vengo de Chile, su rostro se ilumina. También no puedo dejar de observar con simpatía a este hombre. Tiene que existir algo poco común en este "Swami" de Madrás.

En efecto, me ha dicho lo siguiente:

—Quienes hablan de disolver el yo individual en Brahma no saben lo que dicen. El intelecto es nuestra arma aquí. Voy más lejos, me atrevo a decir que ser intelectual es ser espiritual, con la salvedad de que el elemento espiritual sólo puede ser captado por un intelecto purificado. Esta idea que usted tachará de "modernista", tiene su origen, sin embargo, en las enseñanzas del "Sanatana Dharma", doce mil años atrás. La yoga de que a menudo se habla en Occidente y de la que se asegura que pretende la disolución del ego individual en otro Ego superior, es la de Patanjali, que ha sido divulgada por el Swami Vivekananda. Pero la verdadera yoga es la "Suddha-Yoga", anterior a Patanjali. Esta asegura otra cosa, ésta tiende a lo contrario. El fin último de la filosofía hindú no es la disolución de la individualidad, tampoco la abolición de la mente racional. El fin consiste en conectarse a la Divinidad en el propio corazón y en divinizar la vida humana. La transferencia del centro de la personalidad de un punto a otro se realiza solamente por el ego y, desde que éste es un centro que se encuentra en todas partes y su circunferencia en ninguna, la cuestión para el ego es qué es ese centro y dónde se halla ubicado en la personalidad y qué o cuál es el círculo que lo encierra, cosas que él deberá entender antes de cambiarse a otro centro, el cual le es desconocido. Desde que esta transferencia es hipotética, tal como aquí aparece, yo no puedo aceptar la analogía que a veces se usa para ilustrar la evolución o el cambio de centro de la persona, refiriéndose a la metamorfosis de un gusano en mariposa. Porque ello no tiene por qué suceder de esta manera, pudiendo acontecer precisamente al revés. Yo creo en el *Espíritu Individualizado*.

El "Swami" Janardana me muestra unos discos de gramófono que le han llegado de Chile, enviados por sus discípulos. Son "mantrams". El "Swami" me los hace escuchar y me recalca que están muy bien. Luego me invita a pasar a su pequeño cuarto para la meditación. Allí se quemaban unas varillas de incienso.

Antes de partir, le pregunto:

—¿Dónde está el lugar secreto en que reside Bhagavan Mitra Deva?

—Cerca de Badrinath —me responde—, exactamente en el Badrinath Occidental.

Sonríe vagamente.

—Iré —le digo.

Al despedirse, Janardana no junta las manos en el “namashkar” de la India dravidia. Hace un gesto amplio de adiós.

EL CAMINO DEL SUPERHOMBRE

Pondichery queda cerca de Madrás.

Aquí se encuentra el “ashram” de Sri Aurobindo. La vida de Sri Aurobindo, su aventura del alma, es seria.

Hay un misterio sombrío en torno a sus últimos años y a su existencia en ese “ashram” de Pondichery.

Aurobindo Ghose fue en su juventud un luchador por la independencia de su patria. Oriundo de Calcuta, bengalí, como Ramakrishna, Rabindranath Tagore y Ananda Mai, escapó hacia el sur para salvarse de las prisiones británicas. Francia le dio asilo en Pondichery. Aquí Sri Aurobindo se dedicó de lleno a la vida espiritual, transformándose de revolucionario en asceta. Hasta él llegó esa mujer extraña a la que se conoce ahora como la Madre, una francesa de origen judío, casada con un francés a quien abandonó para seguir a Sri Aurobindo y construir, al amparo de su nombre, el “ashram” moderno y grandioso que hoy podemos ver en Pondichery. Desde entonces Sri Aurobindo desapareció del escenario físico. Se instaló en un segundo piso del “ashram” y sólo bajó de allí una vez al año para recibir a las masas de devotos y admiradores que venían a verle. Sentado en un sillón, como en un trono, las observaba pasar sin pronunciar palabra.

Sri Aurobindo escribió libros en un estilo muy bello.

Mientras Sri Aurobindo permanecía en su retiro, el “ashram” con su nombre se desarrollaba gracias al talento organizador de la Madre, a sus innegables facultades. Ella edificaba el culto de ese hombre, le sacaba el máximo partido, mientras él permanecía silencioso, oculto, tal vez prisionero. Leyendas que circulan afirman que Sri Aurobindo habría muerto mucho antes, siendo reemplazado por otro. El joven Aurobindo Ghose

era muy moreno, con el color de la Bengala. El viejo venerable, de barbas patriarcales, que sólo se mostraba una vez al año a sus fieles y que no hablaba, era casi blanco, transparente, voluminoso.

Esa sería una historia fantástica. La verdadera puede ser mucho más terrible y profunda. A mi entender es la historia de un Mito hecho carne en dos seres humanos: Sri Aurobindo y la Madre.

Ella ha sido la activa, porque activo es el principio femenino, ella es la que crea el "ashram", mundo terrestre, o templo. El se inmobiliza en un segundo piso, se silencia. Su acción es en otra esfera. Ella deberá ser Shakti, Maya y, sobre todo, Kali. El, no sabemos bien quién fue.

Y no lo sabemos porque la idea de este pensador fue la siguiente: el hombre como tal es sólo un eslabón en la cadena evolutiva, un escalón hacia el Superhombre.

Sri Aurobindo afirmaba que el paso al Superhombre no es involuntario, "natural", sino producto del hombre, en la libertad de su espíritu. A voluntad, el hombre deberá formar el nuevo vehículo físico necesario para la encarnación del Superhombre. ¿Y cómo?, nos preguntaremos. Sri Aurobindo contestaría: "Por medio de la Yoga, del trato con la Serpiente".

Y para ello, para crear el nuevo vehículo del Superhombre, Sri Aurobindo se retira definitivamente a una celda del segundo piso del "ashram", donde ya nadie le volverá a ver, ni sabrá lo que allí sucede, lo que allí *le* sucede. De oscura que era su piel, se aclara. Sin embargo, su mente parece anquilosarse; al revés de lo que se espera, se produce quizás un descenso en el nivel intelectual. Bien puede que al final no sea sino el Cero arquetípico, el Anciano de los Días, el Paralítico Eterno, el Vacío de Hielo. Ya nada tiene que ver él con lo que la Madre organiza en el piso bajo, con su actividad en el "ashram", en la creación. La Madre hace con él a su antojo, le mueve, le usa, le agita. Pero tampoco le mueve, ni le usa, ni le agita, pues él está más allá, mucho más allá. Ya no es nada, ni siquiera es él mismo.

¿Será de este modo, o será que Sri Aurobindo extremó su experiencia y caminó demasiado solo, sin guías, por ese sendero angosto como el filo de una navaja? En todo caso, su aventura es inquietante y muy poco común. He aquí que hubo un hombre que se entregó de lleno, total-

mente, a crear el nuevo cuerpo para el advenimiento del Superhombre, de ese Angel terrible. Y lo hizo por medio de la Yoga, de la ciencia de la Serpiente, que tal vez él conocía mejor por proceder de las tierras de Bengala, cercanas a las cumbres de los Nagas. Pero tal vez él la desconocía...

Se dice también que la Madre le robó los poderes, valiéndose de la magia negra, en la que es experta; que se apropió de las fuerzas vitales de ese hombre y se las incorporó, dejándole convertido en una horma vacía.

Nada sabemos.

En el "ashram" se mezclan la ciencia del Yoga con la técnica y el deporte occidentales. He visto desfilar jóvenes de uno y otro sexo, con uniformes, en pantalones cortos, en los estadios y junto a las playas de Pondichery, cantando canciones de la Vida Divina y practicando los "asanas", combinados con la lucha libre y los deportes. Es este un ideal para la humanidad futura, un estilo de vida para una sociedad de superhombres.

En la mañana, con la salida del sol, los jóvenes, los hombres y las mujeres del "ashram", se juntan en un patio amplio y esperan allí hasta que en lo alto del edificio se abre una ventana y una figura viejísima, envuelta en tules, aparece. Es la Madre. Ella les mira, les recorre lentamente con los ojos y luego vuelve a entrar. Eso es todo. No se pronuncia una palabra. Es la *mirada* de la Madre, simultánea con la salida del sol.

Después, poco antes del mediodía, discípulos, fieles y visitantes entran al "ashram". Van en largas filas hasta llegar a un recinto central donde hay un trono vacío y muchachas inmóviles a cada lado, sosteniendo unas bandejas con flores. Entra la Madre ayudada por sus discípulas. Es la imagen de los años, de la historia, de los siglos. Tiene perfil aguileño, la cubre una cofia de seda blanca, ceñida a la frente por una argolla. Lleva pantalones **bombachos**. Es la imagen del Eterno Retorno dentro de la Gran Rueda de la Vida. En ese rostro se guarda el mineral, el vegetal, el animal y lo humano, todo mezclado y asomándose por las aberturas de la momia.

Se ha sentado en el trono y comienza a repartir las flores. Una a una las coge de las bandejas que sostienen las muchachas y las entrega a los que vienen en las filas y van deteniéndose frente a ella. Los peregrinos reciben las flores en silencio. Ella no dice nada.

En un jardín del "ashram" se encuentra la tumba de Sri Aurobindo. Como yogi, él no fue incinerado. Su cuerpo, se dice, fue depositado dentro de la tumba. Los visitantes y los discípulos meditan a su sombra.

EL RAMANA MAHARISHI

En el gran templo de Madura, asisto a la ceremonia de acostar a los dioses, mientras los brahmanes soplan unas enormes trompas, reparten dulces, leche y recitan "mantrams". En esa atmósfera cargada de humo de sándalo, entre pilares de piedra y tallas antiguas, veo cambiar de ropa a Meenakshi y a Shiva, su esposo. El gran templo es dedicado a Meenakshi o Parvati. Ahora los desnudan y los visten con ropas de dormir. Los ídolos son abanicados, bañados, alimentados, antes de acostarse en su santuario nocturno. Allí dentro, se fusionarán sin fusionarse, iniciando los juegos nocturnos, los secretos de la divina alcoba.

Cerca de aquí se encuentra Tiruvanamalai y Arunachala, la colina a cuyo pie vivió y murió el Ramana Maharishi, uno de los grandes yogis—preferiría decir santo— de la India actual.

Visito su "ashram" y su tumba, pues tampoco el Ramana Maharishi ha sido incinerado. Hay una gran paz en este "ashram". En la sala central, sobre el sofá que usaba para tenderse, se ha instalado ahora una fotografía suya, coloreada, de cuerpo entero y en tamaño natural, de modo que parece estar presente.

El Ramana Maharishi vivió en estado de permanente unión con el Ser, con el Sí Mismo. Por ello vivió y murió en público. Cuando un yoguñ alcanza este estado, ya no practica más ninguna concentración mental ni meditación, sólo se deja llevar, flotando en la Gracia, poseedor de un estado carismático. Es el caso del Ramana Maharishi, de Ananda Mai y otros. Pero no debe haber sido el de Sri Aurobindo. Aquella es la idea vedantina de la fusión del Atman con el Brahmán: el "Jivanmukti", la liberación en vida. El Ramana Maharishi decía a quienes se lamentaban ante su muerte inevitable: "¿Por qué os lamentáis? Yo no me voy, estoy aquí, estaré siempre aquí: estoy en vosotros mismos". El era ya el Atman, el Ser Colectivo. El Ideal de la Vedanta, la no división, el Uno.

Me detengo allí y me impregno de esa paz. Un "Swami" me lleva

después a visitar el recinto. Veo la escuela de los jóvenes brahmanes. Muchachitos desnudos de la cintura para arriba, de cabezas rapadas y coletas colgándoles sobre la nuca. Entonan los miles de versos védicos, los "mantrams" sánscritos, envolviéndose en su cadencia, en ritmos hipnóticos, al igual que lo hicieran generaciones y generaciones de antepasados.

Luego me muestran las reliquias del Maharishi. En mis manos he tenido su bastón, pensando en que allí se posó la del santo. Luego, con gran sorpresa, se me ha introducido en un cuarto pequeño en donde se me enseña reverentemente un tiesto oscuro, cuadrado. Es el excusado del Ramana Maharishi, el que usara en sus últimos días. Sobre su tapa se mantiene encendida una varilla de sándalo.

Mi primera impresión de extrañeza y desagrado se transformará pronto en emoción, al contemplar esos rostros piadosos, que miran al excusado del santo, del Maestro, del gran yogi y filósofo vedantino, con veneración y profunda muestra de ternura.

Comprendo. Para la India no hay divisiones, todo está dentro de la Naturaleza, dentro del cosmos. Las funciones naturales del hombre son tan santas y dignas de respeto como el pensamiento, como la expresión intelectual. Desde un punto de vista universal, que es siempre el del hindú, no hay diferencia. Todo es digno de respeto. Lo que importa es el resultado, el producto último de una vida, su sentido. No se divide al hombre, no se le corta de la naturaleza. El hombre vive aquí en contacto con los animales, con los árboles, los ríos, los truenos, los relámpagos. El hindú se sobrecoge de emoción ante los espectáculos naturales. Para él es tan misterioso y digno de admiración la caída de las aguas de una cascada como el cumplimiento de las funciones naturales del cuerpo o el pensar. Los dioses del hinduismo son materializaciones, imágenes de fuerzas naturales sublimadas, elaboradas por el alma colectiva. Sus templos crecen como lianas, como árboles monstruosos de la jungla tropical y se cubren de figuras, de dioses, de ídolos, como de hormigas blancas o de arañas gigantes. También, de joyas y planetas. El hindú está conectado aún al cosmos caliente por medio de su mitología, del Inconsciente Colectivo, vivido e interpretado a cada hora del día en la liturgia de sus ritos. Por eso el hindú no necesita de mayores diversiones ni de excitantes para no aburrirse. Quien está inmerso en el Inconsciente Colectivo, en el Cosmos, no puede aburrirse. Las creaturas irracionales no se aburren, tampoco se abu-

rren las flores ni las montañas, ni se aburre el mar, ni las estrellas. Sólo el pobre hombre desconectado, dividido, separado del cosmos y de la naturaleza, ha venido a conocer el aburrimiento.

La fuerza invencible del hindú nace de que él está aún conectado a la naturaleza entera, de que no la rechaza, de que va por su línea total. Debido a eso el hindú es invencible. Puede ser invadido, pero a la larga es él quien invade, quien triunfa, como la selva, como el mar.

Pienso que nadie como el hindú está preparado para sobrevivir a una catástrofe. La ciudad, la civilización urbana, le son aún ajenas, su civilización es de selvas y montañas. La casa le es algo extraño, sobrepuesto; sólo fue un techo que le protegía de las lluvias del monzón. Por dentro estaba vacía. Aún hoy, el hindú no sabe decorar el interior de una casa. No entiende la casa. Una catástrofe que destruya a las ciudades y obligue al hombre a volver a la selva, encontrará al hindú completamente preparado. La suya, es una gran civilización de la naturaleza.

LOS ROSTROS SIN FONDO

También los rostros en la India "crecen" solos, como la selva. En ninguna parte como aquí pueden verse rostros tan antiguos, tan pertenecientes a los siglos, a la historia. Ojos que ya han desaparecido de la tierra, negríssimos, como carbones encendidos, con pestañas copiosas. Cejas diabólicas, o de dioses. Narices de persas, de acadios, de gente del pasado.

Si alguno de estos rostros apareciese en un hombre del Occidente, forzosamente ese hombre debería ser extraordinario. Y ello porque en el Occidente el rostro es un producto de su poseedor, de su dueño. El rostro ahí no crece solo. Esas cejas arqueadas, espesas, retintas, serían las de un individuo de poderes satánicos. Aquellas barbas y esa mirada, las de un santo que ha conocido todos los abismos, todos los tormentos, antes de merecer la Gracia. Pero en la India no es así. Porque aquí no existe tan marcada la persona. El rostro "crece" solo, por eso mismo su profusión, su riqueza, como la de las lianas y enormes mariposas de la selva, como los pájaros bellísimos, de colores y formas nunca vistos, como las rayas en la piel soberbia de un tigre de Bengala.

Vano intento si queremos encontrar una equivalencia interna, personal, individual, detrás de esos rostros. No la hay. La naturaleza no es persona. Detrás de ella hay una mente colectiva.

En todo esto tal vez pueda encontrarse una explicación para esa falta de maneras del indio, falta de formas individualizadas, de sentido del espacio exterior, de la perspectiva. El indio carece del sentido de la belleza apolínea. Su sentido de la belleza es el del bosque, del río, del árbol. Su sentido, en una palabra, es abismal. El indio se desentiende de las formas, no las entiende. Le fascina, en cambio, una cascada. Todo lo individual, el cuerpo mismo, será muy pronto consumido por el fuego.

Nada de lo que aquí veo me emociona en un sentido estético. Estoy también un poco exacerbado con la profusión, con el número y la cantidad. Por otra parte, todo aquí es arquetípico; un "Swami" es igual a otro "Swami", un hombre santo igual a otro hombre santo.

EL SWAMI KRISHNA MENON

El que viene es Krishna Menon, en Trivandum, en la costa del Malabar, donde llegaron los portugueses y los primeros cristianos, hace dos mil años.

Este "Swami" tiene algunos seguidores en Argentina, así como Jannardana los tiene en Chile. Sólo que Krishna Menon es un vedantista.

Estoy junto a Krishna Menon, en el segundo piso de su comfortable "ashram". Le pregunto.

—¿Cree usted que hay algo después de la muerte? ¿Siguen existiendo los muertos, en alguna forma? ¿Podemos encontrarnos con ellos?

Vacila un momento. Luego responde:

—La Vedanta nos dice que la vida es ilusión, que también lo es el yo. ¿Cómo podría existir la muerte si no existe la vida?

Luego sigue:

—Para alcanzar la salvación, que es la paz del conocimiento, se hace necesario el contacto con los sabios.

El mismo Krishna Menon estuvo sólo una vez en contacto con su Maestro, oriundo de Calcuta. Y esto le bastó.

Le narro mis experiencias en el mundo interno, mis "vibraciones" antiguas y los "desprendimientos". Me dice que "todo se debe a que yo he practicado el yoga en mi encarnación anterior".

Es curiosa esta fe en la reencarnación de los filósofos y santos vedantistas, por otra parte monistas absolutos. Para ellos todo es ilusión, pero la reencarnación y el "karma" individual persisten dentro de la Ilusión. Yo, por ejemplo, sufro las consecuencias de mis prácticas del yoga en mi vida anterior. Sólo el "despierto", el "jivanmukti", supera la ilusión.

Pero el "Swami" Krishna Menon también paga un "karma", pues está sufriendo dolores en una pierna y deberá recurrir a la medicina "ayurvédica" tradicional, con masajes, aceites y compresas de hierbas. Se retirará por un mes de la vida pública para seguir un tratamiento.

De esto hace ya muchos años; porque Krishna Menon también ha muerto.

EL CABO COMORIN

Voy descendiendo hacia el extremo peninsular, donde se acaba la India.

La costa del Malabar es muy bella, color verde profundo en esta época del monzón, con vegetación semejante a la de Ceilán, con palmeras y cocoteros y cruzada por fiordos y brazos de mar. Su gente, sus calles, ciudades y aldeas, son limpias, como casi todas las del sur en la India dravidia. Fue aquí donde venían los barcos del Rey Salomón, aquí se hallaba la legendaria Ofir, aquí arribó el Apóstol Tomás y los judíos después de la Dispersión. Aquí llegaron también los portugueses y acuñaron la palabra "casta" para ilustrar la división que el hindú hacía de la sociedad. "Casta", en verdad, es término occidental usado para referirse al ganado no mezclado. Algún palurdo marinero portugués del siglo XVI lo aplicaría a este pueblo, legándolo de este modo a la historia. La división que él llamara "casta", para los indo-arios era "varna", que significa color.

Desviándome un poco llego a la cascada de Courtallam, en donde los hindúes se bañan. En éxtasis ante el poder de la naturaleza, hombres, mujeres y niños van a ponerse debajo de esas aguas que caen desde mu-

cha altura; como mariposas fascinadas por la luz, pienso. También voy y siento que mi cuerpo se estremece bajo el golpe de la masa líquida.

Al atardecer de ese mismo día llego al cabo Comorín y puedo contemplar el fin de la India. Es ese el gran estrecho que cruzara Rama, con el mono Hanuman, para rescatar a su esposa, Sita, prisionera de Ravana, en la ciudad de Lanka, en Ceilán. Desde aquí habrán pasado entonces los arios hasta la isla de Ceilán, para conquistarla, ayudados por algún jefe dravidio del sur, que sería el mago, el sabio Hanuman, semejante a mono, pero también a un dios.

Tres viejos mares se juntan aquí, el Indico, el de Arabia y el de Bengala. Me siento sobre las rocas a contemplar el estrecho, mientras el sol se pone.

Con la cabeza apoyada en las manos pienso en cuántas cosas se están hundiendo en el mundo, como este sol rojo. Las mismas escenas que yo he visto, dentro de poco no serán sino imágenes de un sueño lejano, cuando las nuevas realizaciones pongan en duda los poderes sobrenaturales de Hanuman, que pudo volar sobre este estrecho siglos ha. La Era del átomo, de los viajes interplanetarios, hará también aparecer mis aventuras en las cimas himaláyicas como pasadas de moda, como los relatos de viajeros del siglo diecinueve, reproducidos en el siglo veinte.

Sin embargo, y aún a riesgo de parecer un soñador, comprendo que tengo el deber de contar estas cosas, de traspasar un legado a las generaciones más lejanas en el tiempo. El esfuerzo deberá ser hecho para aquellos que alguna vez volverán a buscar las secretas huellas, que desde los Andes conducen a los Himalayas; aunque posiblemente no encontrarán ya mucho de lo aquí descrito. Pero no importa, porque el verdadero sentido de la aventura y del viaje es interior.

En verdad, viajamos por dentro de un gran cuerpo, como se ha dicho, aunque estemos yendo a otros planetas.

EL RIO

Desde las cumbres de los Himalayas, he descendido hasta el Cabo Comorín. Y he descubierto que en ambos extremos hay templos. Arriba, en Amarnath, está el Santuario del Shiva de Hielo, aquí, abajo, en el

Cabo Comorín, se encuentra el templo de "Kanya Kumari", la Princesa Virgen.

En ambos extremos hay templos. También los hay dentro del cuerpo; porque en el cuerpo del hombre todo deberá ser sagrado, toda puerta, toda ventana. En cada rincón del cuerpo hay un dios, al cual se debe erigir un templo; nada debe ser negado, ni arriba ni abajo. Los extremos deberán ser unidos, hay que vivirlo todo, rendirse a todos los cultos, ser el sacerdote de su propio rito, de su propia religión, de su propia existencia, viviéndola con el sentido de la liturgia y del culto, siendo un brahmán en sus propios templos.

Y todo esto porque el Universo tiene la forma del cuerpo de un hombre y porque lo que es arriba es abajo, lo que es en "Anda" (Cosmos) es en "Pinda" (Hombre). Y porque nuestro viaje, cualquier viaje que sea, es sólo por dentro de un Gran Cuerpo.

He visto amanecer en el Cabo Comorín. Junto a mí se quejan los intocables. Una mujer, semidesnuda, palpa sus llagas. El sol se levanta sobre el templo de "Kanya Kumari", la Princesa Virgen.

Me baño con los peregrinos venidos desde los más lejanos sitios. Las aguas de los tres ancianos mares me reciben como a un río.

KRISHNAMURTI

Krishnamurti fue el Mesías que Annie Besant, fundadora de la Escuela Teosófica de Adyar, descubriera para nuestro tiempo. El Bhagavan Mitra Deva de la Teosofía.

Terrible destino el de este hombre que fuera elegido para Mesías salvador del mundo. El no ha podido aún librarse de esa violencia hecha sobre su infancia, por maestros como Leadbeater. Su reacción contra guías y maestros, contra toda clase de imposiciones, puede tener origen en ese trauma de su niñez. Pero Krishnamurti ha sido un ser de un valor extraordinario, al resistir la tentación suprema del poder y la riqueza, renunciando a todo aquello que se le brindaba con su papel de Mesías y con

la adoración de esas masas trashumantes de psicópatas, que deambulan por el mundo, ávidas de entregarse al primer guía semidivino que se les presente.

Krishnamurti renunció a todo. Disolvió en Holanda la Orden de la Estrella, declaró públicamente que no era un Mesías y se convirtió en el enemigo de todo guía o maestro, de toda escuela y tradición, de toda filosofía, dogma, religión y sociedad. Desde entonces va por el mundo demoliendo, destruyendo como Shiva, en una gran danza, para dejar paso a una nueva creación, a un vacío creador. En verdad, Krishnamurti, al renunciar a ser un Mesías, pudo transformarse en el verdadero Mesías de nuestro tiempo. Pudo.

Recuerdo mi primer encuentro con él. Fue en ocasión de este viaje a la India. Volaba yo de Francia a Inglaterra. Leía un libro de Krishnamurti, precisamente, tratando de encontrar paz para mi mente llena de memorias de lo que dejaba atrás. Después, marché por una calle solitaria de Londres. Un hombre venía en sentido contrario, por la misma acera. Traía la cabeza descubierta. Nunca había visto a Krishnamurti antes; pero le reconocí en el acto; supe que era él. Ambos nos detuvimos, extendiéndonos la mano al mismo tiempo.

Cuando después de muchos años le he vuelto a encontrar en la India, recordó perfectamente aquel encuentro. Entonces, en Londres, me impresionó ese rostro que expresaba el sufrimiento de un hombre que no ha hallado la paz, que tal vez no la busque.

Dicen que cuando Krishnamurti escribió su librito "A los pies del Maestro", cuando creía en el Maestro y se entregaba al amor de Maitreya, su rostro tenía un halo sublime. Su naturaleza estaba hecha para el amor, para la entrega, para la obediencia; pero se cortó de esos cauces, tal vez de sus más hondos cauces, para seguir un camino intelectual, duro, inclemente. En términos hindúes, se diría que siendo esencialmente un "bhakti" yoga ha tratado de transformarse en un "gnana" yoga. Ha violentado su naturaleza. Todo ello a causa del trauma de su infancia. Pero tal vez la cosa no sea tan simple.

Miremos a Krishnamurti, a ese hombre sentado sobre una tarima, frente a un vasto público, vestido de hindú ahora, con un "kadhi" de blancura inmaculada. Su pelo es entrecano, hay surcos hondos en su rostro. Y habla, dice cosas enormes, pensamientos que surgen como hechos, que

estuvieron siempre en algún lado. Sus párpados se cierran, como un desolado anochecer. He aquí lo que dice.

“No hay Maestro, no hay libros sacros, no hay tradición. Nadie puede enseñar a nadie. Nadie debe escuchar a nadie, nadie debe seguir a nadie...”

Estoy citando de memoria, frases dispersas, que se me han quedado grabadas durante charlas que le escuchara en la capital de la India, en Nueva Delhi:

“El Inconsciente y la Conciencia son el mundo de los símbolos. Hay que entenderlos para poder pasar más allá. La mente debe pasar más allá; cuando lo consigue, está en completo silencio. Mas, es este un estado que no se puede desarrollar, pues es instantáneo y se produce pasando de un momento a otro momento, sin vínculo, sin transición ni solución de continuidad. Del mismo modo, el amor no se puede desarrollar o cultivar, tampoco la humildad...”

“El pensamiento crea al pensador. Sin pensamiento no hay pensador. Y el pensamiento es memoria, recuerdo del pasado. Hay que liberarse de los pensamientos, de las palabras, que son símbolos, para que no haya pensador...”

“La mente no puede funcionar sin el cerebro; pero la mente crea el cerebro...”

“Querer eternizar el alma, el amor, nuestras vidas, es como aquel que edifica su refugio junto al río, en un pequeño espacio, y no salta a esa corriente de vida, que no tiene principio ni fin. La vida no tiene principio ni fin, tampoco la mente libre. Sólo liberando a la mente de los pensamientos, de los recuerdos, de las ideas aprendidas y transmitidas, se puede alcanzar aquel estado sin principio ni fin y comprender y vivir lo eterno...”

“Mirar, contemplar, sí; pero no practicar la concentración de la mente, que es limitación. Repetir “mantrams”, practicar yoga, fórmulas, disciplinas de cualquier clase, es poner a dormir a la mente. En ese caso es mejor tomar un soporífero, su efecto es menos costoso y más rápido... ¿Pero quién *mira* hoy, quién sabe contemplar? Sí; se *mira*, pero no se *ve*. ¿Quién ha *visto* un cielo del monzón? ¿Un árbol enorme, creciendo hacia el cielo? ¿Quién ha *visto* el rostro de un niño en la cara de un hombre?”...

Krishnamurti habla ahora como iluminado. Sus palabras son poesía creadora. Sigue:

“Y *escuchar*... ¿Quién *escucha* a su hijo, a su esposa, a su amigo? *Escuchar* es también un arte; *escuchar* la postura del propio cuerpo, la actitud, los gestos, los ruidos, la música que hace la propia vida y que circula a nuestro alrededor...”

“La respetabilidad es el signo de la mediocridad. Amar, matar, es ponerse entero en un acto, es ser eterno en el eterno presente, es vivir el presente. El miedo nace por no ser total, por estar un poco en el pasado y otro poco en el futuro, por dividirse, por recordar, por vivir en la memoria, por no vivir el presente. El miedo a la muerte no nace de la muerte, ni de la vida, nace de esa zona intermedia que no es vida ni es muerte. Nace de la memoria. Se teme a la muerte porque se recuerda haber visto morir a alguien, porque se piensa que habrá que morir. Pero el que vive en el presente no puede temer a la muerte, pues se ha puesto *totalmente* en el acto de vivir. El que muere tampoco le teme a la muerte, pues en el acto de morir está entero, tal vez si por primera vez en toda la vida. El que muere, como el que ama, responde totalmente a un requerimiento, se entrega totalmente, se muere totalmente, responde a la muerte con toda su vida. Morir así es un acto de amor. En la muerte es cuando más *se es*. La muerte es bella, es poética; porque es lo absolutamente distinto de la vida, lo desconocido, lo inesperado, lo lleno de posibilidades, lo que no tiene parecido con nada de lo que se conoce en la vida, lo diferente de la vida. Por esto sólo debería ser amada. Es lo atemporal, el final del tiempo. Aquel que desea hacer perdurar su yo, el “yo fui”, “yo soy”, “yo seré”, ése, tendrá una muerte triste. Pero aquel que piensa sin memoria, aquel que *mira* y que *ve* en el presente, ése, puede residir en lo atemporal, en lo que no tiene principio ni fin. La vida no tiene principio ni fin, la muerte no los tiene...”

Pienso que también algún día yo deberé llegar a amar a la muerte, a deseársela como a una bella mujer, a amarla como a una mujer muerta. No deseo morir sino cuando mi muerte tenga el Rostro de la Amada.

Krishnamurti sigue:

“Todos los problemas fundamentales de la vida no tienen nunca respuesta, no tienen solución. La respuesta, la solución de un problema se halla en el reconocimiento de que no las tiene, se encuentra en la confron-

tación misma del problema, en la aceptación de que no hay respuesta ni solución. Así pasa con la vida, así pasa con la muerte ...”

De regreso del sur de la India me encuentro en Delhi con Krishnamurti. Le oigo en sus charlas, en su puro acto de creación, en su prédica. También en esas discusiones en que pierde el control, grita y se exaspera. Luego estoy solo con él en la casa donde se aloja.

Nos encontramos en un pequeño cuarto con ventanas que dan al jardín. Le pregunto:

—¿Se puede matar, se puede cometer un crimen, en un acto puro como el de amar?

—Sí, se puede —responde—, pero siempre que ello no deje huellas en la mente, siempre que la mente permanezca intocada. El amor tampoco debería dejar huellas, una vez que se ha vivido, que se ha “cometido”, como un crimen.

—¿Lee usted?

—No, nunca.

—¿Sueña?

—Sólo cuando he comido algo pesado. No sueño, porque *miro* el mundo. Si uno mira con su consciente y su inconsciente, entonces no deja nada para el sueño, nada para la noche. Sencillamente reposa.

Pregunté a Krishnamurti:

—¿*Qué es mirar?* ¿Cómo se *mira*?

—Así —dice.

Y mira intensamente una flor en una maceta, allí sobre la mesa.

Siento que queda algo vacío en él, que un vacío se hace en torno a él y en torno a la flor, algo se sustrae y se junta en otro lugar que no es allí. Tal vez en el Presente.

Ahora Krishnamurti está mirando mis manos. Me quedaré sin ellas, pienso, sin mis manos invisibles.

Sonríe.

Le digo:

—Usted afirma que no se debe seguir a Maestros, que no se debe predicar, enseñar, ni aprender. ¿Por qué predica entonces, por qué habla?

Se sorprende un poco. Y responde:

—Doy mi pensamiento como la flor da perfume. La flor no puede dejar de dar perfume...

—Dígame, ¿y se cansa?

—Sí, un poco...

Pienso para mí: “¿Se cansará la flor cuando da perfume?”

Hemos salido ahora del jardín. Sirven el té. Krishnamurti toma un poco de agua con miel y limón. Un gato viene y pasa bajo la mesa. Krishnamurti lo llama, pero el gato sigue su camino.

Siento gran simpatía por este hombre, contemplo sus rasgos, que expresan todo el drama de la vida de un ser superior y valiente. Krishnamurti es una de las personas cumbres de nuestra época. Aunque él no lo declare, su pensamiento es indio, sin embargo, con raíces en la filosofía Vedanta y grandes similitudes con el budismo Zen. Adolece también de la debilidad expositora de todo el Oriente. Su pensamiento escrito aparece feble, balbuceante. Krishnamurti es también un brahmán predicador, que da lecciones al mundo, que se contradice haciendo lo opuesto de lo que enseña, es decir, predicar, enseñar. No creo que él vea esta contradicción. El indio nunca la ve. Y no le importa. Su pensamiento no es racional, viene de otras zonas.

Pero Krishnamurti no está físicamente bien desde hace algún tiempo. Y ello, quizá, porque en la vida ha llegado a encontrarse frente a una muralla, a un tope. Así como una vez para él fue necesario renunciar a ser Mesías, pareciera serle necesario ahora una nueva renunciación, para poder seguir avanzando, tal vez para seguir viviendo. El predica el abandono total de lo formal, acepta el amor y el crimen, pero él mismo sigue siendo un hindú del sur, naturista, que toma agua con miel, que vive como un asceta, dentro de las formas establecidas para un “gurú” y un predicador. No sé si él habrá amado nunca de verdad; estoy seguro sí de que no ha cometido un crimen.

Ahora bien, para poder avanzar, para seguir, él debería renunciar a sus discursos, debería amar o matar, dejar de ser un poco el Mesías que todavía es, ser totalmente un hombre, descendiendo al hombre, llegando con las raíces al Infierno. Necesitaría renunciar por segunda vez.

¿ES ESTO HISTERIA?

Estoy en la Vieja Dehli. Frente a mí tengo a un amigo de Chile, un médico que viene de Rusia y que está de paso por India. Mientras la

noche cae y los árboles se mueven afuera, nosotros conversamos. Mi amigo se pasea por el cuarto.

—Debemos conservar la mente clara —dice—. Los sudamericanos no pertenecemos a este mundo, ni tampoco a la civilización cristiana occidental. Estamos en el medio. No somos ni lo uno ni lo otro. Pertenecemos al futuro. Por eso podemos también ver más claro. Tenemos que comprender que la civilización cristiana occidental perece en definitiva. La civilización se acaba. Síntomas claros son esa sugestión del Oriente, la búsqueda de lo exótico, del orientalismo, que se encuentra siempre en la decadencia de las culturas, junto con esa admiración por lo primitivo, por la naturaleza. Civilización es siempre algo artificial, contra natura. Aquí, en Asia, yo sólo veo primitivismo... O, si los prefieres, antigüedad. Es cierto, nosotros no estamos ni en esto ni en aquello y, por haber pretendido durante tanto tiempo estar en lo otro, en lo europeo, bien nos conviene estar ahora un poco más en esto, para contrabalancear el alma...

Se detiene un momento. Y continúa:

—Sí, civilización es triunfo sobre la naturaleza, debe serlo. Es gesto, es rito. Es algo así “como un amor sin amado, o un como dolor en brazos que no tenemos...” Seguramente, después de tanto tiempo viviendo aquí, tú no puedas pensar de este modo... Pero no es de esto de lo que te quiero hablar, deseo hablarte de mi especialidad, de la Psiquiatría y de lo visto en Rusia... Allá siguen con la teoría de Pavlov y el asunto de los reflejos condicionados. No se cree en la existencia de eso que los psicoanalistas han llamado Inconsciente, ni en los complejos psíquicos. Los trastornos mentales se atribuyen principalmente al ambiente en que el hombre se desenvuelve. Si un obrero desarrolla síntomas de histeria o cansancio mental, se investiga entre sus compañeros para descubrir las causas y, como solución extrema, se le cambia de fábrica. El tratamiento es a base de drogas, principalmente.

Se inmoviliza junto a mí con las manos en los bolsillos:

—Todo esto es insuficiente, por supuesto. En especial cuando no se pueden evitar conclusiones filosóficas. La debilidad esencial queda entonces al descubierto; todo un andamiaje viejo, retrógrado ya... No quiere esto decir que yo sea un espiritualista y que esté afirmando o creyendo, por ejemplo, que alguno de los sentidos físicos perduran después de la muerte. He asistido en Bombay a esa Escuela moderna de Yoga en

donde se miden las pulsaciones de un hombre en trance, o se le hace el electrocardiograma y el encefalograma mientras se halla en "samadhi". La impresión que traigo es de una gran pobreza en los medios, en las hipótesis y en los resultados... Nada de eso prueba una existencia después de la muerte... ¿Has pensado bien en esos casos, que aquí en India se dan, de niños que recuerdan vidas anteriores? Se cuenta que una criatura de cuatro años recuerda el lugar exacto donde estuvo casada en una encarnación anterior, refiriendo pormenores de su hogar y particularidades acerca de su esposo. Dicen que esto se ha podido comprobar mediante el testimonio de este último, aún vivo y de avanzada edad. No creo que esto pruebe nada de lo que se busca porque, ¿te has fijado?, estos fenómenos de recuerdos de la metempsicosis se dan mayormente en la India. Es decir, en un país que cree en la reencarnación. Puede ser un fenómeno de sugestión colectiva, o de presión de la creencia "que flota en el aire", sobre el espíritu ultrasensible de un niño, sobre una mente más débil y receptiva... También sucede así con los inventos, que son producto de la mente colectiva, de una dirección del pensamiento y que el inventor o el genio "capta". Todo esto pareciera ser el resultado de una atmósfera psíquica, de una situación anímica determinada, de un "clima del alma".

—Tal vez tengas razón —digo—. Como tú, pienso que nada de esto agrega ni quita al misterio de la muerte, que puede consistir en "mirar el cuerpo desde fuera". Estamos encerrados dentro de un gran cuerpo, sin escapatoria posible, como en esa Rueda de la Vida. (Le señalo sobre el muro del cuarto una Rueda de la Vida tibetana, ubicada dentro del vientre de un gran demonio). Morir sería ir a la otra cara del círculo. Puede que también sea despertar.

—No sé —dice él—; pero me preocupa la ciencia yoga. Esos hombres antiguos sabían algo que pareciera haberse perdido. ¿Cómo conocieron la ubicación exacta de los plexos hace ya miles de años? Tendríamos derecho a creer que no se equivocaron tampoco en el resto; el "tercer ojo", por ejemplo, y ese "vacío", en algún punto del cerebro...

Deseo consultar ahora a mi amigo sobre mis propias experiencias íntimas, sobre las "vibraciones" y los "desprendimientos". Trato de explicarme lo más claramente posible.

El me escucha con atención. Cuando de nuevo se ha hecho el silencio, se sienta frente a mí, me mira fijamente y me dice:

—Tú sabes, esos son fenómenos de la histeria. Claro que histeria es sólo una palabra... ¿Has tenido en el pasado alguna enfermedad grave, un accidente, o algo semejante?

Pienso, hago recuerdo. Y descubro que sí.

EL HERMANO DEL SILENCIO

Es de noche. La puerta de mi cuarto se abre suavemente. Por los ventanales asoma la luz de la luna. Afuera se columpian las ramas de los árboles. Una sombra ha entrado sin hacer ruido y se instala en un rincón. Es un extraño monje, que trae un perro pequeño. Viste una túnica de seda, a la usanza del Tibet y se toca con un turbante voluminoso. De uno de sus hombros cuelga una especie de morral. Se apoya en el bordón del peregrino.

Se ha instalado allí calladamente, a la usanza del país. Nos contemplamos en silencio, por largo rato. Veo su rostro pálido, sin edad, sus ojos azules. Es él quien habla. Me dice:

—Mi nombre es "Sunya Bhai", el Hermano del Vacío, el Hermano del Silencio. Vivo en las cumbres, en Almora, que es la puerta que en el Himavat lleva al monte Kailás y al lago Manasarovar. Hace muchos años que me instalé allí. Mi amigo es el Abominable Hombre de las Nieves y, sobre todo, el Silencio. Nada hay como el silencio de las cumbres himaláyicas, nada puede comparársele. Los hombres hablan y hablan, cuando la verdad se encuentra en el silencio. Tú has hablado mucho últimamente; has hecho mal. Vengo a enseñarte el lenguaje del silencio, también a escuchar tu silencio. No me interesa lo que los hombres puedan decir con palabras. Sólo me interesa lo que ellos dicen con su silencio. Te podrás dar cuenta que quienes hablan muy bien y dicen bellos discursos, generalmente tienen muy mal silencio. Y lo que importa en verdad es el silencio, la preparación para el Gran Silencio.

—Sí —le respondo—, he hablado mucho últimamente, sin motivo, a tontas y a locas. Te prometo que ahora guardaré silencio, hasta el momento en que vaya a visitarte allá arriba, en tu morada del Gran Vacío. ¿Crees que el Abominable Hombre de las Nieves me dejará pasar?

—Todo depende de que aprendas la lección del silencio, el lenguaje del silencio. No es mucho lo que te falta, te lo puedo asegurar, pues el mejor maestro es el sufrimiento... ¿Conoces bien el camino a mi morada? Es allá, allá arriba...

Y Sunya Bhai, en vez de indicar hacia fuera, hacia los Himalayas, en dirección a Almora, está señalando con su bordón un punto en mi cabeza.

Hemos conversado un rato largo; pero únicamente en el lenguaje del silencio.

CON LOS PEREGRINOS DE BADRINATH

Será mi último intento de encontrar un "Siddhashram" en los grandes Himalayas, el secreto Monasterio de mi Maestro, o el lugar edénico en donde se encuentra el nuevo Mesías de Janardana, el Bhagavan Mitra Deva de los "Suddhas".

Iré a Badrinath, santuario de Vishnú, en los altos Himalayas, lugar de peregrinación anual de los hindúes de todo este enorme subcontinente, allá, entre nieves y hielos. Janardana me ha dicho que el lugar secreto queda al occidente de Badrinath. Tal vez si consultando a viajeros, santos y peregrinos, en esas rutas no holladas por plantas extranjeras, pueda descubrir un indicio, ya que los caminos del Kailás se me cierran totalmente. Será este mi último trabajo en el "mundo exterior", en esta ya larga búsqueda.

Creo haber sido el único extranjero, al menos el único sudamericano, que se aventurase por esas rutas en aquellos años, cruzando la "Línea Interior" himaláyica, fijada por los ingleses y mantenida ahora por el Ejército indio.

Tal vez por esto se ha puesto a mi disposición a un agente especial del Servicio de Inteligencia, llamado Nailwal, perteneciente a la casta brahmánica, quien me acompañará en esta expedición. Su presencia tiene por objeto protegerme, ayudarme y vigilarme, por supuesto. Nailwal lleva su propio cocinero, también de la casta brahmánica; porque un brahmán ortodoxo no podrá comer alimentos cocinados por individuos de otras castas.

Nuestro primer alto en la ruta, viniendo de Rishikesh, es Kirtinagar, y aquí se nos junta, por un tiempo, Indrapalsingh, un joven oficial de policía de la zona, quien nos acompaña algunas millas.

Esa noche dormimos en un lugar llamado Srinagar. Hace calor y nuestros camastros se extienden al aire libre, fuera del refugio. Veo a Nailwal orar antes de la salida del sol, repitiendo con unción sus "mantrams".

Desde aquí a Pipalkoti marchamos con la caravana de Sri Bagehi, un brahmán bengalí y Subprefecto de Pauri, capital del distrito. También Nailwal vive en esa ciudad de montañas. En Pipalkoti esperan al Subprefecto con música y arcos florales. Alojamos aquí una noche. El calor ha cedido paso a un aire más tenue, más fresco. En el refugio se halla un hombre alto y joven, que también viaja por estas montañas en busca de sus dioses nativos. Es un oficial de la Marina, educado en Inglaterra y nacido en el distrito. Vuelve ahora a unirse a su tradición.

Es esta una región paupérrima. Los montañeses se alimentan de lo poco que la tierra produce. Los escuálidos valles se empinan en las alturas y se cubren de nieve en los inviernos. Entre Pipalkoti y Gulapkotí encuentro la caravana de la Raj Matha de Terigarwal, la Maharani del distrito. Allí, en un pequeño refugio, ha desmontado de su caballo y juntos tomamos una taza de té. Es una mujer interesante. Hasta 1953, vivió en "purhda", es decir, en patios y departamentos privados, tras rejas y celosías, sin ser vista por otros ojos que los de su marido el Rajá, sus hijos y sus servidores. Su marido murió en aquel año y ella inició una vida diferente. Fue elegida para el Parlamento, donde representa a su región. La Raj Matha viaja constantemente por estas alturas para visitar a sus súbditos —hoy sus electores—, para imponerse de sus problemas y necesidades. Ellos la siguen venerando como a su reina madre. La Raj Matha amó mucho a su marido y habla con nostalgia de la vida en "purdha", "en donde todo era suave y el tiempo pasaba como un río, dejando posibilidades para la realización del ser en sus remansos". La Raj Matha viaja todos los años a las alturas de Badrinath y Kedarnath. Me habla del Valle de las Flores, que queda por estas hondonadas, desviándose un poco de la ruta principal. Flores bellísimas, de todos colores, crecen en ese Valle, encerrado entre cumbres y nieves. Allí vivió por muchos años una mujer extranjera, en una pequeña cabaña construida por ella misma. Allí murió, entre flores.

Me despido de la Raj Matha y continúo ascendiendo. Pronto llegamos a un paso sobre el río. Se encuentra aquí un templo dedicado a Garuda, el Hombre-Pájaro, el Vehículo del dios Vishnú. Este lugar se llama Garur Ganga y hay que detenerse aquí a bañarse en sus aguas. Garuda deberá transportarnos hasta Vishnú, permitiéndonos el paso. Se debe coger, además, unas pequeñas piedrecitas del fondo claro del río y ofrecerlas con dinero en el templo. Esas piedrecitas protegen en contra de las mordeduras de las serpientes, las que a menudo se ven cruzar reptando veloces por el camino.

Seguimos ascendiendo ahora en dirección a Jochimath, nuestra próxima estación en la ruta. Caravanas de peregrinos se nos adelantan o cruzan de regreso.

Voy vestido a la usanza india, para no llamar la atención. Gente extraordinaria es esta que peregrina hacia el alto santuario himaláyico. Abigarrada multitud de fieles con pupilas iluminadas o con expresiones de paz o resignación. Ancianos, mujeres y niños. Una madre joven, muy bella, con un largo manto de azafrán, porta a su hijo pequeño sobre sus hombros, mientras se apoya en un largo báculo. Va descalza y su rostro, sus manos y su pelo suelto y flotante, revelan refinamiento y aristocracia. Más allá transportan sobre un "dandi", o palanquín, a un hombre anciano. El número de sus servidores hace ver que es un rico comerciante. Me llama la atención un hombre joven que marcha con dificultad, apoyándose en su bordón. Una de sus piernas se ve hinchada y tumefacta. Nailwal, que ya ha hecho averiguaciones, me dice que ese hombre tuvo un accidente en el camino. Arrastrándose, con ojos brillantes, el hombre continúa hacia las alturas.

A lo largo de la ruta se encuentran algunos puestos o "dharmasalas", suerte de refugios rústicos para los peregrinos. Aquí pueden comprarse algunas mercancías; bajo su techo, bótanse a dormir hombres y mujeres exhaustos. También en una "dharmasala" el cocinero de Nailwal compra provisiones para la comida brahmánica de su amo. Yo llevo en mi mochila conservas, las que muy pronto me hastían. Compró también un poco de verdura y como el "chapati" al borde de los barrancos. Nailwal no comparte su comida conmigo; su ortodoxia se lo prohíbe, al extremo que la otra noche, en el refugio de Gulapkoti, me ha sorprendido haciendo colocar mi silla vuelta hacia la pared, mientras él se instalaba a cenar tam-

bién vuelto hacia el muro, en el extremo opuesto del cuarto, con las piernas cruzadas sobre un camastro. De este modo los dos quedábamos dándonos las espaldas mientras comíamos. Si la mirada impura de un extranjero, o de un hombre de otra casta, se posa sobre los alimentos de un brahmán, éste sufrirá algo semejante al envenenamiento de su alma. Nailwal me ha explicado que la comida es sumamente importante. Deberá ser cocinada con amor, por manos puras, con pensamientos puros, de preferencia por la esposa o la madre. La comida va directamente a la sangre, me dice, y de allí al alma. El ritual de la merienda está prescrito en los Vedas, afirma Nailwal, al mismo tiempo que me ruega que no me ofenda por su actitud.

Esa noche llegamos a Jochimath. Es este el punto más importante en la ruta. Su nombre es una corrupción del sánscrito Geotir Math. Geotir significa "luz" y Math, "monasterio". El Monasterio de la Luz; más exactamente, el Monasterio de la Iluminación. El nombre le ha sido dado por Shankaracharya, afirmándose que en este sitio él obtuvo la iluminación, mientras ascendía hacia Badrinath. Ya hemos hablado de este extraordinario Pandit. Oriundo del sur de la India inició en el siglo VIII de nuestra Era la gran reforma del hinduismo; mejor dicho, la gran contraofensiva del hinduismo brahmánico en contra del budismo. Fue prácticamente el creador de la filosofía Vedanta Advayta, monismo extremo. Se le atribuye también la instauración de todos los lugares de peregrinación en la India, desde Amarnath, en Cachemira, desde Badrinath y Kedarnath en estos sitios, hasta el templo de Kanya Kumari, en el extremo sur del Cabo Comorín. De este modo, Shankaracharya afianzó la unidad espiritual de la India. Desde hace siglos, masas humanas se movilizan a través de toda la India Santa, tal como lo hicieran durante la Edad Media europea los peregrinos que iban a Santiago de Compostela. Así como entonces surgieron las canciones de los peregrinos y el arte románico, aquí también se marcan las huellas seculares en piedras y en himnos sacros.

Badrinath es un santuario dedicado a Vishnú y Kedarnath, a Shiva. Ambos quedan junto al gran monte Nilkanta, una de las más bellas cumbres himaláicas. Nilkanta significa "Punto Negro" en la garganta de Shiva. Fue en la garganta donde el dios de la destrucción y también Maestro de la Yoga detuvo el veneno de la Serpiente. La marca quedó allí.

Se afirma que la imagen que hoy se encuentra dentro del templo de Badrinath es antiquísima. El "Swami" Janardana diría que fue puesta ahí por el Jefe Supremo de la Gran Jerarquía, hace doce mil años. Puede que por eso también afirme que es por estos lugares donde se encuentra la morada secreta del nuevo Mesías, Bhagavan Mitra Deva, Vishnú mismo. "Badri" significa Vishnú y "Nath", templo. Sin embargo, hay quien dice que el ídolo que se encuentra en Badrinath fue primitivamente una imagen budista mahayánica. Se cuenta que en edades remotas Badrinath y Kedarnath se hallaban muy próximos, en los extremos opuestos del monte Nilkanta. Un mismo brahmán oficiaba el culto en ambos santuarios, pudiendo ir de uno a otro en pocas horas. Los pecados de los hombres hicieron que los santuarios se alejaran, de modo que hoy se requieren días, para trasladarse, sin que existan pasos directos que los unan. "Idá" y "Pingála" se han alejado, nadie puede officiar un rito ya en los dos "nadis" al mismo tiempo. Se han perdido los senderos secretos de la comunicación.

Los caminos y los medios de comunicación han cambiado mucho desde los tiempos de mi visita, y hoy no es una tarea ímproba llegar a Badrinath. Cuando viajé a esas alturas, era difícil, significaba montar toda una expedición, y por los más altos pasos se cruzaban abismos y despeñaderos. Llevaba yo la ilusión de obtener algún indicio sobre la tierra de los inmortales "Siddhas", y consultaba sobre ella a los ascetas, a los ancianos y jóvenes que ascendían conmigo por los escarpados senderos. Nailwal no veía con simpatía mis pláticas con aquellos viandantes y es muy posible que una sospecha se fuese anidando en su cerebro. Alejaba de mí a todos esos seres bondadosos y en exultación; valiéndose de los más variados subterfugios, me rodeaba de una muralla aisladora, que yo pugnaba por romper a cada instante, consiguiéndolo la mayor parte de las veces. Al final, Nailwal tendría que darse por vencido.

A medida que ascendíamos, una seña se iba imponiendo; era un grito cuyos ecos repetían las cumbres: "¡Jai Badri Vishal!" ¡Gloria al señor Vishnú, creador de la Vida!

Un peregrino la gritaba al pasar y nosotros le contestábamos, repitiendo: "¡Jai Badri Vishal!"

En todas las bocas, en todas las gargantas el mismo grito, aumentando a medida que se ascendía hacia mayores alturas.

Aquella noche en Jochimath fui a visitar el monasterio de Shankaracharya. Los monjes estaban reunidos en una espaciosa sala central, iluminada por grandes candelas. Había también algunos sadhús, peregrinos en la ruta a Badrinath. Un aire frío, de nieves, entraba por la puerta. Me senté allí en el círculo. El brahmán jefe narraba una anécdota de la vida de Shankaracharya. Contaba cómo una vez el gran sabio tomó parte en un torneo dialéctico, derrotando a todos sus opositores. Entonces una mujer le preguntó sobre la vida sexual, y él no pudo contestar por carecer de toda experiencia al respecto. Pidió el sabio un plazo de seis meses para responder. Usando de sus poderes de yoga, desprendió su cuerpo sutil y lo hizo entrar en el cuerpo físico de un rey moribundo, para así poder conocer la intensa experiencia sexual que aquel anciano rey acumulara durante su vida. Al cabo de los seis meses, Shankaracharya retornó para contestar la pregunta de aquella mujer.

Cada uno de los allí presentes va contando algo, por turno. Cuando llega el momento de hablar a un hombre joven, que se halla junto a mí, cubierto con una gruesa frazada, éste comienza a narrar sus experiencias con gestos un tanto desarticulados y bruscos. A medida que lo hace, pongo redoblada atención. Porque el hombre está narrando mis propias experiencias. Dice:

—Sentía un desmayo, al venir la mañana. Luego, me empezaban a recorrer vibraciones, y, pronto, me encontraba inmovilizado; sólo con gran esfuerzo conseguía moverme, escapar a esas vibraciones, saliéndome de mí mismo, de mi propio cuerpo... A lo mejor alguien se metía en mi cuerpo, tal como usted, "Swamiji", nos acaba de contar del gran Guru Shankaracharyaji... Al fin pude superar todo esto, por medio de "tappas", "pujas", penitencia, oración y vida santa, peregrinando por santuarios y monasterios... Ya hace muchos años que esto no me sucede.

Estoy tentado de preguntar a ese hombre si ha tenido una grave enfermedad, o si ha sufrido un accidente.

De amanecida, y antes de partir de Jochimath, vamos a visitar en una caverna de los alrededores a un yogi que vive completamente desnudo. Un espeso humo sale de la cueva. Aparecen unos personajes desgreñados, hirsutos, cubiertos de ceniza, con sólo un taparrabos y portando triden-

tes. Son los discípulos de ese hombre santo. Me hacen pasar. Debo cubrirme la boca con un pañuelo para no ahogarme con el humo. Casi en cuclillas, entro en la caverna. Allí, al fondo, hay una sombra inmóvil, recogida. Poco a poco mis ojos se acostumbran y logro distinguir a un ser de larga cabellera confundida con una barba enmarañada, negro de hollín y ceniza, con las uñas de las manos y de los pies enormemente crecidas y arqueadas. Se halla completamente desnudo e inmóvil, en la posición del loto, con los ojos abiertos, fijos, como muerto, sin pestañear ni una sola vez, mientras el humo de unas brasas con hierbas y sándalo penetra por todos los rincones de la caverna. Miro a esos ojos, paso la mano por el aire frente a ellos. Y nada. El estatismo es absoluto, una mosca, una araña podría posarse sobre aquellas pupilas y el hombre no haría un gesto, no la sentiría. El rostro no tiene expresión ni edad. Afirman que ese hombre es de ciento ochenta años. Trato de resistir lo más posible allí dentro, para impregnarme de ese fenómeno y sólo parto cuando la atmósfera, el humo, la humedad y las tinieblas empiezan a asfixiarme.

De Jochimath ascendemos hacia Pandukechwar. En el camino, Nailwal se detiene para señalarme un pequeño puente de cimbra que lleva sobre el torrente hacia la opuesta pared frontal de roca.

—¿Ve al otro lado, ese pequeño sendero que se encarama y se pierde en la montaña? Lleva al Valle de las Flores. Miles y miles de flores bellísimas crecen allá.

Miro ese senderito y pienso en que podía cambiar mi ruta. A lo mejor esa mujer extranjera, muerta allí, conocía el secreto y el camino hacia los inmortales.

Pero Nailwal me dice que no es aún la época, que las flores crecen un poco más tarde.

Pandukechwar es el lugar más bello de toda la ascensión. Desde nuestro refugio, en el atardecer, contemplo las cimas nevadas que nos cercan ya, y el río corriendo abajo. Las cumbres se tiñen de colores intensos y en sus vertientes, en sus ventisqueros, me parece descubrir señales de la ciudad eterna.

Hasta muy tarde contemplo el cielo, hasta cuando el frío de las nieves, traído por el viento que sopla por estos barrancos, me obliga a retirarme.

Me he dormido junto al fuego encendido en el refugio. Poco a poco nieblas blancas se van abriendo. Me encuentro en un pequeño puente colgante. Debo cruzarlo y siento vértigo. Abajo ruge el torrente. Avanzo con esfuerzo, mientras un movimiento de péndulo cimbra el pequeño puente. Llego al otro lado y pongo el pie en el sendero de la montaña, que también se cimbra como el puente. Comprendo que sólo podré marchar por él si soy capaz de adaptarme a ese vaivén rítmico, moviendo mi cuerpo como si fuera danzando, dentro de un gran péndulo. "Serán otra vez las vibraciones", pienso. El sendero escala más y más. Curiosamente me voy sintiendo liviano, de modo que cuando llego a la cima, lo hago casi sin tocar el suelo. Miro abajo y veo un valle que se extiende cubierto de flores. Desciendo. Estoy entre las flores y descubro que son de piedras preciosas, de esmeraldas, rubíes y turquesas. Pájaros y abejas, que vuelan pesadamente, que tienen también alas de piedra azul, se van a posar sobre ellas. Todos adoptan la forma de la sílaba OM. Una felicidad muy grande me invade. Reposo por un momento allí, me pierdo en esta vida silente. Parece oír crecer los tallos de esmeralda, sentir cómo fluye la savia del rubí líquido bajo la tierra. Podría conversar con los pájaros y las abejas de alas pétreas. Así permanezco largo rato, con la cabeza entre las manos, hasta que alguien me toca suavemente el hombro. Levanto la vista y veo un rostro que creo reconocer. Está enmarcado en bucles de oro. Me dice: "Aquí morí". Le contradigo: "No, yo recuerdo que fue en nuestra patria..."

"Esta es nuestra verdadera patria —me interrumpe—. Por lo demás, este jardín existe en todas partes. ¿Acaso no era el jardín de tu infancia?..."

Me está indicando ahora con su mano las cumbres nevadas que encierran este valle. "Allí iremos un día, juntos. Allí crecen lirios ígneos..."

Agrega: "Ha llegado la hora de separarnos otra vez; pero antes, te voy a enseñar a mirar las flores".

Las rosas, los pájaros y las abejas que vuelan no son más de piedra azul, sino de carne viva. Nos detenemos junto a un rosal. "Observa estas rosas. Se mueven. ¿Lo notas? Sienten que tú las miras y te responden. Dirás que es el viento o una suave brisa que pasa a través de ellas. Así es; pero, ¿no sabes que la flor es tejida por el viento, que es brisa inmóvil por un instante? El viento mueve al viento, porque ha sentido tu mi-

rada, y te la devuelve. Suave es la rosa, tócala. Cuánto semeja a la mejilla de un niño, a la de una mujer, a la mía... Acaríciala... Ha pasado el tiempo, las rosas se abren, se deshojan; uno a uno sus pétalos caen... Así muere una flor. Se hunde en la tierra. Lo sé, porque así también moriré... Si la flor ha recibido tu mirada, entonces ella muere en estado de gracia, en estado de amor; muere desposada contigo, muere de novia... Pero hay otras rosas... No se abren, se secan poco a poco sobre la rama del rosal. Sus pétalos no son barridos por el viento. Cuando caen a la tierra, están secos como piedra. ¿Qué pasa con estas flores? ¿Por qué son tan distintas? No lo sé, no lo sabremos nunca. Perduran más que las otras, pero no se abren, no dan perfume. Tal vez conozcan alguna ciencia antigua que les permite durar; algo que se guarda por aquí cerca, en este valle escondido, un secreto... Tú puedes elegir entre estas rosas, entre estos dos caminos; pero tienes que decidirte, no puedes recorrer ambos... Creo que te he enseñado a mirar las rosas..."

Va a partir, lo adivino en su actitud. Es ya la imagen del abandono, repitiéndose en la eternidad. Corro tras de ella y le grito: "¡Escúchame! ¡En todas las rosas que he mirado desde que te fuiste, en todas las flores, en todos los rostros que he amado, que he acariciado como a rosas, estas tú, en todos te he visto solamente a ti, en el fondo, como un viento desgarrador...!"

Mi voz sube a las cimas de hielo y allí cimbra los tallos de los lirios ígneos.

Partimos muy de mañana. Eran las últimas etapas de la peregrinación. A mediodía llegamos a Vishnú Pryar, en la confluencia de dos ríos, entre cañones de rocas. Aquí se cruza también la "Línea interior". La policía controla las largas filas ascendentes. De nuevo me encuentro con el hombre que marcha con la pierna tumefacta. Se arrastra apenas; pero en sus ojos y en su rostro se marca una expresión extática. Va cantando. Al pasar junto a él exclamo: "¡Jai Badri Vishal!"

Por un momento se nos junta un joven de barba puntiaguda, de ojos melancólicos, cubierta la cabeza con un gorro de pieles y el cuello envuelto en una bufanda. Lleva una mochila a su espalda y más parece un estu-

diante que uno de esos peregrinos intoxicados de Dios. Evidentemente quiere charlar conmigo. Me cuenta que viene de Gangotri, las fuentes del Ganges, en el hondo Himalaya; ha cruzado luego por Kedarnath, santuario de Shiva. Se da a conocer como Om Satchidanand Hari. Es de Maharashtra. Habría deseado seguir charlando con él, pero Nailwal interrumpe como siempre y su ceño adusto, de pocos amigos, hace que el pobre Om Satchidanand Hari se aparte como un perro apaleado y quede atrás en un recodo del sendero.

Nailwal me explica:

—No se puede confiar en esta gente. Hay miles de estos “sadhús” que son unos facinerosos, escapados de la justicia, hipócritas, ociosos, que adoptan el hábito color de azafrán del mendicante sólo para protegerse o para vivir de la caridad ajena, sin trabajar. La India necesita trabajadores, brazos, no estos parásitos. Por un “sadhú” honrado, hay miles que no lo son. Hace poco, mientras andaba en servicio por estas montañas, llegó a mi casa uno de esos pretendidos hombres santos. Mi mujer le abrió la puerta y le dio de comer. El “sadhú” le robó su reloj y varias rupias. Después supe que ese hombre había cometido un asesinato y era un fugitivo de la justicia. Hace algún tiempo, en Badrinath, apareció un yoga, al parecer de prestigio. Se instaló entre dos rocas, a la entrada de una caverna y allí se quedó, soportando las inclemencias del tiempo y de la nieve. Los fieles empezaron a visitarle y a llevarle alimentos. El hombre tenía sus extravagancias; pero, en fin, se las aceptaban, como a todo hombre santo, hasta que colmó la medida. Un día empezó a pedir leche de madre, leche de mujer, declarando que éste era su único alimento. Algunas mujeres devotas le llevaron su leche en tazones, pero el santo varón la rechazó, declarando que la leche debería tomarla directamente en el pecho de la mujer. Cuando la noticia llegó a mis oídos fui a hablar con el “sadhú”. Le encontré allí, tal como se me había dicho, en meditación. Cuando le consulté sobre el asunto, no negó nada, aceptó el hecho, agregando que era un misterio que yo no podría comprender. Le hice salir de Badrinath sin mayor escándalo... Hay también algunos “ashrams” en los bajos Himalayas, allí, en Rishikesh, donde se vive de la credulidad de la gente y los monjes lo pasan bastante bien. Para cubrir sus fechorías nos tratan con exquisita cortesía a los agentes del Servicio de Inteligencia y a la policía del Distrito; nos adulan, nos

llenan de regalos... Usted conoce algunos de estos "ashrams" de Rishikesh...

Mientras avanzábamos en esa mañana, iba pensando en ese "Swami" que bebía leche de mujer, entre las nieves, directamente de los pechos de las madres. Bien pudiera ser, me digo, que Nailwal no haya entendido, que ninguno de nosotros estemos preparados para entender. Para llegar muy alto, para topar con las ramas del Arbol las cimas de Badrinath, las raíces tienen que ir también muy abajo. El significado de todo cambia. La luz de ayer es la sombra de hoy. Cualquiera puede ir a Badrinath, como Nailwal, pienso. El habrá venido muchas veces, todos los años, quizás. Pero llegar así a las cumbres es lo mismo que no hacerlo.

Ahora la subida se hace más escarpada. Pronto el torrente, allá al fondo, es cruzado por planchones de hielo y el aire adquiere una transparencia y una liviandad especiales. El cielo es azul puro y empezamos a sentirnos reanimados con ese aire sutil que nos penetra en los pulmones. Las caravanas apuran el paso, los rostros de los peregrinos adquieren una expresión de otro mundo, se tiñen de mayor irrealidad, los ojos se abren, brillan, sus barbas escarchadas se cimbran como banderolas mecidas por un viento que viene de Dios.

Varios hombres llevan en una angarilla a una mujer viejísima, cuya cabeza rapada va caída hacia un costado. La anciana está agonizando y los hombres tratan de apurarse, iniciando un dificultoso trote hacia las alturas, para alcanzar a la cima del paso, desde donde ya se ve Badrinath, antes de que la mujer muera, y su último aliento lo reciba Badri, Vishnú, el dios preservador. Un poco más atrás se arrastra el hombre con la pierna tumefacta, gangrenada seguramente. Se afirma a dos manos en su báculo y su mirada es increíblemente extraña a cuanto le rodea. Me detengo a esperarle. Quiero llegar con él a la cima. Ahora veo acercarse a un joven con un manto albo como las nieves de estas cumbres. Camina tambaleándose. Se comprende que el cansancio le ha vencido totalmente. Como estoy parado en el camino, él pasa junto a mí. Contemplo su rostro moreno, su barba nazarena, la expresión de cansancio supremo. Al pasar hace un esfuerzo y una leve sonrisa se insinúa en sus labios, mientras sus ojos luminosos se posan en mí por un instante. El joven lleva un libro en una mano. Se sostiene en la roca lateral, a punto de caer, y sigue. Yo habría

deseado ayudarle; pero con su mirada, con la sombra de su sonrisa, él me ha pedido que no lo haga.

También ha llegado aquí la bella madre con su hijo sobre los hombros. Viene cantando con voz suave. Sus finos pies son una sola llaga, sangran destrozados por las rocas. Su hijito va repitiendo muy despacio el nombre de su madre. Tal vez tenga frío, quizás hambre.

Hemos llegado. De todas las gargantas sale un grito redoblado, un canto, una invocación, que es el le la humanidad entera en su ya largo peregrinar: "¡Jai Badri Vishal! ¡Gloria a ti, Señor!"

Desde la cima de este alto paso se ve Badrinath, el templo de Vishnú, en la ladera de la montaña gigantesca, refulgiendo en sus ventisqueros eternos.

Tengo en mis brazos a mi compañero, el hombre de la pierna gangrenada, mientras el viento poderoso nos dobla sin vencernos y mientras ambos gritamos hacia las cumbres: "¡Jai Badri Vishal!"

Hemos ido de tarde al templo de Badrinath. Nailwal quiere que yo reparta dinero entre los mendigos y los pobres que se aglomeran junto a una calleja, hasta alcanzar los escalones del alto portal. Aquí, en estos lugares santos, vive la gente durante el verano y se cuenta que aún en el invierno, cuando la nieve lo cubre todo, algunos yogas permanecen bajo los portales, en las casas de piedra y en las cuevas. Un poco de comida se conserva en el hielo y ellos quedan en meditación, por lo general completamente desnudos y sin encender fuegos.

Junto al templo, un poco hacia abajo, están los baños calientes, sulfurosos. Veo llegar allí a un "Swami" que porta un instrumento musical. Se desnuda y entra en esas fuentes envueltas en vapor. Es el "Swami" Parvatikar Beena. Hace seis años que está en silencio. Sólo toca la "beena", instrumento de cuerda y, de tarde en tarde, pronuncia el nombre de Dios y la sílaba OM.

De aquí Nailwal me lleva a visitar a otro "Swami", que vive en una cueva alta, casi al medio de la pared montañosa; permanece desnudo durante la época de las peregrinaciones y también ya muy entrada la estación. El "Swami" Parmanad Addhoot Maharaj está sentado con las piernas cruzadas en la posición del loto, sobre un montón de paja. Curiosamente, man-

tiene junto a sí un tintero y una hoja de papel. Le pregunto qué hace con ellos y me dice que escribe sus sueños.

—El sueño nos prueba que hay otra vida fuera de esta. Además, que esta vida es también un sueño. A veces, los sueños difíciles, dolorosos, nos parecen reales. Sólo cuando despertamos nos damos cuenta de que todo aquello no era más que un sueño y nos alegramos... Igual sucederá con la vida. Al morir, nos daremos cuenta que estábamos soñando, que nada de aquello por lo que tanto nos afanamos y que nos hizo sufrir, tenía realidad. Hemos despertado, aquello no era más que un sueño. También nos alegraremos. Sabemos que un sueño no se puede dirigir; por lo general es absurdo, inconexo. Así es también la vida. Vano intento es querer darle sentido, querer dirigirla. También ella es absurda e inconexa, aunque un poco menos que un sueño de la noche. Lo mismo sucederá con el nuevo despertar, con la muerte: es un poco más real que la vida... Todo se repite como en un juego de espejos, como en una espiral gigante: lo que es arriba es abajo y viceversa.

El "Swami" mueve su cabeza en la sombra. Luego se ha quedado en silencio. Siento frío en estas alturas. Mi ropa es delgada, del sur de la India. Y yo no poseo aún el poder de producir fuego interno como el "Swami" Parmanad Addhoot Maharaj.

Bajamos por un pequeño sendero tallado en la roca, que de nuevo nos lleva al templo. Me siento en sus escalones a convivir con todo este pueblo alucinado. Me rodean mendigos, enfermos, santos, tal vez bandidos, magos y poetas. Nailwal se ha ido, me ha dejado al fin solo. Va a cumplir con sus ritos de brahmán y de hombre profundamente religioso y honesto. Y de este modo, hasta mí puede llegar el poeta, el que me fuera alejado en el camino. Se detiene frente al templo y empieza a hablarme de Gangotri, de las fuentes del Ganges, en donde hay santos y magos de verdad. Me coge una mano y me cuenta del Kabir, del poeta de la India medieval. Mirando hacia las nieves, recita sus verso:

—*Me río cuando oigo decir
que los peces del agua están sedientos.
¿No ves, hermano, que lo Real está
en tu propia casa,*

mientras peregrinas de bosque en bosque

sin norte, sin rumbo?

Nada ganas con ir de Benarés a Madura

pues si no encuentras tu propia alma

el mundo será siempre ilusorio para ti.

¿Dónde está el lugar que sacia la sed del alma?

¡Sé fuerte, entra en tu propio cuerpo

pues sólo ahí será firme tu pisada!

¡Considéralo bien, oh, corazón

a otra parte ya no vayas!

Las sombras del templo de Badrinath se borran en la noche de los hielos, mientras poco a poco las estrellas vuelven a encenderse.

El camino del descenso es fácil, más suave es su pendiente. En el recodo donde se cruzan los caminos que vienen de Badrinath, santuario de Vishnú y los que bajan de Kedarnath, morada de Shiva, nos encontramos con una caravana de gente de Gujerath. El jefe del grupo es un anciano de ochenta años, que ordena el alto soplando una caracola mitológica. Del grupo se separa un hombre con turbante y se me acerca. Dice ser un médico "ayurvédico" y homeópata de Baroda. Me explica que la caravana viene de Kedarnath y que traen de allí el fuego de "Trijuginarain". En un gran brasero lo mantienen encendido, avivándolo constantemente. Lo llevan a su tierra de Gujerat. Ese fuego, me explica, fue encendido en Kedarnath hace miles de años, cuando la boda de Shiva y Parvati, y es mantenido vivo y no se consumirá jamás. El médico del turbante me toca con la ceniza en la frente, diciéndome: "Todos sus errores serán consumidos por este fuego y dentro de tres meses usted podrá realizar sus más caros anhelos, sus más grandes aspiraciones".

El viejo sopla el cuerno y la caravana se pone nuevamente en marcha.

Me quedo pensando en ese fuego que ahora me quema en el entrecejo. Y esta es mi oración: "¡Oh, Señor de la Yoga, haz que tu fuego junte nuevamente, en el monte Nilkanta de mi espina dorsal, los santuarios que fueron separados por mis errores, para que así yo pueda oficiar

simultáneamente en ambos templos, en un mismo día, bajo un mismo sol...!"

Nailwal se ha hecho mi amigo tras esta larga peregrinación. No quiere que yo regrese de las alturas sin pasar antes por su casa de Pauri. Desca presentarme a su esposa y a su hijo pequeño. Pauri es una bella ciudad de montaña, con una amplia vista hacia los grandes Himalayas, que extienden sus cumbres en la distancia.

Es emocionante la acogida que Nailwal y su familia me dispensan. Ese brahmán ortodoxo me hace servir una comida especial, preparada por su esposa y ofrecida por ella misma. Nailwal no come, se sienta a mi lado y me mira, con una expresión de complacencia en su rostro. Me habla:

—La vida para un “karmayoga” como yo, consiste en cumplir con su deber, con su “dharma”. Basta con esto, lo demás lo hará Dios, que todo lo ve. Pienso ahora que es absurdo que uno no pueda comer con un extranjero, ni recibirle en su casa. Estoy feliz de tenerle a usted aquí, de que le sirva mi esposa y de que almuerce bajo mi techo. Todos los hombres somos hermanos, en realidad, todos resistimos con igual entereza el sufrimiento...

Nailwal me enseña luego los juguetes que ha comprado para su niño; los mira con ternura como si en ellos viera a su propio hijo.

Pienso en este amigo noble, en este hijo de la India, recto, honrado, cumplidor de su deber, que ha ido conmigo por cumbres y peñascales, guiando a un extranjero hasta el más recóndito y privado santuario de sus dioses, incorporándole, en cierto modo, aceptándole con generosidad, en la cámara secreta de su propia alma.

Nailwal levanta su mano morena y me muestra los Himalayas que se extienden por centenares de millas, como una cadena de gigantes blancos, de titanes que refulgen silenciosos, cubriendo todo el horizonte:

Allí estuvimos. Ese es el Nilkanta, más allá se encuentran los Cuatro Pilares del Trono de Vishnú.

Pierdo mi vista en el horizonte claro y pienso en este enorme pueblo, que ha creado una mitología gigantesca como las cumbres que lo cercan. Sus cimas están unidas a su alma. Una cumbre es la garganta de Shiva, que sujeta el veneno de la Serpiente, otras son el Trono de Vishnú

o la Morada de su Mesías, de sus Inmortales. Cada cumbre tiene una historia, es un símbolo vivo y palpitante. Un pueblo así está condenado a lo eterno, a lo desmedido, a lo dionisiaco, al abismo. Para poder sujetarse, para no perderse para siempre en los abismos, ha debido enmarcarse férreamente en las fórmulas y prejuicios de una teocracia anquilosada. Pero, a mayor estrechez terrestre, más amplitud metafísica. Este pueblo carece de medidas reales para el alma y está, por ello, condenado a la soledad total en este mundo, a la incompreensión. Su medida real es la de las altas cumbres, es su pensamiento, su filosofía grandiosa como sus montañas. También nosotros en Chile tenemos cimas puras, pero aún no las hemos incorporado a nuestra alma, aún no hemos sacado de sus entrañas de roca a los dioses, a los titanes, que tal vez se asemejen a los de India. Porque puede que el rostro de los gigantes ocultos en la roca de los Andes, sea el mismo que los hindúes han hecho surgir del corazón de sus Himalayas.

UN CRISTAL A TRAVES DEL CUAL SE VE EL MUNDO

¿Cómo podré partir de la India sin hablar de la hermana Raihana? A ella me llevó "Sunya Bhai", el Hermano del Silencio.

La hermana Raihana es de una antigua familia musulmana de Hyderabad, pero es devota de Krishna y cree en la reencarnación. Ella es sufí, como el Kabir. Por su origen mahometano es más persona. No me la puedo imaginar quemada en una hoguera de sándalo, deshaciendo allí su forma; la veo, en cambio, eternizándose con su rostro y su perfil, con sus manos pequeñas. Ella es también "una vez y nunca más", "una sola vez", aunque afirme lo contrario, pretendiendo poseer cinco mil vidas, como las caravanas trashumantes que cruzan por las hebras apretadas de Maya, por la tela lunar de la Gran Ilusión.

Me hallaba enfermo cuando vino, sufría agudos dolores. Raihana se sentó en la oscuridad y empezó a cantar, con una voz muy bella, viejos "mantrams", antiguas voces sánscritas. Me fue así envolviendo en un ritmo encantado, adormeciendo, hasta que el dolor cedió. Después me dejó un cristal mágico. Este cristal tiene la cara de "Surya", el Sol. Mirándolo fijamente puedo descubrir en su fondo todo el universo. Astros, planetas,

galaxias, están dentro de ese rostro de cristal. Me sumerjo allí y reflexiono. Descubro toda la evolución del pensamiento de la India, desde su extremo dualismo, en que el uno y el dos no se tocan jamás, hasta el extremo monismo, en que todo es uno y solamente la ilusión, la ignorancia, hacen creer en el dos y en el tres.

Dentro del cristal que me dio Raihana también encuentro escritos los versos védicos, estremecedores:

“Nada existía entonces, ni lo que es, ni lo que no es. No existía el firmamento, ni el cielo más lejano. ¿Qué cubría el Todo? ¿Acaso el abismo de las aguas en que descansa? La muerte no existía, por ello tampoco nada inmortal. No existía la luz, por lo tanto el día y la noche no se alcanzaban. El Uno respiraba por sí mismo, sin aliento, fuera de él no había nada. Las sombras estuvieron en el comienzo y ellas fueron un mar sin luz. El germen que reposa cubierto por la cáscara fue hecho nacer por la fuerza del calor. El amor vino luego en el comienzo a envolverlo todo y fue la semilla surgiendo de la Mente. Sólo los poetas, hurgando en sus corazones, encuentran a veces el lazo entre lo que es y no es. Ese rayo que fue proyectado a través, ¿viene de abajo o de arriba? Hubo portadores de semillas, poderes, fuerzas autocreadas. Hubo abajo y arriba. ¿Quién en verdad conoce cómo se ha hecho esto? ¿Quién lo proyectó, de dónde nace esta Creación? Los dioses vienen después de esta Creación. ¿Quién entonces conoce de dónde ella procede? ¿De quién esta Creación viene? ¿Dónde fue hecha o no lo fue? El Gran Vidente, en el más alto cielo, tal vez lo sepa. Pero tal vez tampoco El lo sepa”.

Acaso Dios no sea consciente, acaso El está soñando el mundo, en un mal sueño, en una pesadilla. De adentro de esas aguas profundas, donde no existe ningún centro, todo viene y nadie sabe cómo, ni por qué. No lo supieron hace miles de años los sabios védicos. Y se teme que tampoco lo sepa Dios.

¿Será, entonces, nuestro trabajo iluminar la oscuridad del Creador? ¿Ayudarle a despertar de su mal sueño? ¿Penetrar las sombras de este enorme cuerpo en que estamos encerrados, divididos? ¿Recuperar una totalidad que incluya las aguas espantables?

Al mirar ese cristal tan hondo, tan claro y transparente, tan lleno de sombras, de luces que se mueven, pareceme descubrir que es el rostro de la Hermana Raihana, que se junta al fondo con el rostro del Hermano

del Silencio. Ambos están siendo cruzados por el río antiquísimo de la Creación, por las aguas ya viejas del misterio. Y les oigo que me dicen: "Calla, no hables, no preguntes, envuélvete en el silencio de tu corazón, porque es allí donde los poetas descubren a veces el lazo entre lo que es y lo que no es".

EL REGRESO

El regreso a casa es un momento de gran importancia en la vida de un hombre. Es el momento en que se reanuda la vida normal, se reanuda el contacto con los seres queridos, se reanuda el contacto con el mundo exterior. Es un momento de gran alegría, de gran satisfacción, de gran felicidad. Es un momento en que se reanuda la vida normal, se reanuda el contacto con los seres queridos, se reanuda el contacto con el mundo exterior. Es un momento de gran alegría, de gran satisfacción, de gran felicidad.

Después de haber estado en la guerra, el hombre que regresa a casa encuentra un mundo que ha cambiado. El mundo que él dejó atrás ha crecido y se ha desarrollado. El mundo que él dejó atrás ha crecido y se ha desarrollado. El mundo que él dejó atrás ha crecido y se ha desarrollado.

—¡No es así! Aquello a lo que tú renuncias se renuncia en valores superiores a tu alma. Si tienes contra ti algo, puedes transformarlo en belleza, purificarlo. El amor es el que renuncia para ser de vuelta al mundo y estar. Todo lo que no funciona en la tierra se transforma en belleza y vida en el más allá. Todo lo que puede ser transformado se transforma. No se puede encontrar una palabra que amara la vida. No hablo de algo incoherente...

—Entonces, yo me renunciaré como una cadena encendida por los dos lados, entre el cielo y el infierno... Porque no pretendo ser más que un hombre...

—¡Eso es! Pero puede que aún te quede una última posibilidad. Renunciar a todo a decir algo... Tú no puedes apartarte de tu esencia. Es de tu esencia. El Maestro combate a la serpiente. El Maestro combate a la serpiente. El Maestro combate a la serpiente...

EL MAESTRO COMBATE A LA SERPIENTE

He regresado a mi patria.

Aquí estoy de nuevo, como hace tantos años. Contemplo en los muros los cuadros pintados por la mano del Maestro, el monte Kailás, el lago Manasarovar. Cuánta influencia ha ejercido en mi vida este ser. El me ha lanzado en la larga aventura del peregrinar entre dos mundos. Observo el Libro de la Orden. Está abierto y puedo leer mi nombre, el verdadero, el que fuera extraído de las brumas de un remoto pasado. Hay una espada junto al Libro. Leo también los nombres de los guerreros de los Maestros, de aquí y de allá. Miro esas páginas, miro al Maestro y me siento increíblemente solo, dejado de lado por mi propia voluntad, fuera ya de esas creaciones e imponentes arquetipos. El Maestro está inclinado sobre una hoja y escribe. Tiene más de ochenta años por este tiempo. No interrumpe su trabajo cuando llego. Escribe versos. Este hombre sin edad, ha dejado de vivir en prosa, para sumergirse totalmente en el ritmo de los poemas cósmicos.

Levanta la vista y me ve. Su rostro se ilumina.

—¿Estuviste con los Maestros, en el Kailás? —me pregunta.

—No pude llegar, Maestro. No estoy tampoco seguro de que existan...

—¡Hombre de poca fe! Te ha desviado la pasión del mundo.

—Para que un árbol llegue hasta el cielo deberá descender con sus raíces a los infiernos...

—¡No! No es así. Aquello a lo que tú renuncias se transforma en valores superiores en tu alma. Si tienes contigo al fuego, puedes transformar tus pasiones, quemarlas. El amor al que renuncias aquí se te devuelve allá puro y eterno. Todo lo que no fructifica en la tierra, se transforma en verdadera vida en el más allá. Todo lo que aquí aprehendes acaba por morir, se corrompe. No se puede encender una candela por ambos lados. No habrá luz, sólo incendio...

—Maestro, yo me consumiré como una candela encendida por los dos cabos, entre el cielo y el infierno... Porque no pretendo ser más que un hombre...

—¡Has caído! Pero puede que aún te quede una última posibilidad. Escúchame, te voy a decir algo... Tú no puedes apartarte de tu esencia, de tu más hondo corazón. ¿Y sabes quién es tu más hondo corazón? Es Cristo. ¿Y sabes lo que El es? La renunciación. Sólo renunciando serás feliz...

Después de esto el Maestro ya no me escuchó, pues se puso a cantar; cantó bellísimas canciones lejanas, de otros tiempos, de más allá del tiempo.

Entonces le grité, pero no me oyó:

—¡Sí, Cristo... pero el Cristo de la Atlántida!...

Segunda tarde:

Primera tarde:

LA ÚLTIMA FLOR

EL ABOMINABLE HOMBRE DE LAS NIEVES

Trato de poner mi mente en blanco, luchó contra el vendaval de las ideas, de los recuerdos. Cuando por un momento la mente queda quieta, cuando allí no vuela nada, clavo mis ojos en el entrecejo y encuentro el punto donde la mirada queda prendida, sin escapatoria posible. No sé cuánto dura esto; pero un suave murmullo me va recorriendo, una corriente, un pequeño frío quemante, desde más abajo de la cintura, desde la raíz. Poco a poco la forma del cuerpo cambia. Parezco flotar,irme deshaciendo. Los hombros se estiran hacia los lados, la cabeza baja hasta quedar en una posición inferior a la mitad del pecho, y se produce un movimiento continuo, como de ascensor o péndulo, en el que me encuentro sin libertad, sin forma. Escucho los ruidos del mundo exterior y percibo, al mismo tiempo, estos fenómenos subjetivos nacientes, que van adquiriendo fuerza y realidad en alguna parte cercana y al mismo tiempo distante de mi yo. Las dos sensaciones luchan, sin juntarse, sin definirse. Voy de una a otra, torturado, sin encontrar la llave.

De pronto, oigo un ruido, un silbido agudo, un como chasquear de la lengua y me parece que hay alguien junto a mí. Su presencia me espanta y mis cabellos se erizan. Me siento redondo y con espinas en todo el cuerpo. Sin ver a nadie, creo que estoy en presencia del Abominable

Hombre de las Nieves. Comprendo lo que me dice, aún sin escuchar sus palabras. Su sentencia debería ser más o menos ésta: "Has llegado, al fin... Muchos vienen, pero no les veo. Tampoco ellos me ven, aunque a veces descubran mis pisadas en la nieve. Son los exploradores, los que van a todas partes y escalan cumbres, sin ir en verdad a parte alguna, sin escalar nada... Deberás luchar conmigo toda una tarde. Sólo yo puedo permitirme la entrada..."

Y muerto de espanto, lucho toda esa tarde con el Angel.

Segunda tarde:

LA ULTIMA FLOR

Pero no he encontrado la llave. Estoy tratando de desandar el tiempo, de retornar al Valle de los Dioses. De nuevo las vibraciones, el desmayo, el frío ardiente en la columna. Prisionero entre dos universos, estoy paralizado. Tengo la certeza de que he ido demasiado lejos para poder regresar, que si no encuentro la salida, la llave, seré destruido. El control del proceso ha salido de mis manos. Fuera del mundo y batido por corrientes cuya potencia sobrepasa mi capacidad de resistencia, no puedo volver al cuerpo, aun cuando tampoco estoy fuera de él. Se ha producido el suceso tan temido. Ya no dependo de mí, soy una imagen del destino y sólo debo esperar su cumplimiento. La llave se ha perdido, y no recuerdo cómo he abierto esta puerta alguna vez.

En este momento, quiero convencerme de que oigo una voz y de que capto unos pensamientos formulados por alguien; porque siempre he pensado que ese alguien debería encontrarse allí. Y porque lo pienso, me lo creo, aun cuando no veo a nadie. Y me hablo a mí mismo, como si en realidad me hablase ese ser que debería haber venido. Y aunque puede que sólo sea yo quien está hablando, me convengo de que no lo soy. Y digo, o me dicen:

—Mira esta flor, aquí, en mi mano. ¡Salta! Entra en ella, quédate ahí.

Al fin estoy fuera. Veo mi cuerpo inmóvil y pálido, como muerto. Frente a mí está ella. Estoy en su mano, dentro de su flor. Me dice: "Una vez te enseñé a *mirar* las flores, ahora te enseñaré a *escucharlas*. Son tus propias flores, porque el jardín estuvo siempre dentro de ti. Recorrámoslo. *Escucha* su música".

Y oigo entonces la música del universo, que no es otra que la música de mis propias flores, de mis lotos. Todo vibra al unísono. Y voy con ella, de flor en flor, de pétalo en pétalo, ascendiendo desde muy abajo. Y aunque voy con ella de la mano, sé que también estoy dentro de su mano, muy pequeña, dentro de su flor.

INDICE

Tercera tarde:

LA MUERTE MISTICA

Como estoy en su mano, dentro de su flor, al aproximarla ella, para aspirar su perfume, me veo junto a un rostro inmenso como el mundo. Me introduce en su boca y me despedaza con sus dientes, me tritura con deleite, hasta reducirme a una pasta de semillas de loto.

He sido asesinado por amor.

EL VACIO

Ha muerto uno de mis yo. Se ha cumplido así la boda. Aquí estoy ahora igual y, sin embargo, distinto. De nuevo con mi estatura normal y teniendo junto a mí a la muerta del Valle de las Flores. Ambos somos de un porte humano; pero hay algo diferente en nosotros, aunque no lo parezca a primera vista; lo descubro de algún modo.

Asciendo, asciendo. Y en medio de estas cumbres, encuentro el Rostro del Desposado, que es también el del Hermano del Silencio.